
OLIVIA DARCY
TENTADORA NAVIDAD
BAJO CONTRATO

TENTADORA NAVIDAD (BAJO CONTRATO)

OLIVIA DARCY

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

Copyright © 2024 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

ELENA

¿Sabes ese momento en el que tu vida se va a la mierda y lo único que puedes hacer es quedarte ahí plantada, como una idiota, mientras todo se desmorona a tu alrededor?

Pues eso es exactamente lo que me está pasando ahora mismo, a un mes de Navidad, mientras observo cómo mi novio, con el que llevo tres años, se acuesta con otra en nuestro sofá. Sí, en NUESTRO sofá. Ese que compramos juntos en IKEA y que tardamos cinco horas en montar porque ninguno de los dos tenía ni pajolera idea de bricolaje.

Lo más patético de todo esto es que ni siquiera me duele tanto como debería. Vale, puede que esté en *shock*, o puede que el hecho de pillar a Sergio montándoselo con una rubia de piernas interminables sobre nuestro sofá gris marengo solo haya confirmado lo que ya sabía: que nuestra relación era tan aburrida como ver crecer el césped.

El paquete que llevo en las manos —su regalo de Navidad— me pesa como si fuera de plomo. Es una corbata. Una maldita corbata de Ralph Lauren que me ha costado un ojo de la cara y que ahora mismo me dan ganas de usar para estrangularlo. Aunque pensándolo bien, ni siquiera merece que estrene la corbata con él.

Tres años. Tres años de mi vida desperdiciados en una relación tan predecible como un capítulo de una serie policíaca. Y aquí estoy, con las llaves aún en la mano, el estúpido regalo en la otra, y la boca abierta como un pez fuera del agua mientras contemplo el espectáculo que se desarrolla en mi salón.

—Elena... —masculla Sergio al darse cuenta de mi presencia, casi cayéndose del sofá mientras intenta cubrirse con un cojín—. Puedo explicarlo...

La rubia suelta un gritito y agarra su ropa como puede, intentando taparse con lo primero que pilla. Qué considerada, ahora le preocupa el pudor.

—Cariño, no es lo que parece —balbucea él, tropezando con sus propios pantalones mientras intenta alcanzarme.

Levanto una mano para callarlo. No necesito explicaciones. No las quiero. De hecho, lo único que necesito ahora mismo es largarme bien lejos de aquí. De él. De esta vida perfectamente estructurada y aburrida que creía que era lo que quería.

Saco el móvil del bolso mientras doy media vuelta, ignorando los patéticos intentos de Sergio por justificarse. Tres toques en la pantalla y espero, dejando caer la corbata al suelo. Al cuarto tono, una voz familiar contesta.

—¿Valeria? —mi voz suena más entera de lo que esperaba—. Sí, soy yo... ¿Sigue en pie esa oferta de pasar las navidades contigo en Manhattan?

Mi hermana mayor siempre dice que las crisis son oportunidades disfrazadas de desastre. Y yo acabo de decidir que este desastre es mi billete para largarme bien lejos de aquí. Quizás sea hora de que la profesora de infantil más aburrida de Madrid le dé un giro a su vida.

Mientras salgo por la puerta, escucho a Sergio llamándome. Ni me molesto en girarme.

Feliz apestosa Navidad, Sergio.

ALEXANDER

—Señor Sterling, renuncio.

Me masajeo las sienes mientras observo a la señora Peterson, mi decimocuarta —¿o era la decimoquinta?— niñera, de pie frente a mi escritorio con el pelo cubierto de sirope de chocolate. Su impecable uniforme gris está salpicado de lo que parece purpurina, y un ligero tic en su ojo izquierdo

me indica que mis pequeñas terroristas han superado su límite.

—Por favor, reconsidérelo —murmuro, aunque sé que es inútil. La mirada de determinación en sus ojos me dice que tiene tanto deseo de quedarse como yo de someterme a una colonoscopia. Y eso que la agencia me la recomendó como «la más experimentada en casos difíciles».

—Con todo respeto, señor Sterling —replica mientras se quita un trozo de papel higiénico del hombro y lo deja caer con dignidad sobre mi carísima mesa de caoba—, sus hijas son... son...

—¿Creativas? —sugiero, intentando mantener la compostura. A estas alturas, ya debería estar acostumbrado a estas conversaciones.

—¡Son el mismísimo demonio! —estalla, perdiendo por fin esa compostura británica por la que pagué un extra—. Esta mañana han convertido mi habitación en una pista de trineos usando jabón en el suelo. ¡Jabón! Y cuando he intentado regañarlas, han fingido no hablar inglés y solo respondían en un supuesto español que consistía en repetir «¡Olé!» una y otra vez.

Contengo una sonrisa. Eso es nuevo. Al menos están siendo originales con sus trastadas, tengo que reconocérselo.

Un estruendo procedente del piso de arriba me hace cerrar los ojos. Dios, que no sea el jarrón de mi madre. Ese jarrón de la dinastía Ming que me recuerda en cada visita que «cuesta más que un año de universidad».

—¡PAPI! ¡SARAH DICE QUE LOS RENOS DE SANTA PUEDEN VOLAR EN CASA!

Fue el jarrón. Por supuesto que fue el jarrón.

La señora Peterson aprovecha mi momento de distracción para dejar las llaves sobre mi escritorio y dirigirse a la puerta como alma que lleva el diablo, sus tacones repiqueteando contra el suelo de mármol en su huida.

—Le enviaré mi factura por correo —dice antes de desaparecer, agarrando su bolso como si fuera un chaleco salvavidas—. Y le sugiero que busque un exorcista.

Me dejo caer en mi silla de cuero italiano y aflojo el nudo de mi corbata Hermès.

Falta un mes para Navidad y acabo de perder otra niñera. La decimoquinta. O decimosexta. He perdido la cuenta, igual que he perdido la esperanza de encontrar a alguien que pueda con mis pequeños torbellinos.

¿Qué demonios voy a hacer ahora? La Navidad está a la vuelta de la esquina, tengo tres reuniones cruciales esta semana y dos gemelas de ocho años que parecen empeñadas en convertir mi vida en un *reality show*. Ni siquiera puedo culparlas. Desde que su madre nos abandonó, han convertido el caos en su forma de llamar la atención.

Otro estruendo. Esta vez suena a cristal. O tal vez porcelana. A estas alturas, ya debería ser experto en identificar el sonido de las cosas al romperse.

—¡PAPI! ¡SOPHIE DICE QUE NECESITAMOS MÁS ALMOHADAS PARA EL TRINEO!

Cierro los ojos y respiro hondo. Que alguien me ayude. Necesito un milagro navideño. Y lo necesito ya.

CAPÍTULO 1

ELENA

Observo la nieve caer sobre Central Park mientras el silencio de la mañana se ve interrumpido solo por los suaves murmullos de amor que intercambian mi hermana y su marido. Llevo cinco días en Nueva York, y cada minuto es un recordatorio de todo lo que creía tener y nunca fue real.

—Te amo —susurra Dominic a Valeria mientras le acaricia el vientre apenas abultado. No es una frase vacía, una de esas que se dicen por costumbre. La manera en que la mira, como si fuera el centro de su universo, hace que algo se retuerza dentro de mi pecho.

Bajo la mirada hacia mi café, intentando darles privacidad, aunque es imposible en este espacio abierto que es su cocina. La voz de Mariah Carey cantando sobre el amor en Navidad flota en el aire, y por un momento me pregunto si Sergio alguna vez me miró así, aunque fuera una sola vez en nuestros tres años juntos.

—Elena —la voz de Valeria me saca de mis pensamientos—, ¿segura que estás bien?

«No», quiero gritar. No estoy bien. No estoy bien porque acabo de darme cuenta de que nunca he tenido lo que tú tienes. Porque mientras yo jugaba a ser la novia perfecta, conformándome con migajas de afecto, tú encontraste a alguien que te mira como si fueras un milagro.

—Estoy bien —miento, forzando una sonrisa—. Solo... cansada.

Mi hermana me conoce demasiado bien para creerme, pero no insiste. En cambio, se acerca y me abraza por detrás, apoyando su barbilla en mi hombro. Su perfume caro se mezcla con el aroma del café premium que Dominic importa directamente de Colombia, y por un momento me permito sentir el consuelo que me ofrece.

—Las cosas mejorarán —promete ella, y quiero creerle. De verdad que quiero creerle.

Dominic se despide con un beso que hace que Valeria prácticamente brille de felicidad. Mientras lo veo marcharse, noto ese dolor sordo en el pecho que me acompaña desde hace días. No es solo por Sergio y su traición. Es por darme cuenta de que lo que teníamos ni siquiera se acercaba a esto.

—¿Más tostadas? —pregunta mi hermana, y esta vez sí sonrío. Desde que está embarazada, su solución para todo es alimentarme.

—Val, si sigo comiendo así, tendré que rodar de vuelta a Madrid.

Se ríe, y por un momento veo a la Valeria de antes, la que compartía piso conmigo en un diminuto apartamento de Malasaña. A veces me cuesta reconciliar esa imagen con la mujer elegante en la que se ha convertido, pero su esencia sigue ahí, intacta.

—¿Has pensado qué vas a hacer? —pregunta mientras se sirve su tercer desayuno de la mañana.

La verdad es que no. No he pensado más allá de escapar, de poner un océano entre Sergio y yo. Vine buscando consuelo en mi hermana, pero ver su felicidad perfecta... duele. No porque no me alegre por ella, sino porque hace más evidente el vacío en mi propia vida.

—De momento, sobrevivir a tu intento de cebarme como un pavo de Navidad —bromeo débilmente.

Valeria me lanza una mirada que dice claramente que no le engaño.

—Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que necesites —dice suavemente—. Pero también sé que te volverás loca si no encuentras algo que hacer.

Tiene razón, por supuesto. Siempre la tiene. Echo de menos mis clases, mis niños, la sensación de tener un propósito. Aquí me siento... a la deriva.

—Podrías conocer la ciudad —sugiere Valeria, y me doy cuenta de que lleva días intentando que salga del apartamento—. Nueva York en Navidad es...

—Si dices «mágica», te juro que grito —la interrumpo, y ella sonríe comprensiva.

Me levanto para llevar mi taza al fregadero, necesitando moverme, hacer algo. Lo que sea. Las

ventanas del ático enmarcan una vista perfecta de Central Park nevado, y por un momento me permito recordar lo emocionada que estaba cuando planeaba venir aquí de vacaciones con Sergio. Qué ingenua.

—Echo de menos enseñar —confieso en voz baja, sorprendiéndome a mí misma—. Echo de menos a mis niños, sus risas, incluso el caos de la clase...

—Lo sé —Valeria se acerca, su mano descansando protectoramente sobre su vientre en un gesto que se está volviendo habitual—. Siempre has sido feliz rodeada de niños. Es lo tuyo.

Me giro para mirarla, apoyándome en el fregadero.

—¿Y de qué me sirve aquí?

—Hay opciones de trabajo —dice con ese tono que usa cuando sabe algo que yo no—. Dominic conoce a mucha gente que...

—No —la corto—. No quiero que tu marido me busque trabajo. Ya es bastante que me estéis acogiendo.

El silencio se instala entre nosotras, roto solo por los villancicos que siguen sonando de fondo. Valeria me observa con esa mezcla de preocupación y amor que siempre me ha hecho sentir protegida. Y vulnerable.

—No es caridad, Elena —dice suavemente—. Eres mi hermana. Y te necesito aquí.

Hay algo en su voz, una nota de verdad que hace que se me forme un nudo en la garganta. Porque sé que no lo dice solo por mí. Está embarazada, en un país extraño, y aunque tiene todo el lujo del mundo, también está asustada.

—Vale —suspiro—. Necesito hacer algo. Lo que sea. Me estoy volviendo loca aquí dentro.

Valeria está a punto de responder cuando su teléfono suena. Mi hermana contesta con esa sonrisa tonta que siempre le provoca su marido, y yo aprovecho para escabullirme hacia mi habitación.

Me detengo frente a la maleta que sigue sin deshacer. Llevo cinco días viviendo de lo que traje en el equipaje de mano, como si deshacer la maleta fuera a hacer todo esto más real. Como si fuera a confirmar que mi vida en Madrid, por muy mediocre que fuera, se ha terminado.

Me siento en la cama (demasiado grande, demasiado lujosa) y miro por la ventana. Los copos de nieve siguen cayendo sobre Central Park, ajenos a mi crisis existencial. En Madrid estaría con mis alumnos preparando el festival de Navidad. Paula estaría insistiendo en ser el ángel principal, mientras que Diego intentaría convencer a todos de que los pastores también pueden llevar capa de superhéroe.

El nudo en mi garganta se hace más grande. No es solo a Sergio lo que he dejado atrás. Es mi vida entera. Mi propósito.

ALEXANDER

El Patek Philippe de mi muñeca marca las 6:45 cuando reviso mi agenda por tercera vez esta mañana. Todo está meticulosamente planificado: despertar a las gemelas a las 7:00, desayuno a las 7:15, salida hacia el colegio a las 7:45. Perfecto, controlado, exacto.

O lo sería si mis hijas fueran robots y no dos torbellinos de ocho años con una capacidad sobrenatural para crear caos.

—¡Sophie Victoria Sterling! —mi voz retumba en el pasillo del segundo piso—. ¿Se puede saber por qué no estás vestida?

Mi hija mayor (por tres minutos, como me recuerda constantemente) está saltando sobre la cama, todavía en pijama, mientras su uniforme perfectamente planchado yace arrugado en el suelo.

—¡Es que Sarah dice que si saltamos lo suficiente, podemos tocar el techo! —responde sin dejar de brincar.

Cierro los ojos y cuento hasta diez. Mentalmente repaso las cualidades que toda niñera anterior

ha alabado de mis hijas: creativas, inteligentes, enérgicas...

Demonios desatados, eso es lo que son.

—Tienes exactamente tres minutos para ponerte el uniforme —digo con ese tono que hace temblar a ejecutivos en la sala de juntas—. Y quiero el pelo recogido. Rosa te ayudará.

Me aflojo ligeramente el nudo de la corbata mientras me dirijo a la habitación de Sarah. Si Sophie es un torbellino, su gemela es...

—¡Papi, mira! ¡He pintado un unicornio en la pared!

Perfecto. Sencillamente perfecto.

—Sarah Elizabeth Sterling —pronuncio cada sílaba como si fuera una sentencia de muerte—. ¿Esos son mis rotuladores Montblanc?

Mi hija pequeña (por tres minutos, como Sophie nunca deja de recordarle) me mira con esos ojos azules idénticos a los míos. El mismo color, pero con un brillo de travesura que no sé de dónde demonios ha salido.

—Es que los otros no pintaban bien en la pared —explica con toda la lógica de sus ocho años —. Y Rosa dice que el arte es expre... expres...

—Expresión —completo automáticamente, haciendo una nota mental para hablar con Rosa sobre no dar ideas a las niñas—. Y el arte se hace en papel, no en paredes de diez mil dólares el metro cuadrado.

Un estruendo procedente de la habitación de Sophie me hace cerrar los ojos. Respiro hondo. Son las 6:52 y ya siento que necesito un whisky.

—¡Señor Sterling! —la voz de Rosa llega desde el pasillo—. ¡Sophie dice que no encuentra su otro zapato!

Por supuesto que no lo encuentra. Probablemente está en el mismo lugar donde desaparecieron los últimos tres pares: el estanque del jardín, donde mis hijas intentan comprobar si los zapatos pueden flotar.

Asiento, ajustando mi reloj por décima vez esta mañana.

—Rosa, usted debería estar preparando el desayuno, no buscando zapatos —le recuerdo, intentando mantener la calma—. No es la niñera.

—Lo sé, señor Sterling —responde ella con ese tono maternal que usa desde que la conozco—. Pero desde que la señora Peterson renunció...

—No me lo recuerde —la interrumpo, sacando el móvil para llamar a la agencia por enésima vez esta semana.

Mientras marco el número, observo cómo Sarah intenta limpiar la pared con su jersey del uniforme, empeorando aún más la situación. La voz de Sophie cantando «Let It Go» a todo pulmón desde su habitación no ayuda a mi incipiente dolor de cabeza.

—Buenos días, Elite Nannies —responde la misma voz profesional de siempre—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Alexander Sterling —digo secamente—. Necesito una niñera. Urgentemente.

—Oh, señor Sterling... —noto el titubeo en su voz y ya sé lo que viene—. Me temo que en este momento no tenemos personal disponible. La temporada navideña es especialmente complicada y...

—Pagaré el doble —la interrumpo—. El triple si es necesario.

—No es cuestión de dinero, señor Sterling. Es que... bueno, después de lo ocurrido con las últimas quince niñeras...

Otro estruendo, esta vez seguido de una risa culpable.

—¡Papi! —la voz de Sarah suena sospechosamente dulce—. ¿Los cuadros pueden nadar?

Cuelgo sin despedirme. Son las 7:05 y el día ya se está desmoronando. Mi madre llegará en cualquier momento para el desayuno semanal, y a este paso encontrará a sus nietas semidesnudas, pintadas como guerreras tribales y a su hijo al borde de un ataque de nervios.

—Rosa —llamo, masajeándome las sienes—. Por favor, ayúdelas a vestirse. Sé que no es su

trabajo, pero...

—Por supuesto, señor —responde ella con una sonrisa comprensiva—. Pero necesita encontrar una niñera pronto. Una de verdad, que pueda manejarlas.

—¿Alguna sugerencia? —pregunto con sarcasmo—. Porque aparentemente ni Mary Poppins está disponible en Navidad.

El sonido del ascensor privado anuncia la llegada de mi madre, y mi nivel de estrés alcanza nuevas cotas.

—¡Abuela! —gritan mis hijas al unísono, y antes de que pueda detenerlas, dos torbellinos en uniforme a medio poner corren hacia Elizabeth Sterling.

—Niñas, por el amor de... —me detengo al ver la mirada de mi madre. Esa que dice claramente «tu falta de control sobre la situación es preocupante, hijo».

—Alexander —saluda ella, perfectamente arreglada a las 7:15 de la mañana, mientras intenta mantener su dignidad con dos niñas colgadas de su carísimo abrigo de cachemira—. Veo que seguimos sin niñera.

Su tono lo dice todo. Para Elizabeth Sterling, el caos es inaceptable, y este momento representa todo lo que está mal en la educación de sus nietas.

—Estoy en ello, madre —respondo, ajustándome la corbata—. De hecho, tengo una reunión con Dominic esta mañana para...

—¿El tío Dom viene? —interrumpe Sophie, sus ojos brillando con ese destello que conozco demasiado bien—. ¿Podemos enseñarle nuestro nuevo truco?

—No hay tiempo para trucos —digo firmemente—. Y no, no viene aquí. Va a mi oficina.

Mi madre observa la escena mientras Rosa aparece milagrosamente con el desayuno servido, salvándome una vez más.

—Alexander —dice Elizabeth mientras las niñas se distraen con sus tostadas—, necesitas solucionar esto. Una cosa es ser padre soltero, pero otra muy distinta es permitir que tus hijas crezcan sin estructura.

Como si quisieran darle la razón, Sarah decide en ese momento que su zumo de naranja quedaría mejor decorando el mantel de lino blanco.

Una hora y tres cambios de uniforme después, consigo llegar a la oficina. Mi secretaria me recibe con una pila de documentos que requieren mi firma inmediata y el recordatorio de que Dominic me espera para revisar los términos de nuestra próxima fusión.

Respiro hondo, agradeciendo el silencio de mi despacho. Aquí todo está bajo control. Sin caos, sin sorpresas, sin zumo de naranja en manteles de lino. Solo números, contratos y decisiones que puedo manejar.

—Buenos días —Dominic entra sin llamar, el único que se atreve a hacerlo—. ¿Mala mañana?

—¿Tan obvio es? —pregunto, aflojándome por fin la corbata.

—Tienes esa arruga en la frente que solo consiguen provocarte las gemelas —sonríe, sentándose frente a mí—. ¿Qué han hecho esta vez?

—Lograr que otra niñera salga corriendo espantada.

En la boca de Dominic se forma una sonrisa y siento deseos de estrangularlo.

Antes de que pueda responder, su móvil suena. Mira la pantalla y sonríe de esa manera que solo he visto desde que se casó.

—Dame un segundo —dice, levantándose para contestar—. Es Valeria.

Me concentro en los documentos frente a mí mientras Dominic habla con su esposa. Intento no escuchar, pero es imposible no captar fragmentos de su conversación. La forma en que su voz se suaviza cuando habla con ella me recuerda incómodamente a la mirada de decepción de mi madre esta mañana.

—¿Tu hermana sigue sin salir del apartamento? —lo oigo decir, y levanto la vista involuntariamente—. No, cariño, no creo que ver Netflix todo el día sea saludable...

Vuelvo a los documentos, repasando cifras que normalmente tendrían todo mi interés. Pero el caos de esta mañana sigue resonando en mi cabeza. Necesito encontrar una solución, y pronto.

—Alexander —Dominic vuelve a sentarse frente a mí, guardando su móvil. Me mira fijamente durante unos segundos como si estuviera valorando algo—. Perdona la interrupción. ¿Empezamos con la revisión de los términos?

—Por supuesto —respondo, agradecido por volver a terreno conocido—. El departamento legal ha señalado algunas cláusulas que...

—Valeria está preocupada —me interrumpe, y lo miro sorprendido. Dominic nunca mezcla lo personal con los negocios—. Su hermana... está pasando por un mal momento. Necesita algo que hacer, un propósito.

—Fascinante —respondo secamente—. ¿Podemos volver a la fusión?

—Solo digo que... —su móvil vuelve a sonar y mira el mensaje rápidamente—. Es profesora de niños. En Madrid.

No me hace falta que diga lo que quiere. Lo he entendido perfectamente y no va a suceder.

Me quedo inmóvil, procesando la información. La ironía de la situación no se me escapa.

—No —digo rotundamente, anticipando lo que Dominic está pensando—. Ni hablar.

—Ni siquiera he sugerido nada —responde con esa sonrisa que me irrita profundamente.

—No necesito la caridad de tu esposa —vuelvo a centrarme en los documentos—. Y definitivamente no necesito a una desconocida despechada cuidando de mis hijas.

—¿Y cómo vas a trabajar y cuidar a las niñas? —su tono casual no me engaña—. La hermana de Valeria tiene años de experiencia con niños. Es profesora de infantil.

—También tenía experiencia la señora Peterson —le recuerdo—. Y la señora Hamilton. Y las otras trece antes que ellas.

—Catorce.

—Lo que sea —cierro la carpeta con más fuerza de la necesaria—. El punto es que mis hijas necesitan estructura, disciplina. No otra persona que huya a la primera señal de caos.

—Elena no es así —insiste Dominic—. Además, habla español. ¿No querías que las niñas lo aprendieran?

Me detengo un momento. Es cierto. Llevo tiempo queriendo que aprendan una segunda lengua.

—La respuesta sigue siendo no —pero incluso yo noto que mi voz ha perdido firmeza.

Dominic me mira fijamente, y odio que me conozca tan bien.

—Alexander —dice con ese tono que usa cuando está a punto de ganar una negociación—. ¿Qué tienes que perder?

—Todo —respondo secamente—. Tengo mucho que perder. La estabilidad de mis hijas, para empezar.

Dominic se recuesta en su silla, estudiándome con esa mirada que tanto detesto. La que dice que puede ver a través de mi fachada de control.

—La estabilidad que ahora mismo no tienen —señala—. Mira, no te estoy pidiendo que la contrates sin conocerla. Solo... considéralo. Es temporal, es Navidad, y francamente, Alexander, ¿qué otras opciones tienes?

Miro por la ventana de mi despacho, hacia el skyline de Manhattan. Tiene razón, por supuesto. No tengo otras opciones. Y la imagen de mi madre esta mañana, con esa mirada de decepción...

—Bien —digo finalmente—. Pero le haré una entrevista formal. Y si no cumple mis estándares...

—Por supuesto —Dominic sonríe, sabiendo que ha ganado—. Ahora, ¿podemos volver a los términos de la fusión?

Asiento, pero mi mente ya está organizando la lista de requisitos que deberá cumplir esta tal Elena. Necesito a alguien que aporte estructura, disciplina, que entienda que en mi casa todo funciona con un orden específico. Alguien que...

Mi móvil vibra. Es un mensaje de Rosa con una foto adjunta. En ella, mis hijas sonríen con esa

expresión angelical que siempre precede al caos, cubiertas de lo que parece ser harina de pies a cabeza. Detrás de ellas, mi inmaculada cocina parece una zona de guerra.

«Dicen que están haciendo galletas navideñas para su nueva niñera.»

Miro la foto fijamente. Por alguna razón, tengo el presentimiento de que esta entrevista va a ser... interesante.

CAPÍTULO 2

ELENA

Hay un límite para la cantidad de felicidad ajena que una persona puede soportar, especialmente cuando tu única actividad en los últimos cinco días ha sido maratonear series y comer helado. Y yo acabo de alcanzarlo.

—El bebé ya empieza a notarse —susurra Valeria mientras Dominic le acaricia suavemente el vientre durante el desayuno.

Bajo la mirada hacia mi café, fingiendo estar absorta en mi móvil. En realidad, estoy jugando al Candy Crush, que es básicamente lo más productivo que he hecho desde que llegué a Nueva York. Eso, y memorizar el catálogo completo de Netflix.

—Elena —la voz de Valeria me saca de mi intento de alinear tres caramelos del mismo color—. ¿Has pensado en lo que te comenté?

—¿Sobre qué? —murmuro, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—El amigo de Dominic necesita una niñera. Alguien con experiencia con niños, que hable español...

—Val, no creo que...

—Son solo unas semanas —me interrumpe—. Durante la Navidad. Y te vendría bien tener algo que hacer, salir un poco de casa.

Levanto la vista para protestar, pero me encuentro con otra escena de amor conyugal. Si veo a Dominic darle otro beso esquimal a mi hermana, voy a necesitar una dosis extra de insulina.

—¿Cuándo dijiste que era la entrevista? —me escucho preguntar, sorprendiéndome a mí misma. Ayer lo descarté por completo cuando me lo propuso. Pero hoy…

Valeria sonríe como si acabara de ganar la lotería.

—Esta tarde —dice—. A las tres, en Sterling Enterprises.

—¿Esta tarde? —casi me atraganto con el café—. ¿Y se puede saber qué pretendes que me ponga? Lo único formal que tengo en la maleta es...

—¡Vamos de compras! —exclama, y la veo prácticamente vibrar de emoción—. Conozco la tienda perfecta para...

—Oh, no —la interrumpo—. No necesito un traje de diseñador para cuidar niños.

—Elena —Dominic interviene con ese tono diplomático suyo—, Alexander Sterling es... bastante particular con las apariencias.

—¿Particular? —resoplo—. ¿Como tú eras «particular» antes de conocer a mi hermana?

—Peor —admite con una media sonrisa.

Genial. Simplemente genial. De escapar del espectáculo del amor a una entrevista con Mr. Control. Aunque pensándolo bien, cualquier cosa es mejor que otra sesión de «mira cómo ha crecido mi barriga desde ayer».

—Vale —suspiro, derrotada—. Pero nada extravagante. Y que conste que solo lo hago porque necesito salir de esta casa antes de que me dé una sobredosis de azúcar

Ocho horas y una tarjeta de crédito humeante después, me encuentro en el vestíbulo de Sterling Enterprises, intentando que mis tacones nuevos no resuenen demasiado contra el suelo de mármol. El edificio entero grita «dinero» de una manera que hace que mi traje recién comprado parezca de rebajas.

Me acerco al mostrador de recepción, donde una mujer con un moño tan tirante que parece doloroso me mira como si fuera una mancha en su impecable vestíbulo.

—Elena Acosta —digo, intentando que mi voz suene más segura de lo que me siento—. Tengo

una cita con el señor Sterling.

La mujer teclea algo en su ordenador, probablemente comprobando si realmente alguien como yo puede tener una cita con alguien como Alexander Sterling.

—Piso 50 —dice finalmente—. La señorita Roberts la está esperando.

Mientras el ascensor sube, me pregunto si aún estoy a tiempo de volver al sofá de Valeria y su maratón de películas románticas. Al menos allí solo tengo que soportar amor ficticio.

Pero me armo de valor y sigo adelante.

El ascensor es tan lujoso que me siento fuera de lugar incluso respirando su aire. Cincuenta plantas. ¿Quién necesita cincuenta plantas? Vale, respira Elena. Solo es una entrevista. Una maldita entrevista para escapar del festival del amor que es el piso de tu hermana.

En la planta cuarenta y nueve las puertas se abren y todo sucede en cámara lenta.

No lo veo venir. Solo siento el impacto cuando un cuerpo sólido choca contra el mío. Mis ridículos tacones nuevos (cortesía de Valeria y su «necesitas estar perfecta») deciden que es el momento perfecto para traicionarme. Me tambaleo y, en un acto reflejo, mis manos se aferran a lo primero que encuentran: una americana que probablemente cuesta más que mi sueldo de un año.

—Perdón, yo... —levanto la mirada y las palabras se me atrancan en la garganta.

Dios mío.

Me acabo de chocar con el mejor ejemplar de hombre de todo Nueva York.

Sus ojos son de un azul imposible. No el azul suave del cielo de Madrid en primavera, sino ese azul intenso y profundo que te atraviesa el alma. Y ahora mismo esos ojos me miran fijamente, con una mezcla de sorpresa e irritación que debería molestarme pero que, por alguna razón que no quiero analizar, me resulta fascinante.

Sus manos están en mi cintura, sujetándome con firmeza. Son grandes, cálidas, y envían pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Huele a poder, a café caro y a algo más que no logro identificar pero que hace que quiera acercarme más.

Madre mía, Elena, contrólate.

ALEXANDER

Debería cancelar esta entrevista.

Llevo toda la mañana repitiéndome lo mismo mientras intento gestionar el caos que mis hijas han dejado en casa. La última foto de Rosa muestra mi sala convertida en lo que parece una zona de guerra, y mi madre no ha dejado de llamar desde que descubrió que sus nietas usaron su broche de Cartier para «pescar» en la fuente del jardín.

No necesito una niñera inexperta. Necesito un equipo SWAT.

—Señor Sterling —mi secretaria me alcanza mientras camino hacia el ascensor—, la señorita Acosta llegará en...

—Cancélalo —la interrumpo, entrando en el ascensor.

Y entonces sucede.

El impacto es suave, pero suficiente inesperado para hacerme trastabillar. Mis manos encuentran una cintura pequeña, y por un momento me invade un aroma a vainilla y algo floral que hace que mi cerebro cortocircuite. Hacía años que una mujer no provocaba esta reacción instantánea en mí.

Grandes ojos color miel me miran con sorpresa, y hay algo en ellos, una calidez que contrasta violentamente con el frío corporativo al que estoy acostumbrado, que me dejan fascinado. Sus labios están entreabiertos, como si fuera a decir algo, y me descubro preguntándome cómo sabrían.

—Perdón, yo... —su voz se apaga mientras me mira.

La forma en que me mira, con una mezcla de vergüenza y algo más que no quiero analizar, me irrita. Me irrita porque hace que quiera seguir sosteniéndola, y eso es inaceptable.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, y noto cómo se estremece ligeramente bajo mis manos, que

siguen en su cintura.

—Yo... sí —murmura—. Lo siento, estos zapatos...

—Tal vez debería ser más cuidadosa —la interrumpo con toda la frialdad que puedo reunir, soltándola como si quemara. No puedo permitirme distracciones.

Me digo a mí mismo que por eso soy tan borde. No porque me ponga nervioso.

El silencio se hace en el ascensor y subimos a la siguiente planta sin cruzar otra mirada.

Cuando las puertas se abren en el piso cincuenta, salgo a toda prisa para separarme de la mujer. Siento ganas de darme la vuelta solo para robarle un último vistazo antes de que desaparezca para siempre, pero me contengo.

Cuando llego a la puerta de mi oficina mi secretaria me mira con expresión nerviosa.

—¡Señor Sterling! ¿Está todo bien?

—No, cancele todas mis citas de la mañana —la interrumpo—. Y la entrevista con la niñera...

—La señorita Acosta ya está aquí, señor.

Maldigo. Tendría que haberlo dicho antes. Si la mando a casa sin entrevistarla Dominic me matará. Asiento secamente y me dirijo a mi despacho sin mirar atrás. Necesito recuperar el control. Un minuto para recomponerme, revisar el currículum que Dominic me envió y...

—Señor Sterling —la voz de mi secretaria suena a través del intercomunicador—. ¿Hago pasar a la señorita Acosta?

—Un momento —respondo, aflojándome la corbata. El encuentro en el ascensor me ha dejado más alterado de lo que quiero admitir—. Puede pasar —digo finalmente, sin levantar la vista de los papeles.

La puerta se abre y el mismo aroma a vainilla de hace unos minutos invade mi despacho. Levanto la mirada lentamente.

Mierda.

Es la mujer del ascensor. ¿Qué probabilidades había?

Me quedo mirando a la mujer que acaba de entrar en mi despacho, intentando mantener mi expresión neutral. La luz que entra por los ventanales la ilumina de una manera que hace que su piel parezca brillar, y me obligo a centrarme en los papeles frente a mí.

—Siéntese —digo secamente, señalando la silla frente a mi escritorio.

La observo moverse con cierta inseguridad sobre esos tacones que han provocado el incidente del ascensor. Hay algo refrescante en su falta de sofisticación, tan diferente a las mujeres que suelen frecuentar este edificio. Y eso es precisamente lo que me preocupa.

—Señorita Acosta —empiezo, manteniendo mi tono deliberadamente frío—. ¿Por qué debería confiarle el cuidado de mis hijas a alguien que ni siquiera puede mantener el equilibrio en unos tacones?

La veo sonrojarse ante mi comentario, pero en lugar de encogerse, levanta ligeramente la barbilla. Hay algo en ese pequeño gesto de desafío que me irrita y me intriga a partes iguales.

—Señor Sterling —su acento español me llama la atención—, llevo ocho años manejando una clase de veinticinco niños de cinco años. Créame, unos tacones no son mi mayor desafío.

Interesante. Repaso su currículum, ignorando deliberadamente cómo se muerde el labio inferior mientras espera.

—Dice aquí que es profesora en Madrid. ¿Por qué debería contratar a alguien que está de paso en Nueva York?

—Estaré aquí toda la temporada navideña —responde con más seguridad de la que esperaba—. Y hablo español, que tengo entendido es algo que busca para sus hijas.

Levanto la mirada de los papeles. Sus ojos color miel me sostienen la mirada sin vacilar.

—Mis hijas necesitan estructura, señorita Acosta. Disciplina. No una niñera temporal que...

—Con todo respeto, señor Sterling —me interrumpe, y noto cómo mi mandíbula se tensa—, los niños necesitan más que estructura. Necesitan creatividad, espontaneidad, alguien que...

—¿Está cuestionando mis métodos de crianza? —mi voz es cortante.

—Estoy ofreciendo una perspectiva diferente.

El silencio se instala entre nosotros, cargado de algo que no quiero analizar. Me levanto y camino hacia el ventanal, necesitando poner distancia.

—El puesto requiere disponibilidad total —digo finalmente, mirando hacia el skyline de Manhattan—. Tendría que vivir en mi casa.

La oigo contener el aliento y me giro para observar su reacción. Sus mejillas se tiñen de un rosa suave que me hace preguntarme si...

No. Concéntrate, Alexander.

—Las gemelas pueden ser... desafiantes —continúo, manteniendo mi tono profesional—. La última niñera duró tres días.

—¿Qué pasó con ella?

—Decidió que una carrera en el circo sería menos estresante.

Para mi sorpresa, se ríe. Es un sonido suave, musical, que hace que algo se remueva en mi interior.

—Señorita Acosta, esto no es una broma. Mis hijas son...

—¿Creativas? ¿Enérgicas? ¿Un torbellino de actividad constante? —hay un brillo de diversión en sus ojos—. Señor Sterling, paso ocho horas al día con veinticinco versiones en miniatura de eso. Y aún conservo mi cordura. Más o menos.

Me acerco a mi escritorio, apoyando las manos sobre la superficie pulida. Ella no retrocede, y eso me irrita aún más. La mayoría de la gente al menos parpadea cuando los intimido.

—¿Y está dispuesta a mudarse hoy mismo? —pregunto, intentando descolocarla—. Porque si acepta el puesto, la necesito esta noche.

Sus ojos se abren ligeramente, pero mantiene la compostura.

—¿Esta noche?

—Tengo una cena importante —explico, preguntándome por qué siento la necesidad de justificarme—. Y mi ama de llaves necesita... un descanso.

—¿De sus angelitos? —hay un toque de diversión en su voz que debería molestarme.

—De mis demonios —corrijo, y por un momento juraría que veo una sonrisa bailando en sus labios.

Me enderezo, rodeando el escritorio hasta quedar frente a ella. Su perfume vuelve a invadirme, y me obligo a mantener la distancia profesional.

—El trabajo es suyo, señorita Acosta —digo finalmente—. Si cree que puede manejarlo.

Se levanta, y por un momento estamos demasiado cerca. Sus ojos encuentran los míos, y hay algo en ellos, un desafío velado que hace que mi pulso se acelere.

—Puedo manejarlo, señor Sterling —responde suavemente—. La pregunta es... ¿puede usted?

Y con eso, se gira y sale de mi despacho, dejándome con la inquietante sensación de que acabo de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Dios, ¿en qué me he metido?

CAPÍTULO 3

ELENA

El taxista me deja frente a una mansión de Upper East Side que parece sacada de una de esas revistas de decoración que mi madre guarda como tesoros. Mientras pago (y casi me da un patatús con la tarifa), no puedo evitar sentirme como una impostora. Este mundo de fachadas perfectas y jardines impecables está a años luz de mi realidad.

Me quedo plantada en la acera, agarrando el asa de mi maleta como si me fuera la vida en ello. La casa se alza frente a mí, todo piedra clara y ventanales elegantes, tan diferente a mi pisito de Madrid que me entran ganas de reír. Una risa nerviosa, de esas que te dan cuando no sabes si estás metiendo la pata hasta el fondo.

La nieve cae suavemente, posándose sobre mi abrigo y derritiéndose al instante. El aire frío de Manhattan me ayuda a mantener la cabeza clara mientras subo los escalones de mármol. El portero me abre la puerta con una inclinación de cabeza, y el aroma a madera noble y flores frescas me envuelve nada más entrar.

El vestíbulo es imponente, con techos tan altos que hacen que me sienta diminuta. Una escalera de mármol se curva hacia el segundo piso, y la luz que se filtra por los ventanales crea patrones en el suelo pulido.

—Bienvenida —una voz cálida rompe el silencio. Una mujer mayor, con un delantal impecable y ojos bondadosos, emerge de un pasillo lateral—. Soy Rosa. Te estaba esperando.

Su acento mexicano contrasta con la formalidad del entorno, y algo en su sonrisa maternal hace que mis hombros se relajen ligeramente.

Un estruendo lejano seguido de risas infantiles interrumpe el momento. La sonrisa de Rosa flaquea por un instante.

Un segundo estruendo, más cercano que el anterior, hace que Rosa y yo intercambiemos una mirada. Por un momento, juraría que la veo persignarse.

—Las niñas están... —empieza Rosa, pero un grito la interrumpe.

—¡SARAH, CREO QUE YA SÉ CÓMO HACER QUE VUELEN!

Antes de que pueda procesar lo que eso significa, una figura pequeña aparece en lo alto de la escalera. Lleva lo que parece ser un mantel de seda atado al cuello como una capa, y su vestido de uniforme escolar está cubierto de lo que espero que sea chocolate.

—¡Sophie Victoria Sterling! —la voz de Rosa tiembla entre el pánico y la resignación—. Ni se te ocurra...

Pero Sophie ya está corriendo escaleras abajo, con los brazos extendidos como alas y una sonrisa que haría palidecer al gato de Cheshire. Detrás de ella, su gemela (que solo puedo asumir que es Sarah) supervisa la operación con una expresión científica.

—Los cálculos indican que necesitamos más velocidad —anuncia Sarah con toda la seriedad que puede reunir una niña de ocho años cubierta de chocolate—. Y tal vez más manteles.

Me muevo por instinto, años de experiencia con niños temerarios guiando mis pasos. Justo cuando Sophie llega al final de la escalera, la atrapo al vuelo. El impulso nos hace girar, y por un momento todo es risas y olor a chocolate.

—¡Wow! —exclama Sophie, sus ojos azules brillando con emoción—. ¡Eso ha sido como un baile! ¿Eres la nueva niñera? ¿Sabes bailar? La última solo sabía gritar.

Parece que voy a empezar directamente con el trabajo. Sonrío mientras me recargo de su energía infantil.

—Sé un poco de ambas —respondo mientras dejo a Sophie en el suelo con cuidado—. Pero quizás deberíamos empezar por algo menos... aéreo.

—¿Como qué? —pregunta Sophie, agarrándome la mano con sus dedos pegajosos.

—Como enseñarme mi habitación —sugiero—. Y tal vez contarme qué experimento estabais haciendo con el chocolate.

—¡No era un experimento! —protesta Sophie—. ¡Eran galletas!

—Intentábamos replicar la receta de Rosa —explica Sarah con aire académico—. Pero hemos tenido un error en los cálculos de la harina.

—Y en los del chocolate —añade Sophie alegremente—. ¡Y en los del azúcar!

Rosa suspira, pero detecto una sonrisa mal disimulada.

—La habitación de Elena está en el ala este, niñas. ¿Por qué no la acompañáis mientras yo... —mira el rastro de chocolate en las escaleras— me ocupo de esto?

—¡Sí! —exclama Sophie, tirando de mi mano—. ¡Vamos! ¿Quieres que te ayudemos a guardar tus cosas?

—Claro, pero primero —intervengo, notando sus manos pegajosas—, creo que deberíamos hacer una parada.

El camino al baño más cercano es como un tour por un museo donde todo parece demasiado caro para tocarlo. Las niñas van delante, sus pasos resonando en el pasillo mientras señalan cada detalle como pequeñas guías turísticas.

—Ese jarrón es de la dinastía no-sé-qué —explica Sophie, señalando una pieza que probablemente vale más que todo lo que poseo—. La abuela dice que es súper importante, pero Sarah dice que es feo.

—Es asimétrico —puntualiza Sarah—. Y la proporción áurea está mal.

La miro divertida.

—Venga, arriba las mangas —digo mientras ajusto la temperatura del agua en el lavabo de mármol—. No podéis ayudarme a deshacer la maleta con las manos llenas de chocolate.

Sophie mete las manos bajo el chorro de agua con entusiasmo, salpicando todo a su alrededor. Sarah, en cambio, examina el jabón de lavanda como si fuera una muestra de laboratorio.

—El agua caliente hace que el chocolate se derrita más rápido —declara con aire científico—. Es una reacción química.

—También hace que el baño parezca una piscina —murmuro, intentando que el agua no empape por completo mi blusa nueva. Por suerte, años de experiencia con niños me han enseñado a esquivar salpicaduras.

Mientras les seco las manos con una toalla tan suave que parece una nube, no puedo evitar fijarme en sus expresiones. No hay rastro del miedo o la cautela que suelen mostrar los niños con un adulto desconocido. Solo curiosidad y una energía que parece inagotable.

Me encantan. Me hacía falta un poco de este calor infantil. Echo demasiado en falta a mis niños.

Subimos por una escalera lateral menos imponente que la principal, pero no menos elegante. Los últimos rayos de sol se filtran por las ventanas, creando sombras alargadas en la alfombra persa.

—Esta es tu habitación —anuncia Sophie, empujando una puerta de madera oscura—. Está al lado de la nuestra para que puedas oírnos si hay monstruos.

La habitación es más grande que mi piso entero en Madrid. Las niñas revolotean por el espacio mientras deshago la maleta, tocándolo todo con una curiosidad que me resulta entrañable.

—¿Por qué tienes tantos libros de cuentos? —pregunta Sophie, asomándose a mi maleta.

—Porque soy profesora —respondo mientras guardo mi ropa en el armario de caoba—. De niños como vosotras.

—¿En España? —Sarah se sienta en la cama, sus piernas balanceándose sin llegar al suelo—. Papá dice que deberíamos aprender español.

Hay algo en la forma en que lo dice, una nota de anhelo apenas perceptible, que me encoge el corazón.

El sol empieza a ponerse, tiñendo la habitación de tonos dorados. Debería sentirme fuera de

lugar en este espacio tan elegante, pero hay algo en la presencia de las niñas, en su energía desordenada y sus preguntas constantes, que hace que todo parezca menos intimidante.

ALEXANDER

El reloj marca las nueve cuando por fin llego a casa. Demasiado tarde, como siempre. El vestíbulo está en silencio, pero detecto un aroma inusual mezclado con el habitual perfume de flores frescas. ¿Chocolate?

—Rosa —llamo mientras me dirijo a la cocina—. ¿Ha llegado la nueva niñera?

La encuentro limpiando lo que parece ser el resultado de una explosión en una fábrica de dulces. Hay harina por todas partes y... ¿eso en la pared es chocolate derretido?

—Sí, señor Sterling —responde sin dejar de fregar—. La señorita Elena llegó hace unas horas.

—¿Y esto? —señalo el caos general que es mi inmaculada cocina.

—Las niñas querían darle la bienvenida con galletas.

Por supuesto. Mis hijas y su peculiar manera de «dar la bienvenida» a las niñeras. Me aflojo la corbata, intentando no pensar en cuántas piezas de mi vajilla francesa han sobrevivido a este último experimento.

—¿Dónde están ahora?

—En la habitación de la señorita Elena. Están ayudándola a instalarse.

Frunzo el ceño. Las niñas deberían estar preparándose para dormir, no «ayudando» a nadie. Hay rutinas que seguir, horarios que respetar.

Subo las escaleras con paso firme, siguiendo el sonido de risas que viene del ala este. La puerta de la habitación está entreabierta, y lo que veo me detiene en seco.

Elena está sentada en el suelo, rodeada de libros infantiles. Sophie está prácticamente en su regazo mientras Sarah, sentada a su lado, sostiene uno de los libros con expresión solemne. La luz de la lámpara crea un ambiente cálido, casi... hogareño.

—Y entonces el dragón decidió que prefería las galletas al oro —lee Elena con voz suave, y las niñas la miran completamente absortas en la historia.

—Son las nueve y cuarto —mi voz corta el momento como un cuchillo—. Las niñas deberían estar en la cama hace quince minutos.

Elena levanta la vista, y por un momento nuestras miradas se encuentran. Mi cuerpo se despierta.

—Estábamos terminando el cuento —dice con una calma que solo consigue alterarme más—. Es importante mantener las rutinas, pero también...

—En esta casa hay normas, señorita Acosta —la interrumpo—. Normas que espero que se cumplan al pie de la letra.

—Papi... —empieza Sophie, pero la detengo con una mirada.

—A la cama. Las dos. Ahora.

Elena se levanta con una gracia tranquila. ¿Por qué no parece intimidada? Todas las niñeras anteriores al menos tenían la decencia de mostrarse nerviosas ante mi presencia.

—Venga, chicas —dice con suavidad—. Vuestro padre tiene razón, es tarde. Mañana podemos terminar el cuento.

—Pero el dragón todavía no ha probado las galletas —protesta Sophie, aferrándose a su falda.

—Las normas son las normas —intervengo secamente—. Y ya van quince minutos tarde para su rutina.

Elena me mira directamente, y hay algo en sus ojos que me desconcierta. No es miedo, ni siquiera respeto. Es... ¿desafío?

—A veces —dice mientras recoge el libro con cuidado—, cinco minutos de calidez valen más que una hora de rutina perfecta.

—No recuerdo haberle pedido consejos sobre crianza, señorita Acosta.

—No, señor Sterling. Solo estoy compartiendo mi experiencia profesional.

Su tono es respetuoso, pero hay un filo en sus palabras que me hace apretar la mandíbula. Las niñas observan nuestro intercambio como si fuera un partido de tenis.

—Su experiencia profesional —repito con frialdad—. ¿La misma que ha permitido que mis hijas estén despiertas hasta estas horas?

—La misma que me dice que los niños necesitan tanto estructura como afecto —responde, y luego se gira hacia las gemelas con una sonrisa cálida—. Venga, a lavarse los dientes. Mañana descubriremos qué pasa con ese dragón goloso.

Las niñas la siguen sin protestar, algo que nunca había visto antes. Mientras pasan junto a mí, Sophie me mira con esos ojos que siempre me desarman.

—¿Puede Elena leernos un cuento mañana también? —pregunta en voz bajita.

Antes de que pueda responder, Elena interviene:

—Mañana seguiremos el horario que tu padre indique —dice con firmeza, pero sin perder la calidez—. Y ahora, ¡a la cama!

Las observo alejarse por el pasillo, las risas contenidas de mis hijas mezclándose con la voz suave de Elena. Me quedo solo en la habitación, rodeado de libros infantiles y con la incómoda sensación de haber perdido el control de algo más que un horario.

CAPÍTULO 4

ELENA

La lista de normas en mis manos pesa como si fuera de plomo, es lo primero que me ha dado cuando me ha visto, o quizás es el efecto que tiene Alexander Sterling sobre mí cuando está tan cerca. Su perfume —algo caro y masculino que no logro identificar— invade mi espacio personal mientras señala cada punto de la lista.

—Espero que todo esté claro —dice, y su voz grave hace que algo se remueva en mi interior—. Las rutinas son esenciales para las niñas.

Intento concentrarme en las palabras perfectamente mecanografiadas, pero soy dolorosamente consciente de su presencia. La forma en que sus dedos rozan el papel cuando señala algo específico, cómo su traje hecho a medida se tensa ligeramente cuando se inclina... Céntrate, Elena. Son normas, no una novela romántica.

—¿Alguna pregunta? —su tono sugiere que no debería tener ninguna, y levanto la mirada para encontrarme con esos ojos azules que deberían ser ilegales.

—No, señor Sterling —respondo, agradeciendo que mi voz suene más firme de lo que me siento —. Todo está... perfectamente claro.

Como él. Como su mandíbula perfectamente afeitada, su pelo negro impecablemente peinado, y esa forma de moverse que rezuma poder y control. Es el tipo de hombre que nunca miraría dos veces a alguien como yo, y eso es precisamente lo que lo hace más peligroso.

Quizás por eso en cuanto tengo la menor oportunidad salgo corriendo de su lado y me centro en mi trabajo.

La mañana se convierte en un ejercicio de autocontrol, y no solo por las normas. Es por la constante sensación de su presencia. Por cómo mi piel se eriza cuando sé que está cerca, observando.

—¡Sophie! —llamo mientras subo las escaleras por tercera vez en la mañana—. ¡Tu uniforme está al revés!

Es más fácil concentrarse en las niñas, en la rutina diaria. Es más seguro que pensar en cómo su padre llena una habitación con su mera presencia, o cómo sus ojos parecen seguirme cuando cree que no me doy cuenta.

—¡Es que así es más divertido! —la voz de Sophie llega desde su habitación, y no puedo evitar sonreír.

Son estos momentos los que me recuerdan por qué estoy aquí. Por qué merece la pena ignorar cómo mi corazón da un vuelco cada vez que escucho los pasos de Alexander en el pasillo.

Unos minutos después Sarah aparece a mi lado, ya perfectamente vestida, su expresión demasiado seria para sus ocho años.

—El desayuno es a las 7:15 —recita, pero hay un brillo travieso en sus ojos que me recuerda que, bajo toda esa formalidad heredada, sigue siendo una niña—. Y Sophie todavía tiene que peinarse.

—¿Qué te parece si hoy probamos algo diferente? —sugiero mientras entro en la habitación de Sophie—. Podemos contar en español mientras nos preparamos. Así practicáis el idioma y mantenemos el tiempo.

—¡Como un juego! —exclama Sophie, finalmente saliendo de debajo de la cama donde aparentemente estaba buscando su otro zapato.

Mientras ayudo a Sophie con los botones de su uniforme (esta vez del lado correcto), siento su mirada. No necesito girarme para saber que Alexander está en la puerta, observando. Su presencia es como un campo magnético que altera todo a su alrededor. O quizás solo me altera a mí.

—Uno... —empiezo, intentando ignorar el cosquilleo en mi nuca.

—¡Dos! —sigue Sophie, saltando sobre un pie mientras intenta ponerse el calcetín.

—Tres —añade Sarah, su pronunciación perfecta haciéndome sonreír.

El sonido de pasos alejándose me indica que Alexander se ha ido, y puedo volver a respirar con normalidad. Me centro en las niñas, en sus risas mientras convierten una simple cuenta en un juego, en cómo Sarah corrige la pronunciación de su hermana con infinita paciencia.

Es en estos momentos cuando todo cobra sentido. Cuando veo a Sophie bailar mientras se peina, o cuando Sarah frunce el ceño concentrada en abrochar sus zapatos «como una dama», según dice. Son instantes de pura alegría que hacen que valga la pena la constante tensión de sentirme observada, de luchar contra esta atracción inapropiada hacia su padre.

—¡Elena! —Sophie tira de mi mano—. ¿Podemos contar hasta veinte hoy?

—Claro que sí —respondo, dejando que me arrastre hacia el espejo—. Pero primero, ese pelo necesita un poco de atención.

Los días siguientes se convierten en una rutina que oscila entre el caos controlado con las niñas y mi lucha constante por mantener la compostura cada vez que Alexander está cerca.

Por las mañanas, después del ritual del desayuno (7:15 en punto, como dictan las sagradas normas Sterling), acompaño a las niñas al colegio. El trayecto en el coche con chofer sería terriblemente formal si no fuera por Sophie cantando villancicos a pleno pulmón mientras Sarah intenta corregir su pronunciación en español.

—Se dice «Navidad», no «Navidá» —insiste Sarah con ese aire de profesora en miniatura que me hace sonreír.

A veces, en estos momentos, atrapo a James, el chofer, sonriendo por el retrovisor. Incluso él parece estar suavizándose ante esta nueva dinámica.

Las tardes son para los deberes, otra de las normas inquebrantables: trabajo antes que juego. Pero hemos encontrado la manera de hacerlo divertido.

—Si termináis los ejercicios de matemáticas antes de las cinco —les digo un día mientras nos instalamos en la biblioteca—, podemos practicar español jugando al Memory.

Es durante estas sesiones cuando más siento la presencia de Alexander. A veces pasa por la biblioteca con alguna excusa poco convincente, y el aire parece cargarse de electricidad. Su colonia cara me distrae, y me descubro perdiendo el hilo de las multiplicaciones que intento explicar.

—Elena —la voz de Sarah me devuelve a la realidad—, ¿estás bien? Estás toda roja.

—Es que... hace calor aquí —miento, consciente de que Alexander acaba de pasar por tercera vez en una hora.

Los días se suceden, y con ellos vienen pequeños momentos que atesoro. Como cuando Sophie descubre que puede hacer una reverencia perfecta si finge ser una princesa, o cuando Sarah admite que las matemáticas son más divertidas si usamos galletas para contar (aunque esto último viola directamente la norma de «dulces solo los domingos»).

Pero también hay momentos que me hacen temblar, y no de miedo. Como cuando me cruzo con Alexander en el pasillo y el espacio parece reducirse a nada, o cuando nuestras manos se rozan accidentalmente al pasarle los informes diarios de las niñas.

—Las gemelas han mejorado notablemente en español —me dice una tarde, y su voz grave hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Son muy inteligentes —respondo, intentando mantener un tono profesional mientras lucho contra el impulso de perderme en sus ojos azules.

Rosa me ha advertido que la primera semana suele ser la más tranquila. «Es después cuando empiezan los verdaderos desafíos», me dijo mientras preparaba la cena. No especificó a qué se refería, pero algo en su mirada me dice que hay historias que aún no conozco, secretos familiares que tarde o temprano tendré que enfrentar.

Por ahora, me concentro en el presente: en hacer sonreír a las niñas, en mantener el delicado equilibrio entre normas y diversión, y en ignorar cómo mi corazón se acelera cada vez que Alexander Sterling está cerca.

Aunque algo me dice que esto último será cada vez más difícil.

ALEXANDER

Estaba seguro de que no duraría ni tres días. Como las demás. Especialmente después de ver su expresión cuando le entregué la lista de normas. Es demasiado suave, demasiado dulce para manejar el caos que son mis hijas.

Me equivocaba.

Esta mañana, cuando escuché el estruendo procedente de la biblioteca, supe que era el fin. Sophie había derramado tinta china sobre uno de los manuscritos de la colección. Un ejemplar irremplazable. El tipo de desastre que hizo renunciar a la señora Peterson en el acto.

Me quedé paralizado en la puerta, esperando los gritos, el inevitable «¡renuncio!».

Pero Elena... Elena simplemente sonrió.

—Bueno —dijo con esa voz suave suya—, parece que tenemos una artista abstracta en la familia.

Y procedió a convertir el desastre en una lección sobre Pollock y el expresionismo abstracto, mientras limpiaba la tinta con una calma que me descolocó por completo.

Es desconcertante. Ella es desconcertante. La forma en que maneja cada crisis con una sonrisa, cómo encuentra el equilibrio entre disciplina y dulzura. Cómo ha conseguido que Sarah, mi pequeña perfeccionista, se ría cuando comete errores en lugar de frustrarse.

Me encuentro buscando excusas para pasar por donde está. Para observarla. La manera en que se mueve, natural y despreocupada, tan diferente a todo lo que representa mi mundo. Su perfume —algo dulce y floral— me persigue por los pasillos, nublándome el juicio.

Como ahora, mientras la observo desde las sombras del pasillo. Está inclinada sobre la mesa de la biblioteca, un mechón rebelde cayendo sobre su rostro mientras explica matemáticas usando... ¿eso son galletas? Debería recordarle las normas sobre dulces entre semana. Debería hacer muchas cosas.

En lugar de eso, me quedo mirando cómo sonríe, cómo sus ojos brillan cuando las niñas aciertan, cómo muerde su labio inferior cuando está pensando...

Maldita sea.

Me alejo antes de que note mi presencia, antes de que este deseo inapropiado se haga más evidente. Necesito mantener el control. El control lo es todo.

Pero por primera vez en años, no estoy seguro de querer mantenerlo.

CAPÍTULO 5

ELENA

El aroma a chocolate caliente invade la cocina mientras las niñas cuentan los malvaviscos en español. Es uno de esos momentos que violan al menos tres reglas de la casa Sterling, pero la sonrisa de Sophie mientras revuelve el chocolate con extrema concentración hace que valga la pena.

—Cinco malvaviscos —cuenta Sarah con su pronunciación perfecta—. La abuela dice que los dulces arruinan el apetito.

—La abuela dice muchas cosas —murmura Rosa desde el fregadero, donde finge no estar pendiente de nuestra pequeña revolución culinaria.

El sonido de tacones sobre el mármol nos congela a todos. Antes de que pueda reaccionar, las niñas ya están escondiendo sus tazas y limpiándose las manchas de chocolate de la cara.

La mujer que entra en la cocina parece salida de las páginas de Vogue. Su pelo gris platino está perfectamente peinado, y sus ojos... Dios, son los mismos ojos azules de Alexander, pero fríos como el hielo.

—¿Qué está pasando aquí? —su voz es suave pero cortante.

—Señora Sterling —Rosa se adelanta—. No la esperábamos tan temprano.

¿Sterling? Oh. OH.

—Evidentemente —responde ella, sus ojos escaneando la cocina con desaprobación—. ¿Y usted es...?

—Elena Acosta, la nueva niñera —me presento, notando cómo las niñas se tensan a mi lado.

—Ah, sí. La... española —dice como si fuera una enfermedad—. ¿Y esto le parece apropiado para mis nietas?

—Estamos practicando español —respondo con más calma de la que siento—. Los números, las medidas...

—Con chocolate —interrumpe—. En la cocina. Como... sirvientes.

Siento que Sarah se encoge a mi lado y algo se enciende dentro de mí.

—Son niñas, señora Sterling —digo suavemente, pero con firmeza—. Niñas que necesitan momentos de alegría tanto como necesitan estructura.

—¿Disculpe? —sus cejas perfectamente delineadas se alzan—. ¿Está sugiriendo que sabe mejor que yo lo que necesitan mis nietas?

—Estoy sugiriendo que quizás todos necesitamos un poco de chocolate caliente de vez en cuando.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con cuchillo. Rosa tose discretamente, probablemente intentando evitar que me despidan en el acto.

—Ya veo —dice finalmente Elizabeth Sterling—. Ya veo por qué mi hijo necesita recordar ciertos... estándares.

Se gira con la elegancia de una reina ofendida y sale de la cocina. Sus tacones resuenan como un recordatorio de su desaprobación.

—Madre mía —murmura Rosa, dejándose caer en una silla—. Acabas de plantar cara a Elizabeth Sterling.

—¿Eso es malo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Depende —dice Rosa, y hay algo en su mirada que me inquieta—. ¿Cuánto te importa este trabajo?

Las gemelas me miran con una mezcla de admiración y miedo. Sophie tiene una mancha de chocolate en la mejilla que no llegó a limpiarse, y Sarah parece al borde de las lágrimas.

—Me importan ellas —respondo, limpiando con ternura la mejilla de Sophie—. El trabajo... ya

veremos.

Rosa asiente, como si acabara de confirmar algo.

—La señora Elizabeth... —empieza, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Digamos que tiene ideas muy claras sobre cómo deben ser las cosas. Especialmente desde que Victoria...

—¿Victoria?

—La madre de las niñas —dice en voz baja—. Pero esa es una historia para otro momento.

Miro a las gemelas, que siguen inusualmente silenciosas.

—¿Sabéis qué? —digo, intentando aligerar el ambiente—. Creo que estos malvaviscos están muy solos. ¿Deberíamos añadir más?

Sus sonrisas tímidas son toda la respuesta que necesito. Porque sí, quizás acabo de cometer un error enfrentándome a Elizabeth Sterling, pero ver cómo las niñas recuperan su alegría hace que valga la pena.

Aunque algo me dice que esto no ha terminado.

ALEXANDER

El golpe seco de la puerta de mi despacho anuncia la llegada de mi madre antes de verla. Elizabeth Sterling entra como una tormenta contenida en un traje de Chanel.

—Tienes que despedirla —declara sin preámbulos, sus tacones resonando contra el suelo de madera mientras se acerca a mi escritorio—. Inmediatamente.

Levanto la vista de los documentos que estaba revisando, aunque mi mente ya lleva varios minutos distraída por el aroma a chocolate que flota desde la cocina.

—¿A quién, madre?

—A esa... niñera —pronuncia la palabra como si fuera un insulto—. ¿Sabes lo que me he encontrado en la cocina? A tus hijas, Alexander. Tus hijas haciendo chocolate como si fueran...

—¿Niñas? —la interrumpo, sorprendiéndome a mí mismo por el tono defensivo.

Mi madre me mira como si acabara de sugerir que vendamos la empresa familiar para criar cabras.

—Las encontré en la cocina, Alexander. En la cocina. Haciendo chocolate con malvaviscos como si esto fuera una casa cualquiera. ¿Es así como quieres que crezcan tus hijas? ¿Como...?

—¿Como niñas felices? —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Ni yo mismo puedo creer que esté defendiendo eso. Elena está incumpliendo las normas descaradamente.

El silencio que sigue es denso. Mi madre se sienta frente a mí, sus ojos —los mismos que heredé — estudiándome con preocupación.

—Cariño —su voz se suaviza, y reconozco el tono que usaba cuando era niño y quería convencerme de algo—. Sé que es difícil. Desde que Victoria...

—No menciones su nombre —la corto secamente.

—Necesitas a alguien apropiado cuidando de las niñas. Alguien con clase, con refinamiento. No una... extranjera que claramente no entiende nuestros estándares.

Pienso en Elena, en cómo logró que Sarah riera con un adulto por primera vez en meses. En cómo Sophie ahora corre a hacer sus deberes en lugar de esconderse. En el sonido de sus risas flotando por los pasillos...

—Las niñas están progresando —digo, intentando mantener un tono neutral—. Su español ha mejorado considerablemente.

—¿Español? —mi madre arquea una ceja perfectamente delineada—. ¿Es eso lo que te preocupa? Puedo conseguirte una tutora de la mejor academia de Manhattan. Alguien apropiado.

Apropiado. La palabra me irrita más de lo que debería.

—Elena está haciendo un buen trabajo —me sorprendo defendiéndola con más vehemencia de la necesaria—. Las niñas están...

Me detengo, súbitamente consciente del calor en mi voz. Mi madre me observa con una mezcla de sorpresa y algo más... ¿preocupación?

—Alexander —dice suavemente—. No puedes permitir que alguien así influya en las niñas. Ya fue suficientemente malo cuando Victoria... —se detiene, como si el nombre le dejara mal sabor de boca—. Al menos ella tenía la educación adecuada, aunque careciera de otros... atributos necesarios.

El comentario me irrita. Victoria puede haber sido la perfecta dama de sociedad en papel, pero abandonó a sus hijas sin mirar atrás.

—Es temporal —digo finalmente, las palabras sabiendo amargas en mi boca—. Solo hasta después de Navidad.

Mi madre asiente, satisfecha por ahora, pero noto cómo me estudia. Busca grietas en mi armadura, señales de que esto podría convertirse en un problema mayor.

—Asegúrate de que así sea, querido —dice mientras se levanta—. Las niñas necesitan estabilidad. Y alguien que entienda nuestro mundo.

Me quedo mirando por la ventana mucho después de que se haya ido. La idea de que Elena se irá pronto me provoca una sensación de ansiedad que no quiero analizar.

El sonido de risas vuelve a flotar desde la cocina, mezclado con el aroma dulce del chocolate. Me encuentro aflojándome la corbata, inquieto.

Es frustrante lo mucho que Elena ha alterado el orden de mi casa en tan poco tiempo. La forma en que las niñas corren hacia ella en lugar de esconderse, cómo incluso Rosa parece más relajada, más sonriente. La manera en que ella simplemente... existe, sin pretensiones, sin intentar encajar en nuestro mundo.

Y eso es precisamente lo que la hace peligrosa.

Mi madre tiene razón en algo: necesitamos estabilidad. Orden. Control. Todo lo que Elena amenaza con su sonrisa cálida y su forma despreocupada de manejar el caos.

El problema es que, por primera vez desde hace mucho tiempo, la casa se siente como un hogar. Y me aterra pensar que eso tiene más que ver con la mujer que está en mi cocina haciendo chocolate caliente que con todas las normas que he impuesto durante años.

Me levanto, necesitando distancia, aire. Pero al pasar frente a la cocina, me detengo. Elena está limpiando las manchas de chocolate de las mejillas de Sophie, mientras Sarah lee algo en español con una concentración absoluta. La escena es tan doméstica, tan natural, que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Señor Sterling —Rosa me ve antes de que pueda retirarme—. ¿Le apetece una taza de chocolate?

Elena se gira, y por un momento nuestras miradas se encuentran. Hay un desafío silencioso en sus ojos color miel, como si esperara que empezara a citar el reglamento sobre dulces entre semana.

—No, gracias —respondo secamente, obligándome a apartar la mirada—. Tengo trabajo.

Mientras me alejo, escucho a Sophie susurrar «Papá nunca toma chocolate». La respuesta de Elena, suave pero clara, me sigue hasta mi despacho:

—A veces, cariño, las personas necesitan tiempo para recordar que está bien disfrutar de las cosas simples.

Me detengo en seco, sus palabras golpeándome con más fuerza de la que deberían.

Temporal, me recuerdo mientras cierro la puerta de mi despacho. Todo esto es temporal.

¿Entonces por qué cada día me cuesta más creerlo?

CAPÍTULO 6

ALEXANDER

El gimnasio no ha conseguido aplacar esta inquietud que me persigue desde hace días. La tensión sigue acumulada en mis músculos mientras subo las escaleras de dos en dos, necesitando desesperadamente una ducha fría. Mi mente no deja de reproducir la forma en que Elena sonreía esta mañana durante el desayuno, cómo su falda se ajustaba a sus curvas cuando se inclinaba para ayudar a Sophie con su zumo...

El vapor me recibe al abrir la puerta de mi baño, y por un momento mi cerebro no procesa lo que ven mis ojos.

Elena.

Está bajo la ducha, completamente desnuda, el agua resbalando por su piel como una caricia. Sus curvas son más generosas de lo que su ropa deja adivinar, suaves y femeninas. Su pelo mojado cae sobre su espalda, más largo de lo que pensaba, y mis dedos hormiguean con el deseo de enredarse en él.

Debería irme. Ahora mismo.

Pero mis pies parecen clavados al suelo. Mis ojos siguen el recorrido tortuoso de una gota de agua que desciende por su espalda, dibujando la curva de su cintura antes de perderse en la redondez de su cadera. Mi cuerpo reacciona instantáneamente, y el gemido que se escapa de mis labios rompe el hechizo.

Elena se gira sobresaltada, y el movimiento me regala una visión fugaz de su perfil, de curvas que aparecerán en mis sueños durante semanas. Sus ojos color miel se abren con sorpresa al verme, y un rubor intenso se extiende por su piel mientras agarra la primera toalla que encuentra —una ridículamente pequeña que apenas cubre lo esencial.

—Señor Sterling... yo... —su voz tiembla, y el sonido envía una descarga directa a mi entrepierna —. Mi ducha... se estropeó y pensé...

Sin ser consciente, mis pies me llevan hacia ella. Cada paso acorta la distancia entre nosotros mientras el vapor del baño parece hacer el aire más denso, más íntimo. Elena, que ha salido de la ducha, retrocede hasta que su espalda toca la encimera del lavabo. Está atrapada entre el mármol frío y mi cuerpo, que prácticamente vibra con la necesidad de tocarla.

—Pensé que estaría libre —susurra, su voz apenas audible sobre el sonido de las gotas que caen de su pelo—. No sabía que era su baño...

Estamos tan cerca que puedo ver las gotas de agua en sus pestañas, oler el aroma de su champú mezclado con algo dulce que es puramente ella. La pequeña toalla apenas cubre lo esencial, y el agua sigue resbalando por su piel, tentándome.

—¿No lo sabías? —mi voz suena extraña, ronca—. ¿O quizás...?

Me detengo. No puedo, no debo sugerir lo que estoy pensando. Pero la forma en que su pecho sube y baja agitadamente, cómo sus labios se entreabren... está acabando con mi autocontrol.

—Yo... —intenta explicarse, y el movimiento hace que la toalla se deslice peligrosamente.

—No me tientes, Elena —advierto, mi voz grave, casi un gruñido—. No sabes lo que estás provocando.

Una gota de agua cae de su pelo y resbala lentamente por su cuello, perdiéndose en el valle entre sus pechos apenas cubiertos por la toalla. Mi mano se mueve por voluntad propia, deseando seguir ese recorrido...

El pequeño jadeo que escapa de sus labios me devuelve a la realidad. ¿Qué estoy haciendo?

Me giro bruscamente, apretando los puños hasta que mis nudillos se vuelven blancos.

—Vete —ordeno, mi voz tensa por el esfuerzo de mantener el control—. Ahora.

Escucho sus pasos apresurados, el suave sonido de la puerta al cerrarse. El aire aún huele a ella, a su champú, a su piel mojada. Me apoyo en el lavabo, mi respiración agitada, mi cuerpo ardiendo de deseo insatisfecho.

La imagen de Elena desnuda bajo el agua está grabada a fuego en mi mente. La suavidad de sus curvas, el rubor en su piel, la forma en que me miraba con esos ojos color miel...

Maldita sea.

Necesito alivio. Ahora.

Mi mano tiembla mientras la deslizo bajo la cintura de mis pantalones agarrando mi enorme erección. No puedo evitarlo. La imagen de Elena desnuda me persigue: el agua acariciando sus curvas, ese rubor que se extendía por su piel, la forma en que sus labios se entreabrieron al verme...

Cierro los ojos, pero es peor. Me acaricio con más fuerza. Ahora puedo recordar cada detalle con claridad cristalina: la gota de agua deslizándose entre sus pechos, el temblor de su cuerpo cuando la acorralé contra el lavabo, el suave jadeo que escapó de sus labios...

Mi respiración se vuelve errática mientras imagino cómo habría sido dar ese paso más, recorrer con mis labios el camino que trazó esa gota de agua. Casi puedo sentir el sabor de su piel, escuchar los sonidos que haría si...

Maldita sea.

El ritmo se vuelve frenético. En mi mente, Elena no huyó. En mi mente, esa pequeña toalla cayó al suelo, y mis manos están libres para explorar cada curva que el agua acarició antes que yo.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja temblando, su nombre atrapado entre mis dientes apretados.

Me apoyo en el lavabo, intentando recuperar el aliento, la cordura. Pero sé que es inútil. Esta obsesión con Elena... esto no ha hecho más que empezar.

Y eso me aterra más que cualquier pérdida de control.

ELENA

—¡¿Que tú qué?! —la voz de Valeria suena tan aguda a través del teléfono que tengo que apartarlo de mi oreja.

Me dejo caer en la cama, todavía con el pelo húmedo y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón. Han pasado dos horas y aún puedo sentir la intensidad de su mirada, el calor de su cuerpo tan cerca del mío.

—No fue a propósito —me defiendo, aunque suena patético incluso para mí—. Rosa me dijo que esa ala estaba libre mientras arreglaban mi ducha. Se suponía que Alexander no volvería hasta la noche...

—Pero volvió —Valeria suena entre divertida y escandalizada—. Y te encontró desnuda. En su baño.

—En su ducha —corrijo, como si eso lo hiciera mejor—. Y entonces él... Dios, Val, deberías haber visto cómo me miraba.

—¿Como si quisiera devorarte?

—¡Valeria! —pero no puedo evitar el escalofrío que me recorre al recordarlo—. No es gracioso. Es mi jefe.

—Un jefe muy sexy.

Me tapo la cara con una almohada, recordando cómo se tensaba su camiseta del gimnasio sobre sus músculos, cómo sus ojos se oscurecieron cuando me vio...

—Tengo un problema —murmuro contra la almohada.

—¿Solo uno? —puedo oír la sonrisa en su voz—. Porque yo veo varios: estás viviendo en su casa, cuidando a sus hijas, y claramente hay una atracción...

—No —la corto—. No puede haberla. Es mi jefe, Val. Y esto es temporal. En cuanto pasen las

navidades...

—Elena —su voz se suaviza—. Te conozco. Ya te has encariñado con las niñas, ¿verdad?

Pienso en Sophie y su risa contagiosa, en Sarah y sus preguntas inteligentes. En cómo me miran cuando les leo cuentos...

—Eso no importa —respondo, intentando sonar firme—. Lo que importa es que acabo de hacer el ridículo más espantoso de mi vida y ahora tendré que verlo todos los días sabiendo que...

—¿Que te ha visto desnuda y que casi te devora contra el lavabo?

—¡Valeria! —pero no puedo evitar reírme—. No me estás ayudando.

—No quiero ayudarte —dice con ese tono que usa cuando cree saber algo que yo no—. Quiero que por una vez en tu vida dejes de pensar tanto y...

—Y nada —la interrumpo—. Es mi jefe. Tiene dos hijas. Y probablemente ahora mismo está pensando en cómo despedirme sin crear un escándalo.

El recuerdo de su voz grave advirtiéndome que no le tentara me hace estremecer. La forma en que se acercó, cómo el aire parecía cargarse de electricidad...

—Elena —la voz de mi hermana me devuelve a la realidad—. ¿Te gusta?

—No puedo permitirme que me guste —susurro, admitiendo por primera vez lo que llevo días intentando negar.

El silencio al otro lado de la línea me dice que mi hermana está sonriendo, probablemente recordando cómo ella misma se resistió a enamorarse de Dominic.

—A veces —dice finalmente—, las mejores cosas de la vida son las que no nos permitimos desear.

Me quedo mirando al techo después de colgar, sus palabras resonando en mi cabeza. El problema no es que Alexander Sterling me guste.

El problema es que estoy empezando a temer que podría ser mucho más que eso.

CAPÍTULO 7

ELENA

La mañana después del «incidente del baño» (como lo he bautizado mentalmente) es incómoda. Más que incómoda, es una tortura.

Me detengo en seco al entrar en el comedor. Alexander está ahí, algo inusual a estas horas. Está impecablemente vestido con un traje gris oscuro que probablemente cuesta más que mi guardarropa entero, leyendo el Wall Street Journal mientras toma café. El aroma de su *aftershave* llena la estancia, y por un momento me traslada a ayer, a ese momento en el baño cuando estaba tan cerca...

—¡Papi! —la voz de Sophie rompe el hechizo. Sale corriendo hacia él, su uniforme ya arrugado a pesar de que hace solo diez minutos que se lo ha puesto.

Alexander baja el periódico y, por un segundo, su expresión se suaviza al recibir el abrazo entusiasta de su hija. Sarah la sigue más comedida, pero con la misma adoración brillando en sus ojos.

Me quedo en la puerta, súbitamente consciente de cada movimiento de mi cuerpo. ¿Dónde pongo las manos? ¿Cómo actuaba antes con él? No puedo recordarlo.

—Señorita Acosta —su voz es más fría que el hielo—, las niñas deberían estar ya sentadas. El desayuno es a las 7:15.

Miro el reloj de pared: 7:13. El nudo en mi estómago se aprieta. Este Alexander es diferente al de ayer, cuando sus ojos ardían mientras me miraba en el baño. Este es todo control y frialdad.

—Por supuesto, señor Sterling —respondo, orgullosa de que mi voz suene firme—. Niñas, a vuestros sitios.

El desayuno transcurre en un silencio tenso, roto solo por el suave tintineo de las cucharas contra la porcelana. Incluso Sophie, que normalmente tararea mientras come sus cereales, está inusualmente callada. Sarah lanza miradas preocupadas entre su padre y yo, como si intentara descifrar qué ha cambiado.

Alexander mantiene la vista fija en su periódico, pero noto cómo se tensa cada vez que me muevo para ayudar a las niñas. El aire entre nosotros está cargado de algo que no me atrevo a nombrar.

—Las quiero listas para salir en diez minutos —dice finalmente, doblando el periódico con precisión militar—. La puntualidad es esencial.

Se levanta, y por un momento su aroma me envuelve cuando pasa junto a mí. Contengo la respiración hasta que escucho sus pasos alejándose.

—Elena —la voz de Sarah me devuelve a la realidad—, ¿estás bien? Estás toda roja.

—Es que... hace calor aquí dentro —miento, abanicándome con una servilleta.

Solo cuando escucho la puerta principal cerrarse, indicando que Alexander se ha marchado, siento que puedo respirar normalmente de nuevo.

Rosa aparece para recoger los platos, lanzándome una mirada conocedora que prefiero ignorar.

—Venga, niñas —digo con una alegría que no siento—, ¿quién está lista para aprender más español?

Una vez que las dejo, las horas pasan con rapidez mientras realizo mis rutinas, hasta que el teléfono suena a primera hora de la tarde.

Me preocupo cuando veo que es del colegio.

—¿Señorita Acosta? —la voz de la profesora suena preocupada—. Soy la señora Thompson, del Saint Mary's. Sophie no se encuentra bien.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué ha pasado?

—Ha estado vomitando y tiene algo de fiebre. Necesitamos que vengan a recogerla.

No hace falta que me lo diga dos veces. Salgo corriendo a por ella.

Cuando llego al colegio, encuentro a Sophie en la enfermería, pequeña y pálida en una camilla. Cuando me ve, sus ojos azules —tan parecidos a los de su padre— se llenan de lágrimas.

—Elena... —susurra, y se lanza a mis brazos como si fuera su tabla de salvación.

La acuno contra mi pecho mientras firmo los papeles de salida. Está ardiendo.

—Vamos al médico, cariño —murmuro contra su pelo.

Ya en el coche, marco el número de Alexander con manos temblorosas. Responde al segundo tono.

—Sterling.

Su voz grave hace que mi estómago dé un vuelco, pero me obligo a concentrarme.

—Alexander, soy Elena —mi voz suena más tranquila de lo que me siento—. He tenido que recoger a Sophie del colegio. Ha estado vomitando y tiene fiebre.

Silencio. Luego:

—¿Dónde está ahora?

—La llevo al pediatra de urgencia. El Doctor Matthews en...

—Voy para allá —me interrumpe, y puedo oír el movimiento de papeles, el sonido de una silla arrastrándose—. ¿Está... está muy mal?

Hay algo en su voz, una vulnerabilidad que nunca le había escuchado, que hace que mi corazón se encoja.

—Está dormida ahora —respondo suavemente, mirando por el retrovisor a Sophie acurrucada en su asiento—. Pero creo que es mejor que la vea un médico.

—No la dejes sola —dice, y casi puedo verlo poniéndose la chaqueta, cogiendo las llaves—. Llego en veinte minutos.

La llamada termina y me quedo mirando el teléfono. Por un momento, he podido ver más allá del Alexander controlador y frío: he visto al padre preocupado.

La consulta del Doctor Matthews huele a antiséptico y a caramelos de fresa cuando entramos. Sophie se ha quedado dormida en mis brazos mientras esperamos, su pequeño cuerpo ardiendo contra el mío.

El Doctor Matthews es un hombre mayor con ojos amables detrás de unas gafas de montura dorada. Está examinando a Sophie cuando la puerta se abre y Alexander entra como una tormenta contenida en un traje de diseñador.

—Ah, el señor Sterling —saluda el médico, y luego se gira hacia mí—. Como le decía a la madre, parece una gastroenteritis. La fiebre es normal en estos casos...

Contengo la respiración, esperando que Alexander corrija el error, pero no lo hace. Está mirándome fijamente, o más bien, mirando cómo sostengo a Sophie, que se acurruca más contra mí.

ALEXANDER

El nudo en mi estómago no se ha deshecho desde la llamada de Elena. He dejado una reunión a medias, algo que nunca hago, pero la voz preocupada de Elena hablándome de Sophie...

Cuando entro en la consulta, la imagen me deja sin aliento. Elena sostiene a mi hija como si fuera lo más precioso del mundo, acariciándole el pelo y susurrando palabras suaves en español. Sophie está completamente relajada en sus brazos, confiando plenamente en ella.

—Como le decía a la madre... —está diciendo el Doctor Matthews.

No lo corrijo. Debería, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Hay algo en la forma en que Elena cuida de Sophie, en cómo mi hija se aferra a ella, que hace que mi pecho se apriete con un anhelo que no me había permitido sentir en años.

El viaje de vuelta a casa es silencioso. Elena va en el asiento trasero de mi coche, hemos dejado el suyo para que lo recoja James, con Sophie todavía dormida en sus brazos, negándose a soltarla. A través del retrovisor, la observo susurrarle palabras dulces en español cada vez que Sophie se remueve inquieta. Y es demasiado dulce para que pueda manejarlo.

Sarah nos espera en casa, preocupada por su gemela. Rosa la ha recogido del colegio y está intentando mantenerla ocupada, pero en cuanto nos ve entrar, corre hacia nosotros.

—¿Sophie está bien? —pregunta en voz baja, sus ojos azules llenos de preocupación.

Elena maneja la situación con una naturalidad que me asombra. Consigue tranquilizar a Sarah mientras subimos a Sophie a su habitación..

—¿Puedo dormir con ella? —pregunta Sarah, y por primera vez en años, no tengo el corazón para recordar las normas sobre dormir cada una en su cama.

Las horas pasan y me encuentro posponiendo llamadas, cancelando reuniones. No puedo apartar los ojos de la escena que se desarrolla en la habitación de Sophie: Elena sentada en la cama, con Sophie dormida a un lado y Sarah acurrucada al otro, leyéndoles un cuento en voz baja.

Es tarde cuando me doy cuenta de que yo también me he quedado dormido en el sillón de la habitación. La luz tenue de la lámpara de noche crea sombras suaves sobre las tres figuras en la cama. Elena también se ha quedado dormida, un libro de cuentos abierto sobre su regazo, mis hijas acurrucadas contra ella como si fuera lo más natural del mundo.

La imagen hace que algo se retuerza en mi pecho. Es todo lo que siempre he querido para mis hijas, todo lo que Victoria nunca fue capaz de darles: calidez, seguridad, amor incondicional.

Me levanto silenciosamente, acercándome a la cama. Debería despertarla, recordarle que esto no es apropiado, que hay líneas que no debemos cruzar. Pero cuando voy a tocar su hombro, Sophie murmura algo en sueños y Elena, incluso dormida, la acerca más hacia sí, protegiéndola.

El gesto me golpea con una fuerza inesperada. Esta mujer, que apenas conoce a mis hijas desde hace unas semanas, las cuida con más amor del que su propia madre les mostró en años.

Me quedo allí de pie, observando la escena, permitiéndome por un momento imaginar que esto no es temporal. Que esta calidez, esta sensación de hogar que Elena ha traído a nuestras vidas, podría ser permanente.

Es un pensamiento peligroso.

Porque Elena no es solo la niñera que cuida de mis hijas. Es una mujer que está empezando a despertar sentimientos en mí que creía muertos hace mucho tiempo. Y eso... eso es completamente inapropiado.

Pero mientras la observo dormir, rodeada por mis hijas, no puedo evitar anhelar algo que no tengo derecho a desear.

Una familia.

Un hogar real.

A ella.

Me dispongo a salir de la habitación cuando la voz somnolienta de Sarah me detiene.

—Papi... —susurra en la penumbra—. ¿Te quedas con nosotras?

Me giro y encuentro sus ojos azules, idénticos a los míos, mirándome con esa expresión que siempre desarma todas mis defensas. Sarah extiende su pequeña mano hacia mí.

—Por favor...

Debería decir que no. Hay reglas, rutinas, límites que mantener. Pero esta noche, con Sophie enferma y la preocupación aún latente, todas esas normas parecen insignificantes.

Con cuidado de no despertar a Sophie ni a Elena, me tumbo en el espacio que Sarah ha hecho para mí. El calor de sus pequeños cuerpos, la suave respiración de Elena, el aroma a vainilla de su champú... todo crea una atmósfera de intimidad que hace que mi corazón se acelere.

Sarah se acurruca contra mi pecho, como hacía cuando era más pequeña. Desde el otro lado, Sophie se mueve en sueños y Elena la abraza instintivamente, protectora. Su mano queda a

centímetros de la mía sobre la colcha.

Debería irme. Debería mantener las distancias. Debería...

Pero el suave murmullo de Sarah, ya medio dormida, me ancla al momento:

—Te quiero, papi...

Cierro los ojos, dejando que la paz de este momento me envuelva. El último pensamiento antes de quedarme dormido es lo perfecta que se siente esta intimidad familiar, lo natural que parece Elena en nuestras vidas.

Y lo peligroso que es permitirme desearlo.

CAPÍTULO 8

ELENA

Lo primero que noto al despertar es calor. Un calor sólido, masculino, que me envuelve por completo. Estoy en esa deliciosa fase entre el sueño y la vigilia donde todo parece irreal, envuelta en el aroma de su *aftershave* mezclado con algo puramente Alexander.

Me toma unos segundos procesar la situación: el brazo que descansa posesivamente sobre mi cintura, la firmeza de su pecho contra mi espalda, su respiración acompasada en mi nuca. Las niñas ya no están en la cama.

Debería moverme. Debería encontrar una manera de salir de esta situación sin despertarlo. Pero entonces él murmura algo en sueños y me atrae más hacia su cuerpo, y todo pensamiento racional se evapora cuando noto su evidente excitación matutina presionando contra mí.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda despertarlo. El calor se extiende por mi cuerpo mientras su mano, aún en sueños, se desliza ligeramente sobre mi cadera. Es una tortura exquisita, estar así, sabiendo que cuando despierte todo habrá terminado.

Contengo la respiración cuando noto el momento exacto en que la consciencia lo alcanza. Su cuerpo se tensa contra el mío, su respiración cambia de ritmo, pero... no me suelta. Está completamente inmóvil, como si el menor movimiento pudiera romper este momento, esta burbuja donde las normas y los límites no existen.

—Alexander... —su nombre se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo, apenas un susurro.

Sus dedos se clavan ligeramente en mi cadera, y siento cómo contiene la respiración. El aire está cargado de electricidad, de posibilidades. Por un momento, el tiempo se detiene y...

—¡Papi! ¡Elena! —la voz de Sophie rompe el hechizo como un cristal haciéndose añicos.

Nos separamos como si nos hubiera alcanzado un rayo, justo cuando la puerta se abre de golpe. Sophie entra corriendo, seguida de cerca por Sarah que, incluso a su edad, nos mira con una expresión demasiado conocedora.

—¡Me encuentro mucho mejor! —anuncia Sophie, lanzándose sobre la cama entre nosotros.

El momento se ha roto, pero la electricidad sigue ahí, vibrando bajo mi piel. Me obligo a centrarme en Sophie, en comprobar su temperatura con el dorso de la mano, en cualquier cosa excepto en la forma en que Alexander se está ajustando la camisa arrugada o cómo su pelo, normalmente perfecto, está deliciosamente despeinado.

—Aún tienes un poco de fiebre —digo, agradecida de que mi voz suene normal—. ¿Has tomado algo de agua?

—Rosa nos ha dado zumo —responde Sarah, sentándose en el borde de la cama—. Y dice que el desayuno está listo.

—El desayuno... —murmura Alexander, y por primera vez desde que lo conozco, parece completamente fuera de su elemento—. Debería estar en la oficina.

Nuestras miradas se encuentran por un segundo, y el recuerdo de cómo me sostenía hace unos momentos hace que me ruborice. Hay algo en sus ojos, un hambre que no tiene nada que ver con el desayuno, que me hace temblar.

—¡No vayas a trabajar hoy, papi! —suplica Sophie, aferrándose a su brazo—. Quédate con nosotras.

Me levanto, necesitando poner distancia, hacer algo con esta energía que vibra bajo mi piel. Intento alisar mi ropa arrugada por dormir, consciente de su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Voy a... voy a ver si Rosa necesita ayuda con el desayuno —murmuro, dirigiéndome a la

puerta.

—Elena —su voz me detiene, grave y ronca por el sueño—. Gracias... por cuidar de Sophie.

Me giro y lo encuentro mirándome con una intensidad que hace que me tiemblen las rodillas. Por un momento, veo algo más en sus ojos, algo que va más allá del agradecimiento. Pero entonces Sarah pregunta si puede tomar tortitas para desayunar, y el momento se desvanece.

Salgo de la habitación con el corazón latiendo desbocado, el fantasma de su tacto aun ardiendo en mi piel. Necesito aire, espacio, algo que me ayude a recuperar el control.

Porque si hay algo más peligroso que despertar en los brazos de Alexander Sterling, es darme cuenta de lo mucho que deseo que vuelva a suceder.

ALEXANDER

Debería estar en la oficina. Hay una reunión con inversores japoneses, tres contratos que revisar y una videoconferencia con Londres. En cambio, estoy aquí, apoyado en la isla de la cocina, observando cómo Elena prepara tortitas con las niñas.

—Uno, dos, tres... —cuenta Sophie en español mientras añade arándanos a la masa—. ¿Lo hago bien, Elena?

—Perfectamente, cariño —responde ella, y la sonrisa que le dedica hace que algo se retuerza en mi pecho.

Sarah está sentada a mi lado, supervisando la operación con aire crítico mientras dibuja lo que parece ser un diagrama de flujo del proceso de hacer tortitas. Mi pequeña científica.

—Papi —me dice en voz baja—, Elena hace las tortitas como las de los dibujos animados. ¿Has visto? Son esponjosas.

Asiento, pero mis ojos están fijos en Elena. Lleva un delantal sobre la ropa arrugada de ayer, el pelo recogido en un moño descuidado del que escapan varios mechones. Debería parecer un desastre, pero hay algo en su naturalidad que me resulta fascinante.

El teléfono vibra en mi bolsillo. Otro mensaje de la oficina. Lo ignoro.

—¡Las tortitas están listas! —anuncia Sophie con orgullo.

Elena se gira para coger los platos y nuestras miradas se encuentran. El recuerdo de esta mañana, de cómo se sentía su cuerpo contra el mío, hace que el aire entre nosotros se espese.

El timbre rompe el momento.

—Debe ser tu madre —dice Rosa desde la puerta—. Me llamó preguntando por Sophie.

Elena se tensa visiblemente, pero su voz es suave cuando se dirige a las niñas:

—¿Por qué no vais con Rosa a tomar el desayuno al jardín de invierno? —sugiere mientras les ayuda a recoger sus platos—. Así podéis ver si los pájaros han venido a comer las migas que dejasteis el otro día.

Las niñas apenas han salido cuando mi madre entra en la cocina, su mirada evaluadora fijándose inmediatamente en Elena.

—Ah, señorita... Acosta, ¿verdad? —su tono es engañosamente suave—. Me gustaría saber exactamente qué protocolo sigue usted cuando una de mis nietas enferma.

Elena, que estaba a punto de irse, se detiene. Puedo ver cómo endereza la espalda sutilmente.

—Señora Sterling, seguí el procedimiento médico adecuado y...

—¿El procedimiento adecuado? —la interrumpe mi madre—. Victoria tenía un protocolo específico para estas situaciones. Médicos privados, discreción absoluta...

—Victoria renunció a cualquier protocolo cuando decidió abandonar a sus hijas —las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas.

El silencio que sigue es pesado. Elena permanece junto a la puerta, sus ojos muy abiertos.

—Alexander —mi madre usa ese tono que siempre precede a un sermón—. Sabes perfectamente que el matrimonio con Victoria fue una decisión estratégica. Una unión entre familias

respetables que...

—¿Una decisión estratégica? —mi risa es amarga—. ¿Así llamas ahora a forzar un matrimonio concertado con los Ashworth solo porque tenían el apellido adecuado?

Elena permanece inmóvil, su mano aún en el pomo de la puerta. Puedo ver cómo procesa cada palabra, cómo sus ojos se suavizan con una comprensión que no quiero ni necesito.

—Alexander —mi madre suspira, como si fuera un niño terco que no entiende lo obvio—. Victoria era perfecta para esta familia. Educada en las mejores escuelas, con el linaje adecuado...

—Y nos abandonó —la corto—. A mí y a dos niñas de tres años. Por su instructor de tenis.

—Un desliz temporal —insiste mi madre—. Si hubieras sido más comprensivo, más paciente...

—¿Paciente? —mi voz es cortante—. ¿Como cuando dejó a Sophie con fiebre de cuarenta grados para ir a una gala benéfica? ¿O cuando se «olvidó» recoger a Sarah del ballet porque tenía una cita en el spa?

Noto cómo Elena contiene la respiración. Su expresión es una mezcla de horror y compasión que hace que me sienta expuesto.

—Al menos ella entendía su posición —continúa mi madre, lanzando una mirada significativa hacia Elena—. No como otras que pretenden ocupar un lugar que no les corresponde.

—Discúlpenme —la voz suave de Elena nos sorprende a ambos—. Debería ir con las niñas.

—Por supuesto que debería —el tono de mi madre destila desdén—. Es para lo único que está aquí, después de todo.

—Madre —advierto, pero Elena ya está negando con la cabeza.

—No, tiene razón —dice con una dignidad que me deja sin palabras—. Mi trabajo es cuidar de las niñas. Y ahora mismo me necesitan más que esta... conversación.

La forma en que lo dice, sin rastro de amargura pero con una firmeza inequívoca, hace que algo se remueva en mi pecho. Incluso mi madre parece momentáneamente desconcertada por su compostura.

Elena sale de la cocina con la cabeza alta, y me encuentro admirando no solo su dignidad, sino su instinto de proteger a las niñas de esta discusión.

No podría ser más diferente de Victoria.

Y por primera vez, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que necesitamos.

Me quedo mirando la puerta por donde ha salido Elena, la frase «es para lo único que está aquí» resonando en mi cabeza de forma desagradable.

—No vuelvas a hablarle así —mi voz es baja pero firme.

—Alexander —mi madre se sienta, como preparándose para una de sus charlas—. Entiendo que estés... agradecido por cómo cuida a las niñas, pero no puedes permitir que alguien así se tome tantas libertades. Ya fue suficientemente malo cuando Victoria...

—Elena no es Victoria —la interrumpo—. Y gracias a Dios por eso.

Mi madre me mira como si acabara de blasfemar en la Iglesia.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Victoria era...

—Victoria era lo que tú querías que fuera, madre. La esposa perfecta en papel. El apellido correcto. La educación adecuada —me acerco a la ventana y veo a Elena con las niñas en el jardín. Está ayudando a Sophie a dar migas a los pájaros mientras Sarah dibuja la escena—. Pero nunca, ni un solo día, fue madre.

El silencio que sigue es pesado. A través del cristal, veo cómo Elena ríe por algo que ha dicho Sophie, y el sonido, aunque amortiguado, llega hasta la cocina. Es un sonido genuino, cálido, tan diferente a la risa calculada y social de Victoria.

—Solo está aquí temporalmente —dice mi madre, como si me recordara algo que debería ser obvio—. Después de Navidad...

—Lo sé —la corto, y la amargura en mi voz me sorprende incluso a mí.

Porque lo sé. Sé que esto es temporal. Que Elena tiene su vida en Madrid, que esto solo es un

paréntesis. Pero ver cómo mis hijas florecen bajo su cuidado, cómo la casa parece más viva, más cálida...

El sonido de risas vuelve a flotar desde el jardín. Sarah está mostrando algo a Elena, probablemente uno de sus dibujos, y la forma en que Elena la escucha, completamente concentrada como si nada en el mundo fuera más importante...

—Alexander —la voz de mi madre me devuelve a la realidad—. No cometas el error de confundir gratitud con algo más.

Me giro para mirarla, y por primera vez veo preocupación real en sus ojos. No es solo su habitual necesidad de control, hay algo más.

—¿Como el error de dejar que tú decidieras con quién debía casarme?

Es un golpe bajo y lo sé. Mi madre se levanta, alisando una arruga inexistente en su falda.

—Solo intento protegerte —dice suavemente—. A ti y a las niñas.

—Lo sé —respondo, y es verdad. A su manera, siempre ha intentado protegernos—. Pero tal vez sea hora de que dejes que yo decida qué es lo mejor para mi familia.

Mi madre se dirige a la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Solo recuerda una cosa —dice sin girarse—. Las personas que no pertenecen a nuestro mundo siempre terminan marchándose. Es... inevitable.

Se va, dejándome con un sabor amargo en la boca y la incómoda sensación de que, tal vez, tenga razón.

Pero entonces escucho la voz de Elena cantando algo en español, y el sonido de mis hijas riendo, y por un momento me permito imaginar un futuro diferente.

CAPÍTULO 9

ELENA

El sonido del portátil anunciando la videollamada llena la biblioteca. Las niñas, que hasta hace un momento estaban concentradas en sus ejercicios de español, levantan la cabeza con curiosidad.

—¿Quién es? —pregunta Sophie, inclinándose sobre mi hombro para ver mejor la pantalla.

—Mis padres —respondo mientras acepto la llamada—. Están en Madrid.

Los rostros sonrientes de mis padres llenan la pantalla, y por un momento la nostalgia me golpea con fuerza.

—¡Hola cariño! —la voz de mi madre suena algo distorsionada—. ¡Oh! No sabía que estabas ocupada...

—No pasa nada, mamá —sonrío, notando cómo Sarah se acerca con esa curiosidad contenida tan suya—. Las niñas estaban practicando español conmigo.

—¿Son tus papás? —susurra Sophie, sus ojos brillando con interés—. ¿Viven donde hay mucho sol?

La risa de mi padre llena la biblioteca, cálida y familiar.

—Así es, pequeña —responde en español—. ¿Y tú cómo te llamas?

Sophie da un pequeño brinco, sorprendida.

—Me llamo Sophie —dice con cuidado—. Y ella es mi hermana Sarah.

Sarah, que hasta ahora observaba desde una distancia prudente, se acerca un poco más.

—Buenos días —saluda con esa formalidad que me recuerda tanto a su padre.

—¡Qué bien hablan español! —exclama mi madre—. Elena, no nos habías contado que las pequeñas...

Es entonces cuando escucho pasos en el pasillo. Pasos que reconocería en cualquier parte, que hacen que mi corazón dé un vuelco traidor.

Alexander.

Se detiene en el umbral de la biblioteca, su figura imponente enmarcada por la puerta. Lleva la corbata ligeramente aflojada, como si hubiera estado tirando de ella, un gesto que he aprendido a reconocer que hace cuando está tenso.

—¿Papi? —Sarah levanta la mirada de la pantalla—. Elena está hablando con sus padres.

Algo parpadea en sus ojos cuando me mira, una emoción que no logro descifrar. En vez de dar media vuelta como esperaba, se acerca a nosotros.

—Señor Sterling —mi padre lo saluda desde la pantalla con ese tono cálido tan suyo—. Es un placer conocerlo al fin.

Alexander duda por un momento, y luego, para mi sorpresa, se inclina sobre mi hombro para entrar en el campo de visión de la cámara. Su cercanía hace que contenga la respiración, su aroma envolviéndome por completo.

—El placer es mío —responde con esa voz grave que hace que me tiemblen las rodillas—. Tienen unas hijas excepcionales.

Me tenso ante la formalidad de su tono, pero mis padres sonríen, aparentemente encantados. Sophie aprovecha el momento para trepar prácticamente sobre mí, acercándose más a la pantalla.

—¿Sabéis hacer tortilla? —pregunta con entusiasmo—. Elena dice que es la mejor comida del mundo.

La risa de mi madre llena la biblioteca mientras Alexander se acerca aún más, su mano apoyándose suavemente en el respaldo de mi silla. El calor de su cuerpo tan cerca del mío hace que me resulte difícil concentrarme.

—Elena siempre ha sido una apasionada de la cocina española —comenta mi padre, y puedo

notar cómo me sonrojo—. Aunque su especialidad siempre fueron los postres.

—¡Es verdad! —exclama Sophie—. Hace las mejores galletas del mundo.

Un mechón de pelo se escapa de mi moño improvisado, y antes de que pueda apartarlo, siento los dedos de Alexander rozando suavemente mi cuello mientras lo coloca detrás de mi oreja. El gesto, tan íntimo e inesperado, hace que mi corazón se detenga por un segundo.

El tiempo parece detenerse con ese simple gesto. Sus dedos permanecen un segundo más de lo necesario en mi piel, y puedo sentir cómo su respiración se altera ligeramente.

—Elena nos está ayudando mucho con el español —la voz de Sarah rompe el momento, y Alexander retira su mano como si se hubiera quemado.

—Me alegro mucho de oír eso —dice mi madre, y hay algo en su tono que me hace sospechar que ha notado más de lo que quisiera—. ¿Y qué más hacéis juntas?

Durante los siguientes minutos, las niñas monopolizan la conversación, contando entusiasmadas sobre nuestras clases de español y las historias que les leo. Alexander permanece cerca, su presencia una distracción constante que hace que me cueste seguir el hilo de la conversación.

Cuando finalmente nos despedimos de mis padres, el aire en la biblioteca parece cargado de electricidad. Alexander se ha alejado unos pasos, pero puedo sentir su mirada sobre mí mientras ayudo a las niñas a recoger sus libros.

—Ha sido... interesante —murmura, y algo en su tono me hace levantar la vista.

Está tenso, como si acabara de darse cuenta de algo que lo perturba. Antes de que pueda decir nada más, Sophie tira de su manga.

—¿Podemos cenar todos juntos hoy, papi? —pregunta con esos ojos que sabe que su padre no puede resistir—. Elena prometió enseñarnos más palabras en español durante la cena.

Alexander duda, su mirada encontrándose con la mía por un momento que parece eterno.

—Por supuesto —responde finalmente, pero hay algo en su voz que no logro descifrar—. A las siete en punto.

Se va antes de que pueda responder, dejándome con la sensación fantasma de sus dedos en mi piel y un presentimiento inquietante en el estómago.

ALEXANDER

El whisky no ayuda a calmar esta inquietud que me corroe desde la videollamada. La imagen de Elena con mis hijas, la naturalidad con la que interactuaba con sus padres, lo doméstico de toda la escena... Y ese momento de debilidad mío, cuando no pude resistir tocarla.

Maldita sea.

Me aflojo aún más la corbata, sintiendo que me ahogo. El despacho, normalmente mi refugio, parece demasiado pequeño. Desde aquí puedo escuchar las risas que vienen de la cocina, donde Elena está preparando la cena con las niñas. Es un sonido peligrosamente acogedor.

El recuerdo de su piel bajo mis dedos cuando aparté ese mechón de pelo me persigue. La forma en que contuvo la respiración, cómo su pulso se aceleró... Lo fácil que hubiera sido inclinarme un poco más, probar esos labios que me han estado torturando desde...

El timbre de mi móvil me sobresalta. Es mi madre.

—Alexander, querido —su voz suena tensa—. ¿Has pensado en lo que hablamos sobre la fiesta de Navidad? Los Ashworth estarán allí y...

—No —la corto secamente—. No voy a considerar una reconciliación con Victoria.

Mi madre se ha vuelto muy insistente en ese tema desde que Elena ha entrado a nuestras vidas.

—Solo digo que las niñas necesitan estabilidad. Una madre apropiada, alguien de nuestra posición que...

Cuelgo. No puedo lidiar con esto ahora. No cuando el aroma a comida casera inunda la casa, no cuando puedo escuchar a mis hijas riendo tranquilas, no cuando todo se siente tan... correcto.

Y ese es precisamente el problema.

Elena no es Victoria. No es calculadora, no busca posición social ni tiene una agenda oculta. Es genuina, cálida, natural. Y eso la hace infinitamente más peligrosa.

Porque por primera vez en años, me encuentro imaginando un futuro diferente. Uno donde las risas son constantes, donde el caos no es algo que temer, donde...

El sonido de pasos acercándose me devuelve a la realidad. Sarah asoma la cabeza por la puerta.

—Papi, Elena dice que la cena está lista —dice con esa sonrisa tímida suya—. Hemos ayudado a hacer tortilla española.

La sigo hasta el comedor, donde la escena que me encuentro hace que algo se retuerza en mi pecho. La mesa está puesta de una manera informal pero acogedora. Sophie está colocando los cubiertos mientras Elena supervisa, susurrando palabras en español que mi hija repite entre risas.

Se siente como un hogar.

Y ese pensamiento me aterra más que cualquier contrato fallido o fusión fracasada.

La cena transcurre como una dulce tortura. Elena ha preparado tortilla española, y la forma en que mis hijas devoran cada bocado mientras ella les enseña nuevas palabras hace que algo primitivo se retuerza en mi interior. Algo que grita «mía».

—Elena —Sophie habla con la boca llena, olvidando todas las normas de etiqueta que mi madre ha intentado inculcarles—, ¿puedes quedarte para siempre?

El tenedor se me resbala, haciendo un ruido estridente contra la porcelana. Elena se tensa visiblemente, pero mantiene la sonrisa.

—Sophie, no hables con la boca llena —mi voz suena más cortante de lo que pretendo—. Y la señorita Acosta está aquí temporalmente. Es su trabajo.

—Pero... —Sarah me mira con esos ojos que son tan parecidos a los míos—. Nos quiere. Y nosotras la queremos a ella.

Amor. La palabra se clava en mi pecho como un puñal. El amor es peligroso. El amor te hace vulnerable. El amor te destroza cuando la persona en quien confías recoge sus cosas y se marcha sin mirar atrás, dejándote con dos niñas de tres años y un corazón destrozado.

—Las cosas no funcionan así, Sarah —cada palabra es un esfuerzo por mantener el control—. La señorita Acosta tiene su propia vida en Madrid. Su trabajo aquí termina después de Navidad.

—Pero podría quedarse —insiste Sophie—. Podríamos ser una familia y...

—¡Basta! —mi puño golpea la mesa, haciendo tintinear las copas. Las niñas se encogen, y veo el dolor en sus ojos. El mismo dolor que Victoria les causó—. La señorita Acosta es una empleada. Nada más. Y es hora de que todos lo tengamos claro.

El silencio que sigue es ensordecedor. Elena está pálida, sus ojos color miel brillando con algo que me niego a reconocer como lágrimas.

—Niñas —su voz es suave pero firme—, ¿por qué no vais con Rosa? Creo que había preparado un postre especial.

Las observo marcharse, Sophie prácticamente arrastrando los pies, Sarah lanzando miradas preocupadas hacia atrás. En cuanto desaparecen, Elena se levanta.

—Señor Sterling —su tono profesional es como una bofetada—, entiendo que quiera mantener los límites claros, pero...

—No, no lo entiende —la corto, poniéndome de pie también. Mi altura la obliga a levantar la cabeza para mantener mi mirada—. No entiende nada. No entiende que no puedo... que no puedo permitir...

Me acerco a ella, invadiendo su espacio personal. Su perfume me envuelve, nublándome el juicio. Sería tan fácil ceder, tomar lo que deseo...

—¿No puede permitir qué? —susurra, y hay un desafío en su voz que hace que mi control se tambalee.

—Esto —gruño—. Esta ilusión de familia feliz. Este... caos que trae a nuestras vidas. No puedo

permitir que mis hijas se encariñen con alguien que va a abandonarlas, como...

Me detengo, pero es demasiado tarde. La comprensión brilla en sus ojos.

—Como su madre —completa suavemente.

—No se confunda, señorita Acosta —mi voz es hielo puro—. Usted está aquí para hacer un trabajo. Temporal. Pagado. Nada más.

La veo enderezarse, como si cada palabra fuera un golpe físico. Toda la calidez que normalmente irradia se desvanece, reemplazada por una dignidad fría que nunca le había visto.

—Por supuesto, señor Sterling —su tono es perfectamente profesional, y por alguna razón eso me enfurece más—. No volveré a olvidar mi lugar.

Se gira para marcharse, pero algo primitivo dentro de mí necesita tener la última palabra, mantener el control.

—Asegúrese de que así sea.

La veo salir del comedor con la espalda recta, y solo cuando escucho sus pasos alejándose me permito soltar el aire que no sabía que estaba conteniendo. El silencio que deja tras ella es ensordecedor.

He conseguido lo que quería. He establecido límites claros. He recuperado el control.

Entonces, ¿por qué se siente como si acabara de cometer el peor error de mi vida?

CAPÍTULO 10

ELENA

—¡Mira este! —Sophie sostiene un diminuto body con estampado de unicornios—. ¡Es perfecto para el bebé!

Intento sonreír mientras mi hermana acaricia su vientre apenas abultado, pero el gesto me sale forzado. Llevamos una hora en la tienda más exclusiva de ropa infantil de Manhattan, y cada momento se siente como una pequeña tortura. Todo es tan... familiar. Tan doméstico. Tan parecido a lo que por un momento me permití soñar.

—Elena —la voz de Valeria es suave mientras las niñas se alejan hacia la sección de peluches—. ¿Vas a contarme qué pasó anoche?

Aprieto los labios, fingiendo examinar un conjunto de punto que probablemente cuesta más que mi sueldo mensual.

—No pasó nada —miento, pero mi voz me traiciona.

—Sarah me ha contado que hubo una discusión durante la cena —insiste mi hermana—. Y conozco esa mirada tuya. Es la misma que tenías cuando...

—No es lo mismo —la corto—. Esto es diferente. Él es mi jefe, Val. Y dejó muy claro que solo soy una empleada temporal.

El recuerdo de sus palabras hace que algo se retuerza en mi pecho. «Temporal. Pagado. Nada más.» Cada sílaba había sido como un cristal afilado.

—¡Elena! —Sarah se acerca corriendo, sus ojos brillantes—. ¿Podemos comprar algo para el bebé? ¿Por favor?

La miro, y por un momento veo a Alexander en ella. La misma intensidad en esos ojos azules, la misma forma de inclinar ligeramente la cabeza cuando espera una respuesta.

—Por supuesto que podéis —interviene Valeria, lanzándome una mirada que dice claramente que esta conversación no ha terminado—. Al fin y al cabo, será vuestro primo.

Las palabras de mi hermana hacen que algo se rompa dentro de mí. Porque no, no lo será. No realmente. Esto es temporal. Todo es temporal.

El tintineo de la puerta de la tienda me sobresalta. Valeria sigue a las niñas hacia la sección de peluches, dejándome un momento a solas con mis pensamientos.

—No vas a llorar —susurro para mí misma, apretando entre mis dedos una diminuta chaqueta de punto—. No por él. No por algo que nunca podría ser.

—Deberías decirle lo que sientes —Valeria ha vuelto, su voz suave pero insistente.

—¿Para qué? —mi risa suena amarga incluso para mí—. ¿Para que me recuerde otra vez que solo soy la niñera temporal? ¿La empleada que cobra por hora?

—Elena...

—No, Val —la corto, y mi voz tiembla ligeramente—. Lo vi en sus ojos anoche. El pánico cuando Sophie sugirió que me quedara. El desprecio cuando... —me detengo, tragando el nudo en mi garganta—. No voy a ser otra Victoria.

—No eres como ella —insiste mi hermana.

—No, soy peor —las palabras saben amargas—. Soy la empleada que se atrevió a soñar demasiado alto. La que pensó que... —me detengo, negando con la cabeza—. No importa lo que pensara. Alexander Sterling dejó muy claros los límites anoche.

—Los límites están para romperse —dice Valeria, su mano descansando sobre su vientre—. Mírame a mí. Dominic también tenía muros, y...

—Esto es diferente —la interrumpo—. Él está roto, Val. Y yo no puedo ser quien lo arregle. No quiero ser quien lo intente y fracase.

Me giro, fingiendo ordenar una pila de bodies, pero en realidad estoy intentando contener las lágrimas.

—A partir de ahora, todo será estrictamente profesional —declaro, más para convencerme a mí misma que a ella—. Nada de cenas familiares, nada de momentos íntimos. Seré la niñera perfecta y distante que él quiere que sea.

—¿Y las niñas?

La pregunta me golpea como un puñetazo. Sophie y Sarah, que en este momento están riendo mientras eligen un peluche, ajenas a cómo mi corazón se está rompiendo un poco más con cada segundo.

—Las niñas estarán bien —digo, pero mi voz traiciona la mentira—. Están acostumbradas a que la gente las deje.

—Elena... —hay dolor en la voz de mi hermana.

—No, Val. He tomado una decisión —me enderezo, forzando una sonrisa que no siento—. Tres semanas más. Solo tengo que sobrevivir tres semanas más. Y entonces volveré a Madrid, a mi vida normal, y todo esto será solo... un espejismo de Manhattan.

ALEXANDER

Los números en la pantalla se desdibujan frente a mis ojos. Llevo una hora intentando concentrarme en estos informes financieros, pero mi mente sigue volviendo a anoche. Al sonido de las copas tintineando cuando golpeé la mesa. A la forma en que la luz abandonó los ojos de Elena.

«Temporal. Pagado. Nada más.»

—Señor Sterling —mi secretaria asoma la cabeza por la puerta—. El señor Wolfe está aquí.

Dominic entra con esa calma que siempre me ha irritado, especialmente desde que se casó. Como si hubiera descubierto algún secreto del universo que el resto no conocemos.

—¿Has desayunado? —pregunta, ignorando deliberadamente la pila de documentos frente a mí.

—Tengo trabajo.

—También tienes que comer —se sienta sin ser invitado—. Además, necesito tu opinión sobre el regalo para el bebé.

La mención del bebé hace que algo se retuerza en mi estómago. Anoche, cuando Sophie sugirió que Elena se quedara, por un momento me permití imaginar...

—¿Alexander? —la voz de Dominic me devuelve al presente—. ¿Estás bien? Pareces...

—Estoy perfectamente.

—Por supuesto que lo estás —Dominic me estudia con esa mirada que detesto, la que usa cuando está a punto de decir algo que no quiero oír—. Por eso llevas dos minutos mirando el mismo documento.

Cierro la carpeta con más fuerza de la necesaria.

—¿Has venido solo para irritarme?

—Valeria me ha dicho que se ha llevado a las niñas de compras —comenta casualmente, como si no hubiera hablado—. Con Elena.

El sonido de su nombre hace que mi mandíbula se tense. Intento mantener mi expresión neutral, pero Dominic me conoce demasiado bien.

—Necesitan ropa —respondo secamente.

—Alexander —su tono cambia, se vuelve más serio—. Te conozco desde la universidad. Sé cuando algo te está carcomiendo.

—No hay nada que...

—Las cosas han cambiado en tu casa —me interrumpe—. Cualquiera puede verlo. Las niñas sonríen más, hay risas en los pasillos, incluso Rosa dice que...

—Es temporal —las palabras salen como un latigazo—. Todo esto es temporal.

Dominic se recuesta en su silla, estudiándome, y yo me levanto y camino hasta la ventana solo por la necesidad de hacer algo.

—¿Y es eso lo que te aterroriza? ¿Que sea temporal? ¿O que desearías que no lo fuera?

Sus palabras son como un golpe demasiado certero que no estoy dispuesto a escuchar.

Me aparto de la ventana, necesitando moverme, hacer algo con esta energía inquieta que me consume.

—No vamos a tener esta conversación —mi voz es cortante—. Elena es una empleada. Temporal. Punto.

—Como Valeria era solo mi asistente —replica Dominic.

—Esto es diferente —gruño—. Tengo dos hijas que...

—Que la adoran.

—¡Exactamente! —golpeo el escritorio con la palma—. No puedo... no puedo permitir que se encariñen con alguien que se irá. No otra vez.

Dominic se levanta, sacando el móvil del bolsillo.

—Valeria dice que están en Bergdorf's, en la sección infantil —dice casualmente—. Voy a ir a reunirme con ellas para ver algunas cosas para el bebé. ¿Vienes?

—No.

—Alexander...

—He dicho que no.

Se encoge de hombros, dirigiéndose a la puerta.

—Como quieras. Aunque... —se detiene—. ¿Sabes qué es lo único peor que permitir que alguien te importe? Arrepentirte de no haberlo intentado.

Lo observo marcharse, sus palabras resonando en mi cabeza. Maldita sea.

Cinco minutos después, estoy en el ascensor con él.

El ambiente en Bergdorf's es sofocante. O quizás es el efecto que tiene verla así, rodeada de diminutas prendas de bebé, con ese aire vulnerable que me hace querer...

No. No puedo permitirme esos pensamientos.

Elena se tensa en cuanto nos ve entrar. Su espalda se pone recta, toda su calidez habitual reemplazada por una formalidad que duele físicamente.

—¡Papi! —Sophie corre hacia mí con un peluche en las manos—. ¿Podemos comprarlo para el bebé?

Asiento mecánicamente, incapaz de apartar los ojos de Elena, que finge estar absolutamente concentrada en doblar una pequeña manta. Sus manos tiemblan ligeramente.

—Señor Sterling —su voz es perfectamente profesional, y por alguna razón eso me enfurece más que si me hubiera gritado—. No esperábamos verlo aquí.

El aire entre nosotros está cargado de electricidad. Cada movimiento parece una elaborada danza para mantener la distancia, para no rozarnos accidentalmente en el reducido espacio de la tienda.

—Las niñas tienen clase de ballet en una hora —digo, mi voz más cortante de lo que pretendo.

—Lo sé —responde ella, sin mirarme—. Tengo el horario controlado.

Sarah nos observa con esos ojos demasiado perspicaces para sus ocho años, su mirada saltando entre Elena y yo como si intentara resolver un puzzle particularmente complicado.

El espacio entre nosotros se siente como un campo minado. Cada respiración, cada movimiento contenido, está cargado de algo que ninguno de los dos se atreve a nombrar.

Valeria y Dominic intercambian una mirada que prefiero ignorar.

—Nos vemos en casa —digo secamente, girándome hacia la salida—. Que no lleguen tarde al ballet.

—Por supuesto, señor Sterling —la respuesta de Elena es tan formal, tan correcta, que hace que algo dentro de mí se retuerza.

Salgo de la tienda sin mirar atrás, aunque cada fibra de mi cuerpo grita por volverme a mirarla una última vez. El aire frío de Manhattan me golpea la cara, pero no consigue apagar este fuego que me consume por dentro.

Esto es lo que querías, me recuerdo. Distancia. Control. Límites claros.

¿Entonces por qué se siente como si me estuviera ahogando?

CAPÍTULO 11

ELENA

—¡Por favor, por favor, por favor! —Sophie da saltitos mientras me sigue por el pasillo, sus ojos brillando con esa mirada que hace imposible negarle nada—. ¡En la película hacían muñecos de nieve gigantes!

Sarah, siempre más prudente, consulta el horario perfectamente organizado que cuelga en la cocina.

—Pero tenemos clase de violín —murmura, aunque puedo ver el anhelo en sus ojos cuando mira por la ventana, donde los copos de nieve caen suavemente sobre Manhattan—. Papá dice que la disciplina es importante.

Me acerco a la ventana, observando cómo la nieve transforma Central Park en un paisaje de cuento. Gruesos copos blancos caen perezosamente, cubriendo todo con un manto perfecto y esponjoso. El tipo de nieve que solo existe en las películas y en los sueños de los niños.

—Elena —Sophie tira de mi manga—, la señorita Thompson dijo que la nieve es mágica. Que hace que los deseos se cumplan. ¿Es verdad?

—La nieve es agua cristalizada —corrige Sarah automáticamente, acercándose también a la ventana—. El proceso ocurre cuando la temperatura desciende por debajo del punto de congelación y...

Se detiene, su explicación científica olvidada mientras observa a un grupo de niños en el parque construyendo un muñeco de nieve.

—Aunque... —añade en voz más baja—. Supongo que sí parece un poco mágica.

Las observo, tan diferentes y tan iguales. Sophie prácticamente vibrando de emoción, incapaz de contener su anhelo. Sarah, intentando mantener la compostura que su padre espera de ella, pero con sus ojos traicionando el mismo deseo infantil que su hermana.

Pienso en el horario meticulosamente planificado. En las reglas inquebrantables de Alexander. En su voz fría recordándome que solo soy una empleada temporal.

—¿Nunca habéis hecho un muñeco de nieve? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Sophie niega con la cabeza, sus rizos oscuros rebotando.

—La abuela dice que no es apropiado —suspira Sarah—. Que las niñas Sterling no juegan en la nieve.

Algo se rompe dentro de mí al escuchar esas palabras en boca de una niña de ocho años. Pienso en mi propia infancia en Madrid, en las raras nevadas que convertían el Retiro en un parque de juegos. En la risa de mi padre mientras me ayudaba a hacer ángeles de nieve.

—Sabéis... —digo, acercándome más a la ventana—, en Madrid casi nunca nieva. Pero cuando lo hacía, mi padre decía que era un regalo del cielo. Un día para olvidar las reglas y simplemente... ser niños.

—¿Incluso las niñas bien educadas? —pregunta Sarah, y hay tanta esperanza en su voz que siento que mi corazón se encoge.

—Especialmente las niñas bien educadas —sonrío, tomando una decisión—. A veces necesitamos recordar que la vida no es solo horarios y clases.

—Pero papá... —empieza Sarah.

—¿Y si hacemos un trato? —propongo, arrodillándome para estar a su altura—. Un día. Solo hoy. Haremos los mejores muñecos de nieve que Central Park haya visto jamás. Y mañana...

—¡Practicaremos el doble de violín! —completa Sophie, saltando de emoción.

—Exacto —asiento, y veo cómo la duda en los ojos de Sarah empieza a derretirse como la nieve.

—Necesitaremos equipo apropiado —declara Sarah después de un momento, y no puedo evitar

sonreír al ver cómo su lado organizador toma el control—. Guantes, bufandas, y quizás... ¿zanahorias para las narices?

—¡Y botones! —añade Sophie—. ¡Y ramitas para los brazos!

Rosa, que ha estado observando silenciosamente desde la puerta de la cocina, suspira pero hay una sonrisa en sus labios.

—En el cajón de la cocina hay zanahorias —dice, guiñándome un ojo—. Y creo que tengo algunos botones viejos en mi costurero.

Mientras ayudo a las niñas a ponerse sus abrigos y guantes, una pequeña voz en mi cabeza me advierte que esto podría costarme el trabajo. Pero entonces veo sus rostros iluminados de emoción, la forma en que incluso Sarah parece vibrar de anticipación, y sé que vale la pena.

—¿Lista para tu primer muñeco de nieve? —le pregunto mientras le ajusto la bufanda.

—Estaba pensando —responde con seriedad—, que, si aplicamos principios de ingeniería básica, podríamos hacer uno más alto que papá.

Sophie ya está en la puerta, prácticamente rebotando.

—¡Vamos, vamos! ¡Antes de que la nieve se derrita!

Las observo correr hacia el exterior, sus risas haciendo eco en el pasillo, y siento una mezcla de emoción y rebeldía. Quizás mañana tenga que enfrentarme a las consecuencias, pero hoy... hoy les daré el regalo de ser simplemente niñas.

El aire frío de Manhattan nos golpea la cara en cuanto salimos. Sophie inmediatamente saca la lengua para atrapar copos de nieve, mientras Sarah analiza el grosor de la nieve en el suelo con expresión científica.

—La consistencia parece óptima para la construcción —declara, y no puedo evitar reír al ver cómo intenta mantener su seriedad mientras sus ojos brillan de emoción.

Central Park es un lienzo blanco ante nosotras. Los árboles están cubiertos de nieve, creando arcos blancos sobre los caminos. Hay otros niños jugando, sus risas mezclándose con el silencio amortiguado que solo la nieve puede crear.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Sophie, dando vueltas con los brazos extendidos.

—Primero necesitamos una base sólida —explica Sarah, entrando completamente en modo profesora—. La bola de nieve inicial debe ser lo suficientemente grande para soportar el peso de...

Sus palabras se cortan cuando Sophie le lanza una bola de nieve que la golpea directamente en el hombro.

Por un momento, todo se congela. Sarah mira a su hermana con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que acaba de pasar. Y entonces, para mi sorpresa, una sonrisa traviesa aparece en su rostro.

—¡Guerra de nieve! —grita, y de repente el aire se llena de bolas de nieve y risas.

Me uno a ellas, enseñándoles a hacer bolas de nieve perfectas, defendiéndonos unas de otras entre risas y gritos de falsa indignación. Sarah resulta tener una puntería sorprendentemente buena.

—¡No es justo! —protesta Sophie cuando su hermana la alcanza por tercera vez—. ¡Usas matemáticas!

—¡Física básica! —corrige Sarah entre risas—. ¡Es solo cuestión de calcular la trayectoria!

Cuando finalmente nos calmamos, todas tenemos las mejillas rojas y el pelo lleno de nieve, pero sus sonrisas... Dios, sus sonrisas hacen que cualquier consecuencia valga la pena.

—Ahora sí —digo, sacudiéndome la nieve del abrigo—. ¿Qué tal si hacemos ese muñeco?

Las siguientes horas son pura magia. Sarah dirige la operación con una seriedad adorable, calculando el tamaño exacto de cada bola de nieve mientras Sophie añade su propio caos creativo al proceso.

—Necesita una bufanda —declara Sophie, desenrollando la suya propia.

—Y un sombrero —añado, quitándome el mío y colocándolo sobre la cabeza de nieve.

—Y una sonrisa —Sarah coloca cuidadosamente los botones—. Porque hoy ha sido el mejor día

del mundo.

Las miro, con sus narices rojas y sus ojos brillantes de felicidad, y siento que mi corazón podría estallar. En este momento, bajo la nieve suave de Manhattan, somos solo tres chicas construyendo un muñeco, sin reglas ni expectativas.

—¡Elena! —Sophie tira de mi abrigo—. ¡Mira! ¡Es más alto que papá!

Y entonces lo veo. Alexander Sterling, de pie en el camino, su figura oscura contrastando con la blancura de la nieve. Y por su expresión, sé que la magia está a punto de terminar.

ALEXANDER

El teléfono suena en medio de una reunión crucial. Normalmente lo ignoraría, pero es el número de mi madre. Y Elizabeth Sterling nunca llama sin motivo.

—Discúlpenme —digo a los ejecutivos japoneses, levantándome de la mesa.

—¡Alexander! —la voz de mi madre suena escandalizada—. ¿Tienes idea de dónde están tus hijas en este momento?

Miro mi reloj. Las 3:45. Deberían estar en su clase de violín.

—Por supuesto, madre. En sus...

—¡Están en Central Park! —me interrumpe—. ¡Jugando en la nieve como... como niños cualquiera! ¡La señora Henderson acaba de llamarme, completamente escandalizada! ¡Dice que las ha visto tirándose bolas de nieve con esa... esa niñera!

Cada palabra es como un golpe. Las clases de violín son sagradas. El horario es sagrado. El orden es...

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto que estoy segura! ¡Las niñas Sterling no juegan en la nieve, Alexander! ¡Es vulgar! ¡Es...!

Cuelgo. La furia crece en mi pecho mientras me dirijo a la sala de reuniones.

—Lo siento, señores —mi voz suena tensa incluso para mí—. Ha surgido una emergencia familiar.

El trayecto hasta Central Park es una tortura. Cada semáforo en rojo alimenta mi ira. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve Elena a saltarse las normas? A tomar decisiones sobre mis hijas como si...

Y entonces las veo.

Me quedo paralizado en el camino nevado. La imagen frente a mí es tan perfecta que duele. Sarah y Sophie, con las mejillas rojas por el frío y sonrisas más brillantes que la nieve, trabajan en lo que parece ser un muñeco gigante. Elena está con ellas, su pelo salpicado de copos blancos, riendo mientras ayuda a Sophie a colocar una zanahoria como nariz.

Nunca había visto a Sarah reír así. Tan libre, tan... niña.

Y es ese pensamiento el que hace que mi corazón se encoja. Porque esto es exactamente lo que más temo. Esta felicidad, esta calidez, esta sensación de familia que Elena ha traído a nuestras vidas... Todo es temporal. Todo desaparecerá.

Como Victoria.

La furia regresa, alimentada por el miedo. Por el pánico de ver a mis hijas tan felices, tan unidas a alguien que inevitablemente las dejará.

—¡Elena! —Sophie me ve primero—. ¡Mira! ¡Es más alto que papá!

El silencio cae sobre el parque como una manta pesada. La sonrisa se congela en el rostro de Elena cuando me ve, y Sarah... Sarah instintivamente da un paso hacia su hermana.

Los copos de nieve caen entre nosotros mientras me acerco. Cada paso cruje bajo mis pies, rompiendo el silencio mágico que hasta hace un momento envolvía la escena.

—Señorita Acosta —mi voz suena tan fría como el aire que nos rodea—. ¿Puede explicarme por qué mis hijas no están en su clase de violín?

Elena se endereza, colocándose instintivamente delante de las niñas. El gesto protector solo consigue enfurecerme más.

—Yo... pensé que un día...

—¿Pensó? —la corto—. ¿Pensó que podía simplemente ignorar el horario? ¿Las normas? ¿Todo lo que hace que esta familia funcione?

—Papi —la voz de Sophie tiembla—. Fue idea nuestra. Queríamos...

—Al coche. Las dos. Ahora.

—Pero el muñeco... —Sarah mira hacia atrás, donde su creación se alza orgullosa.

—¡He dicho ahora!

Las niñas se encogen ante mi tono, y ese pequeño gesto de miedo hace que algo se retuerza en mi pecho. Pero la ira, el miedo a perder el control, es más fuerte.

—Señor Sterling —Elena habla suavemente—. Entiendo que esté enfadado, pero...

—No, no lo entiende —me giro hacia ella una vez que las niñas están lo suficientemente lejos—. No entiende nada. No tiene derecho a tomar estas decisiones. No tiene derecho a crear estos... estos momentos que ellas recordarán cuando usted se haya ido.

Veo el dolor cruzar su rostro, pero continúo, incapaz de detenerme:

—¿Sabe quién tendrá que consolarlas cuando usted se marche? ¿Quién tendrá que explicarles por qué otra persona que quieren las ha abandonado?

—No es lo mismo —susurra, y hay lágrimas congelándose en sus pestañas—. No soy Victoria.

El nombre me golpea como una bofetada.

—No, no lo es —mi voz es hielo puro—. Ella al menos pertenecía a nuestro mundo. Usted... usted es solo una empleada temporal que se ha olvidado de su lugar.

Las palabras salen como veneno, repitiendo lo mismo que mi propia madre ha dicho y yo he negado, y sé en el momento que las pronuncio que he cruzado una línea. Elena retrocede como si la hubiera golpeado físicamente.

—Tiene razón —dice finalmente, su voz temblando ligeramente—. Soy solo una empleada. Una que cometió el error de pensar que estas niñas merecían un día de felicidad normal.

Se gira para marcharse, pero algo me impulsa a todavía cagarla más. Quizás sea el miedo.

—Que sea la última vez que toma decisiones sobre mis hijas sin mi permiso.

El silencio que sigue es ensordecedor. A lo lejos, puedo ver a las niñas en el coche, sus rostros presionados contra la ventana. El muñeco de nieve se alza entre nosotros como un testigo mudo de lo que acabo de destruir.

Y mientras veo a Elena alejarse por el camino nevado, con la espalda recta y la dignidad intacta, una voz en mi cabeza susurra que acabo de cometer un terrible error.

CAPÍTULO 12

SARAH

Necesitamos un diagrama. Todo plan requiere una estrategia clara, es lo que papá siempre dice. Extiendo el papel sobre mi escritorio rosa y saco mis lápices de colores, perfectamente ordenados por tonalidad.

Sophie no para de dar vueltas por la habitación. Mi hermana nunca puede quedarse quieta cuando está emocionada.

—¡Podríamos simplemente encerrarlos en el armario! —sugiere, saltando sobre mi cama (que ya había hecho esta mañana, por cierto)—. Como en esa película donde...

—Sophie —suspiro, intentando mantener la paciencia—. La oficina de papá no tiene armario. Además, necesitamos algo más... sofisticado.

Empiezo a dibujar el plano del piso cincuenta de Sterling Enterprises. Me sé cada rincón de memoria porque a veces, cuando papá tiene que trabajar los sábados, nos deja jugar en la sala de conferencias. Bueno, a mí me deja. Sophie tiene prohibido acercarse al proyector desde «el incidente».

—Vale —murmuro, mordiendo la punta de mi lápiz (un hábito que la abuela odia)—. Primero necesitamos que Elena vaya a la oficina.

—¡Podemos decirle que es una emergencia! —Sophie se deja caer a mi lado, su pelo haciéndome cosquillas en la mejilla.

—No —niego con la cabeza—. ¿Ya olvidaste lo de la ambulancia?

Mi hermana tiene buenas ideas, pero a veces se le va un poco la mano. Como cuando fingió que se había tragado una canica para que Elena nos llevara al parque. Terminamos en urgencias y Elena se enfadó, durante por lo menos una hora, cuando descubrió que era mentira.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Sophie sopla un mechón de pelo que le cae sobre los ojos.

Sonrío, sintiendo ese cosquilleo que me da cuando tengo una idea brillante. Papá dice que es mi «momento eureka», aunque no estoy segura de qué significa eso exactamente.

—La señorita Roberts está de vacaciones —explico lentamente—. Y papá siempre olvida dónde guarda los contratos importantes...

Los ojos de Sophie se iluminan. Es una de las cosas que más me gusta de mi hermana: siempre entiende mis planes sin necesidad de explicárselos demasiado.

—¡Oh! ¡Podemos decirle a Elena que papá necesita ayuda urgente!

—Exacto —añado más detalles a mi diagrama, calculando los tiempos con precisión—. Y cuando estén los dos dentro...

Me detengo al escuchar pasos en el pasillo. Rosa asoma la cabeza y siento que mi corazón se detiene. Intento cubrir el diagrama con mi brazo, pero sé que no soy tan rápida como Sophie para inventar excusas.

—Niñas —dice Rosa, y reconozco ese tono. Es el mismo que usa cuando nos pilla robando galletas—. ¿Qué están tramando?

Miro a Sophie buscando ayuda, pero por una vez mi hermana está callada, mordiéndose el labio como hace cuando está nerviosa. Rosa se acerca y estudia mi diagrama. He intentado ser muy precisa, con flechas rojas para las rutas de escape y asteriscos azules para los puntos críticos. Papá siempre dice que un buen plan requiere atención al detalle.

—¿Eso es pegamento para la cerradura? —pregunta Rosa, señalando mis anotaciones al margen.

Siento que me sonrojo. No es muy Sterling admitir que planeas sabotear una puerta, pero a veces las medidas desesperadas requieren soluciones... creativas.

—Es que... —empiezo, pero Sophie me interrumpe con esa honestidad brutal tan suya.

—Papá y Elena están tristes —dice simplemente—. Y cuando la gente está triste, necesita hablar.

—Aunque a veces necesitan un pequeño... empujón —añado, intentando sonar más profesional. La abuela dice que una Sterling siempre debe mantener la compostura.

Rosa nos mira durante lo que parece una eternidad. Me preparo para un sermón sobre comportamiento apropiado y respeto a la propiedad privada (he escuchado suficientes de esos de la abuela), pero entonces... sonríe.

—¿Sabéis que esto os traerá problemas, ¿verdad?

Sophie y yo intercambiamos una mirada. Por supuesto que lo sabemos. Hemos calculado las posibles consecuencias (bueno, yo las he calculado; Sophie solo dijo «¡valdrá la pena!»).

—Pero es necesario —digo con toda la seriedad que puedo reunir—. Por papá.

—Y por Elena —añade Sophie.

Veo algo en los ojos de Rosa, algo que parece... ¿orgullo? Se dirige hacia la puerta, pero antes de salir se gira y nos guiña un ojo.

—No he visto nada —declara—. Y si alguien pregunta, estaba demasiado ocupada en la cocina para notar que faltaba el pegamento industrial de mantenimiento.

Cuando Rosa se va, Sophie empieza a dar saltitos de emoción.

—¡Esto es perfecto! ¡Como en las películas! ¡Operación Cupido en marcha!

—Sophie —suspiro, aunque no puedo evitar sonreír—, esto es una operación estratégica de reconciliación interpersonal. Necesitamos un nombre más sofisticado que...

—Es una operación de amor —me interrumpe, y por una vez, no puedo discutir su lógica.

Vuelvo a mi diagrama, repasando cada detalle. Las probabilidades de éxito son del 67% (he hecho los cálculos tres veces), pero como dice la abuela, una Sterling nunca deja nada al azar.

—Vale —digo finalmente—. Fase uno: conseguir que Elena vaya a la oficina...

ELENA

—¡Elena! —la voz de Sophie suena extrañamente aguda mientras irrumpe en la biblioteca—. ¡Es una emergencia!

Levanto la vista de los libros que estoy organizando, inmediatamente en alerta. Desde el «incidente de la canica», he aprendido a tomar las emergencias de Sophie con cierto... escepticismo.

—¿Qué tipo de emergencia? —pregunto cautelosamente.

—¡Papá necesita ayuda! —esta vez es Sarah quien habla, y eso sí me sorprende. Sarah nunca participa en las dramatizaciones de su hermana—. No encuentra unos documentos importantes y la señorita Roberts está de vacaciones.

Las observo con atención. Sarah mantiene un rostro serio, casi profesional, mientras Sophie prácticamente vibra de... ¿nerviosismo? ¿emoción?

—¿Y me necesita a mí? —pregunto, intentando ignorar cómo mi corazón se acelera ante la idea de ver a Alexander. No hemos hablado desde el incidente del muñeco de nieve, más allá de fríos saludos en los pasillos.

—Por favor —Sarah me mira con esos ojos tan parecidos a los de su padre—. Es muy importante.

Debería decir que no. Después de la discusión de la nieve, después de sus palabras hirientes, debería mantener mi distancia profesional como él quería. Pero hay algo en la forma en que Sarah me mira...

—Está bien —me escucho decir—. Pero será rápido. Y no puedo aseguraros que encontremos los papeles.

Cuando llegamos a la empresa de Alexander, nos metemos directamente en el ascensor. El trayecto hasta el piso cincuenta se me hace eterno. Me aliso la falda por tercera vez, agradeciendo que hoy me haya puesto algo más formal que mis habituales vaqueros. El reflejo en las puertas

cromadas me devuelve una imagen nerviosa: mejillas sonrojadas, un mechón rebelde escapando de mi moño improvisado.

«Respira, Elena. Solo son unos documentos. Entras, ayudas, sales. Sin dramas.»

Las puertas se abren y el aroma familiar de su planta me golpea: café caro, cuero y ese indefinible toque a poder que parece impregnar todo lo que Alexander toca. La recepción está vacía, como las niñas dijeron. Sin la señorita Roberts vigilando como un halcón, el espacio parece extrañamente vulnerable.

Me detengo frente a la puerta de su despacho. A través del cristal esmerilado, puedo ver su silueta inclinada sobre el escritorio. Mi mano tiembla ligeramente cuando golpeo.

—Adelante.

Su voz grave hace que mi estómago dé un vuelco. Cuando abro la puerta, Alexander levanta la vista de sus papeles y por un momento veo la sorpresa cruzar su rostro antes de que su máscara profesional caiga en su lugar.

—¿Señorita Acosta? —su tono es frío, controlado—. ¿Qué hace aquí?

Me acerco a su mesa concentrándome en no temblar.

—Las niñas dijeron... —empiezo, y entonces, el sonido de la puerta cerrándose de golpe detrás de mí me sobresalta. Me giro justo a tiempo para ver a Sophie sonriendo traviesamente a través del cristal mientras Sarah... ¿está poniendo algo en la cerradura?

—¡Lo sentimos! —la voz de Sophie suena amortiguada—. ¡Pero necesitáis hablar!

Alexander se levanta tan rápidamente que su silla golpea contra la cristalera.

—¿Qué están...? —llega a la puerta en tres zancadas, pero cuando intenta abrir, el pomo no se mueve—. Sophie Victoria Sterling, abre esta puerta inmediatamente.

—No podemos —la voz de Sarah suena perfectamente razonable—. El pegamento industrial se seca al instante de ser aplicado.

Miro a Alexander, él me mira a mí, y por primera vez desde que nos conocemos, veo algo que nunca pensé que vería en su rostro perfectamente controlado: pánico absoluto.

Me mantengo cerca de la puerta, como si la distancia física pudiera protegerme de la intensidad de su presencia. El despacho, normalmente tan espacioso, parece encogerse por momentos.

—Esto es ridículo —murmura Alexander, sacando su móvil—. Llamaré a mantenimiento.

—No hay señal —digo automáticamente, mirando mi propio teléfono—. Las niñas debieron...

—Por supuesto que no hay señal —su risa es amarga—. Son demasiado listas para su propio bien.

—Voy a usar la línea interna para alertar a mantenimiento. Estoy seguro de que no han podido sabotear esa línea.

Cuando cuelga, el silencio que sigue es denso, incómodo. Me concentro en los copos de nieve que caen al otro lado de los ventanales, en cualquier cosa excepto en él.

—Señor Sterling, yo…

—No —me corta—. No necesitamos... hablar.

La forma en que dice «hablar» hace que algo se retuerza en mi estómago. Como si la mera idea de mantener una conversación conmigo le resultara físicamente dolorosa.

—Como desee —respondo, y me sorprende lo firme que suena mi voz a pesar del nudo en mi garganta. Para lo fuerte que se me ha apretado el corazón.

Me acerco a los ventanales, necesitando poner más distancia entre nosotros. La nieve sigue cayendo sobre Manhattan, ajena a la tensión que llena el despacho. Desde aquí arriba, la ciudad parece un mundo diferente, tan lejano como la calidez que una vez compartimos.

Escucho cómo Alexander se mueve detrás de mí, sus pasos medidos, controlados. Siempre tan controlado. El silencio entre nosotros pesa como plomo.

—¿Niñas? —su voz suena tensa cuando vuelve a intentar abrir la puerta—. Esto no es gracioso.

No hay respuesta. Solo el suave zumbido del aire acondicionado y el sonido de mi propio

corazón latiendo demasiado rápido.

Sin duda, esta situación va a explotar.

ALEXANDER

El reflejo en el cristal me traiciona, mostrándome su silueta recortada contra la nieve. La luz de la tarde la envuelve como un halo, y por un momento me recuerda a aquel día en el parque, cuando reía con las niñas mientras construían ese maldito muñeco de nieve.

Aprieto los puños, intentando mantener el control. Es más fácil cuando no la miro directamente, cuando puedo fingir que su presencia no altera cada molécula de aire en esta habitación.

Ella permanece junto a la ventana, aparentemente absorta en la vista de Manhattan. Sus dedos juegan distraídamente con el borde de su manga, un gesto que he notado que hace cuando está nerviosa. Como cuando lee cuentos a las niñas y llega a una parte emocionante. O cuando...

Maldita sea. No debería saber estos detalles sobre ella.

El silencio se extiende, pesado, cargado. La observo a través del reflejo: la forma en que muerde su labio inferior, cómo un mechón rebelde escapa de su moño. Detalles insignificantes que no deberían fascinarme tanto.

Me muevo hacia mi escritorio, necesitando algo que hacer con mis manos. Los documentos que estaba revisando antes de su llegada ahora parecen absurdos, irrelevantes.

Es su perfume lo que me está volviendo loco. Sutil, dulce, completamente fuera de lugar en esta oficina que huele a cuero y poder. Como ella. Como todo lo que representa.

Su falda se mueve suavemente cuando cambia el peso de un pie a otro. Es un gesto inconsciente, nervioso, tan diferente a la rigidez calculada a la que estoy acostumbrado en este despacho.

Debería estar furioso. Debería estar llamando a seguridad, exigiendo que alguien venga a abrir esta puerta inmediatamente, en vez de haber avisado solo a mantenimiento. En cambio, me encuentro estudiando el modo en que la luz juega con los tonos cobrizos de su pelo, preguntándome si sería tan suave como parece.

Es perturbador lo mucho que sé sobre ella sin haberlo intentado. Sé que toma el café con demasiado azúcar, algo que la señora Peterson habría considerado vulgar. Sé que tararea en español cuando está distraída, una melodía suave que he descubierto buscando en mi mente durante noches de insomnio.

Sé que las niñas duermen mejor cuando es ella quien les lee el cuento de buenas noches.

El pensamiento me irrita. Todo en ella me irrita. La forma en que ha entrado en nuestras vidas como un torbellino de risas y caos. Cómo ha conseguido que Sarah hable de sus miedos, que Sophie canalice su energía en algo más que travesuras.

La manera en que me hace desear cosas que no puedo permitirme.

—¿Por qué aceptó este trabajo? —la pregunta sale de mis labios antes de poder detenerla, mi voz más brusca de lo que pretendo.

La veo tensarse a través del reflejo.

—¿Disculpe?

—Una profesora cualificada de Madrid —me giro, apoyándome en mi escritorio, necesitando recuperar algo de control—. ¿Por qué venir aquí como niñera?

Elena se mantiene de espaldas, pero puedo ver cómo sus dedos juegan nerviosamente con el borde de su manga.

—Necesitaba... un cambio —dice finalmente.

—¿Un cambio? —mi tono es escéptico—. ¿O una huida?

Ahora sí se gira, y hay algo vulnerable en su expresión que hace que mi estómago se retuerza.

—A veces —dice suavemente—, llegas un buen día a casa y te encuentras a tu novio acostándose con otra en el sofá que compraste con tu primer sueldo de profesora.

La crudeza de sus palabras me sorprende. No es el tipo de lenguaje que esperaría de ella, y por alguna razón, eso la hace más real. Más humana.

La veo caminar hacia el sofá de cuero negro y dejarse caer con un suspiro. Toda la formalidad que ha mantenido desde el incidente del muñeco de nieve parece derretirse.

—Y luego —continúa, mirando al techo—, te refugias en casa de tu hermana, donde todo es tan perfectamente feliz que te dan ganas de vomitar arcoíris.

Una risa involuntaria se me escapa. No puedo evitarlo. La imagen de Dominic y Valeria siendo tan empalagosamente felices que provocan náuseas es demasiado precisa.

—Dominic solía ser diferente —digo, y me sorprendo a mí mismo sentándome en el sofá, manteniendo una distancia prudente pero no hostil—. Antes de Valeria, era...

—¿Un cabrón controlador? —sugiere ella, y hay una chispa de humor en sus ojos cuando me mira.

—Algo así.

Me quedo en silencio un momento, observando cómo los copos de nieve siguen cayendo al otro lado de la ventana. Es más fácil hablar así, sin mirarla directamente.

—Nunca la amé —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. A Victoria. Fue un matrimonio arreglado. El perfecto acuerdo entre familias.

La siento tensarse a mi lado, pero no dice nada. Esperando.

—Los Ashworth tenían el apellido adecuado, la posición social perfecta —continúo, y la amargura en mi voz me sorprende incluso a mí—. Mi madre estaba encantada. Todo era... correcto.

—¿Correcto? —su voz es suave, casi un susurro.

—Como un contrato más —me paso la mano por el pelo, desordenándolo—. Ella obtendría la posición social que deseaba, yo mantendría el legado familiar. Simple. Eficiente.

—Hasta que no lo fue.

—Hasta que nacieron las niñas —asiento, y el recuerdo aún duele—. Victoria nunca quiso ser madre. Las veía como... un inconveniente necesario. Pero yo... —me detengo, la garganta repentinamente apretada—. La primera vez que las tuve en mis brazos, supe que haría cualquier cosa por protegerlas.

—Y entonces ella se fue.

—Con su instructor de tenis —río sin humor—. Ni siquiera... ni siquiera se despidió de ellas. Sophie tuvo fiebre esa noche, cuarenta grados. Y Victoria estaba demasiado ocupada haciendo las maletas para notarlo.

Siento su mirada sobre mí, pero no me atrevo a girarme. Hay algo en este momento robado que hace más fácil hablar.

—A veces —su voz es suave—, las personas que más daño nos hacen son las que supuestamente deberían querernos.

Hay algo en su tono que me hace mirarla. Está jugando con el borde de su falda, perdida en sus propios recuerdos.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo por el interés.

—Tres años —sonríe con amargura—. Tres años planeando una vida que él estaba destruyendo en nuestro propio sofá.

—Al menos no había niños de por medio —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo —. No como...

—Como Victoria —completa ella suavemente.

Me quedo en silencio, observando el vacío. Es más fácil que mirarla, que ver esa comprensión en sus ojos que me desarma.

—Las niñas son lo único bueno que salió de todo eso —digo finalmente—. Lo único real.

—Son extraordinarias —hay una calidez en su voz que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Son honestas, valientes... No hay pretensiones. No hay máscaras.

—Ojalá fuesen así por mí —murmuro.

—A veces eres así —me corrige suavemente a pesar de que no me lo merezco.

La miro bruscamente, pero no hay acusación en sus ojos. Solo una comprensión que me asusta más que cualquier reproche.

—No sabes nada de mí —mi voz suena más defensiva de lo que pretendo.

—Sé que tus hijas te adoran —responde con una suavidad que me desarma—. Sé que cada norma, cada límite que impones, es porque tienes miedo de que vuelvan a sufrir.

Sus palabras me golpean con una precisión que me aterra. Me levanto abruptamente, necesitando poner distancia.

El sonido de voces y pasos en el pasillo nos interrumpe.

Gracias al cielo. Justo a tiempo. Antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

—¡Señor Sterling! —la voz del jefe de mantenimiento llega amortiguada a través de la puerta—. Vamos a tener que forzar la cerradura.

Elena se levanta, alisándose la falda con manos que tiemblan ligeramente. El momento de intimidad se desvanece, dejando solo el eco de verdades a medio decir.

El ruido de herramientas contra la cerradura rompe el último vestigio de la burbuja en la que hemos estado. En unos minutos, volveremos a nuestros roles: el jefe distante, la niñera temporal. Como si esta conversación nunca hubiera existido.

Pero mientras la observo prepararse para salir, sé que nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 13

ELENA

Odio reconocerlo, pero la conversación que tuvimos en el despacho de Alexander me ha ablandado.

La mansión Sterling es un caos de tul, lazos y risas infantiles. A dos horas de la gala benéfica más importante del año, intento mantener cierto orden mientras las gemelas revolotean por todas partes, más excitadas de lo habitual ante la perspectiva de su primera fiesta «de mayores».

—¡Sophie! ¡El vestido! —exclamo al ver cómo arrastra el precioso tul color lavanda por el suelo mientras da vueltas frente al espejo.

—¡Pero Elena! —protesta, sin dejar de girar—. ¡Es que parece de princesa cuando da vueltas!

Sarah, ya perfectamente peinada y con su vestido idéntico, observa a su hermana con una mezcla de diversión y desaprobación que me recuerda tanto a Alexander que casi me hace reír.

—Si sigues así, acabarás arrugada como una pasa —advierte Sarah con ese tono de «hermana mayor» que usa cuando intenta ser la voz de la razón.

—Las princesas no se arrugan —declara Sophie con total convicción, y antes de que pueda atraparla, sale corriendo de la habitación.

—¡Sophie, vuelve aquí! —mi voz resuena por el pasillo mientras la persigo, aún en vaqueros y camiseta, con el pelo recogido descuidadamente—. ¡Aún no he terminado de peinarte!

Sophie gira en una esquina, sus risas rebotando en las paredes de mármol, y antes de que pueda detenerme, me encuentro en territorio prohibido: la habitación de Alexander.

El aire se espesa en cuanto cruzo el umbral. Alexander está allí, sosteniendo a una Sophie risueña contra su cadera mientras intenta ajustarse los gemelos de su camisa de vestir. El aroma de su *aftershave* invade mis sentidos, mezclándose con el tul y las risas.

—¡Te pillé! —exclama a Sophie, que se retuerce entre risas en sus brazos. En su intento por mantenerla sujeta, el gemelo se le escapa de las manos y rueda hasta detenerse a mis pies.

Me quedo paralizada un momento, absorbiendo la imagen frente a mí. Alexander, normalmente tan controlado, tiene la camisa blanca a medio abrochar, el pelo ligeramente despeinado, y una sonrisa que rara vez le veo mientras juega con su hija.

Me agacho para recoger el gemelo y, sin pensarlo, me acerco a ellos.

—Déjame ayudarte —las palabras salen suaves, naturales, como si hiciéramos esto cada día.

Él se queda quieto mientras mis dedos rozan su muñeca, ajustando el gemelo en su lugar. Sophie sigue en sus brazos, observándonos con curiosidad, y de repente soy muy consciente de lo cerca que estamos, de lo doméstica que es esta escena.

—Tu corbata no combina —murmuro, notando que la que ha elegido no hace juego con los vestidos de las niñas—. Tengo una lavanda que...

—¡Elena! —la voz de Sarah nos sobresalta a ambos mientras entra corriendo y se lanza a mis brazos.

El impacto de Sarah hace que me tambalee hacia adelante, acortando aún más la distancia entre Alexander y yo. Por un momento, compartimos el mismo aire, su aliento rozando mi mejilla. Puedo ver las motas más oscuras en sus ojos azules, notar cómo su respiración se altera ligeramente.

—¡Elena! —Sarah tira de mi camiseta—. ¿Ya te vas a vestir? Rosa dice que tu vestido es del mismo color que los nuestros.

Alexander retrocede un paso, como si de repente recordara quién es, quién soy. La máscara de control vuelve a su rostro.

—Os esperaré abajo en una hora —su voz suena tensa mientras deja a Sophie en el suelo—. Puntuales.

Se gira hacia su armario, dándonos la espalda en una clara señal de despedida. Pero antes de que

pueda salir con las niñas, su voz me detiene:

—Elena —hay algo en su tono que me hace estremecer—. ¿Dónde está esa corbata que has mencionado?

—En mi habitación —respondo, agradecida de que no pueda ver mi rubor—. Te la haré llegar con Rosa.

Salgo de allí prácticamente arrastrando a las gemelas, mi corazón latiendo desbocado. ¿Qué acaba de pasar? ¿Por qué un simple momento ayudándole con un gemelo se ha sentido tan... íntimo?

—¡Vamos, Elena! —Sophie tira de mi mano—. ¡Tienes que ponerte guapa!

—Más guapa —corrige Sarah con una sonrisa cómplice—. Para papá.

Ignoro el comentario porque francamente, ahora mismo no puedo centrarme en sus deseos infantiles de juntarnos. No pueden entender que no casamos juntos.

Rosa me espera en mi habitación, el vestido lavanda extendido sobre la cama como una promesa. Es un diseño elegante pero no ostentoso, con un escote que sugiere sin revelar y una caída que abraza mis curvas de forma sutil.

—Ese hombre va a tragarse la lengua cuando te vea —murmura Rosa mientras me ayuda con la cremallera.

—Rosa... —advierto, pero ella me ignora mientras trabaja en mi pelo.

—Vi cómo te mira —continúa, sus dedos expertos creando ondas suaves—. Como si quisiera...

—Es mi jefe —la corto, aunque mi voz tiembla ligeramente—. Y esto es temporal.

—Mhmm —es todo lo que dice, pero su expresión en el espejo habla por ella.

Cuando finalmente bajo las escaleras, las niñas jadean emocionadas al verme.

—¡Parecemos princesas iguales! —exclama Sophie, dando vueltas alrededor mío.

El sonido de pasos firmes me hace levantar la vista. Alexander está al pie de la escalera, imponente en su esmoquin negro y la corbata lavanda que hace juego con nuestros vestidos. Su mirada recorre mi figura lentamente, posesivamente, y siento como si el aire se espesara.

—La familia perfecta —susurra Rosa detrás de mí, lo suficientemente alto para que Alexander la escuche.

Lo veo tensarse, su mandíbula apretada mientras sus ojos se oscurecen con algo que no me atrevo a nombrar.

—El coche espera —su voz es grave, controlada—. No me gusta llegar tarde.

Pero cuando paso junto a él, su mano roza deliberadamente mi cintura, un toque tan ligero que podría haberlo imaginado si no fuera por el calor que deja en mi piel.

El trayecto en limusina es una tortura dulce. Las niñas parlotean emocionadas mientras yo intento no ser demasiado consciente de Alexander sentado frente a mí, de cómo sus ojos vuelven a mí cada pocos segundos como si no pudiera evitarlo.

Es agotador, este baile que llevamos. Un paso adelante, dos atrás. Sus palabras dicen «empleada temporal», pero sus manos encuentran excusas para rozarme. Su boca ordena distancia, pero su cuerpo se inclina hacia mí como si tuviera gravitación propia.

Me voy a volver loca. Si es que no lo estoy ya.

La gala es exactamente como esperaba: deslumbrante, elegante y completamente intimidante. Valeria y Dominic nos reciben en la entrada, y no puedo evitar notar cómo Alexander se tensa cuando su amigo silba apreciativamente al verme.

—Estás preciosa —susurra mi hermana, apretando mi mano.

Me concentro en las niñas, en mi papel de niñera. Es más seguro que pensar en el hombre que no deja de mirarme como si quisiera devorarme.

ALEXANDER

La observo desde el otro lado del salón mientras finjo escuchar a otro inversor hablar sobre

proyecciones financieras. El vestido lavanda la hace brillar bajo las luces de la gala, y cada vez que se mueve, la tela fluye como agua sobre sus curvas.

Mis hijas no se separan de ella. Sophie gira a su alrededor como un pequeño satélite, mientras Sarah se aferra a su mano con esa confianza que rara vez muestra en público. Las tres, vestidas en tonos idénticos, parecen pertenecer juntas. La imagen hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Impresionante, ¿verdad? —la voz de Dominic me sobresalta. No le he visto acercarse—. La forma en que las niñas la adoran.

—Es su trabajo —respondo secamente, aunque las palabras saben amargas.

—¿También es su trabajo hacer que no puedas quitarle los ojos de encima?

Le lanzo una mirada que haría temblar a cualquiera de mis empleados, pero Dominic solo sonríe, ofreciéndome una copa de whisky.

—Veo como la miras —continúa, ignorando mi advertencia silenciosa—. Como si...

—No empieces.

Mi madre se acerca a nosotros, su mirada crítica fija en Elena y las niñas.

Por alguna razón, la existencia de Elena le hace ponerse alerta.

—Alexander, querido —su voz destila desaprobación—. ¿No crees que es un poco... inapropiado que la niñera vista igual que las niñas?

Antes de que pueda responder, la risa de Elena flota por encima de la música. Está intentando enseñar a las gemelas a bailar vals, girando con ellas en pequeños círculos. La imagen es tan natural, tan perfecta, que hace que mi pecho duela.

Y entonces lo veo. James Morrison, serpenteando entre los invitados hacia ella. Lo conozco lo suficiente para reconocer esa mirada depredadora, la forma en que sus ojos recorren el cuerpo de Elena como si tuviera derecho a hacerlo.

El whisky en mi mano súbitamente sabe a ceniza mientras observo a Morrison acercarse a ella. La forma en que la mira hace que mi mandíbula se tense.

Elena se está riendo por algo que Sophie ha dicho, completamente ajena a la aproximación de Morrison. El vestido lavanda se mueve con ella cuando se inclina para ajustar el lazo de Sarah, y veo cómo los ojos de Morrison siguen el movimiento con demasiado interés.

—Vaya, vaya —murmura Dominic a mi lado—. Parece que no soy el único que ha notado lo hermosa que está esta noche.

El cristal de mi vaso cruje bajo la presión de mis dedos.

Morrison llega hasta ella, toda sonrisa depredadora y confianza excesiva. Lo veo inclinarse, susurrándole algo al oído que hace que Elena se tense ligeramente.

Es la gota que colma el vaso.

El movimiento es instintivo, casi primitivo. En unos pocos segundos estoy junto a ella, mi brazo rodeando su cintura, atrayéndola hacia mi cuerpo como si me perteneciera.

—No sé qué le has dicho, pero me temo que la señorita Acosta está ocupada, James.

Morrison levanta una ceja, una sonrisa conocedora jugando en sus labios mientras su mirada se mueve entre Elena y yo.

—No sabía que tenías... un interés personal en los empleados, Sterling.

Siento a Elena tensarse bajo mi tacto, pero mis dedos se clavan suavemente en su cintura, manteniéndola cerca. El aroma de su perfume me envuelve, nublándome el juicio.

—Valeria —llamo, viendo a la hermana de Elena cerca con Dominic—. ¿Podrías quedarte un momento con las niñas?

Elena intenta apartarse, pero mi agarre se mantiene firme.

—Las niñas son mi responsabilidad —su voz tiembla ligeramente—. Debería...

—Un momento, señorita Acosta —mi voz es baja, solo para ella, pero con un filo de autoridad que no admite discusión—. Necesitamos hablar.

Cuando su hermana se acerca a nosotros, guío a Elena lejos de la multitud, hacia uno de los

pasillos laterales. Puedo sentir la tensión en cada paso que da, la forma en que su cuerpo lucha entre resistirse y seguirme. Cuando finalmente nos detenemos en mitad de un pasillo vacío, se gira para enfrentarme, y hay fuego en sus ojos color miel.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —sisea, su acento español más marcado por la emoción —. Primero me dices que solo soy una empleada temporal, y ahora...

—Morrison no tiene derecho a mirarte así —la interrumpo, mi voz más grave de lo normal.

—¿Y tú sí? —desafía, dando un paso atrás hasta que su espalda toca la pared—. ¿Tú tienes derecho a tratarme como si fuera...?

—¿Como si fueras qué, Elena? —avanzo hacia ella, acorralándola contra la pared. El lavanda de su vestido parece más oscuro en la penumbra del pasillo—. ¿Como si fueras mía?

La veo contener la respiración, sus ojos brillando con una mezcla de desafío y algo más profundo que no quiero nombrar.

—No puedes hacer esto —susurra, pero no se aparta cuando apoyo una mano en la pared, junto a su cabeza—. No puedes decirme que soy solo una empleada temporal y luego actuar como un...

—¿Como un qué? —mi voz es apenas un gruñido.

—Como un novio celoso —sus palabras son como un latigazo—. No puedes tenerlo todo, Alexander. O soy tu empleada o soy...

Se detiene, y el silencio entre nosotros vibra con todas las posibilidades no dichas.

—¿O eres qué? —me inclino más cerca, hasta que nuestros alientos se mezclan—. Dilo.

—No —sacude la cabeza, y veo lágrimas brillando en sus pestañas—. No voy a jugar a esto. No voy a ser tu juguete, Alexander. No puedes tratarme como si no significara nada un día y al siguiente marcar tu territorio como si te perteneciera.

Sus palabras me golpean con más fuerza que cualquier golpe físico. Retrocedo un paso, el espacio entre nosotros repentinamente helado.

—Las niñas me necesitan —dice, enderezándose y alisando su vestido con manos que tiemblan ligeramente—. Y tú... tú necesitas decidir qué demonios quieres de mí.

La observo marcharse, su vestido lavanda ondeando como una bandera de rendición. O quizás de batalla. Ya no estoy seguro de nada.

CAPÍTULO 14

ELENA

El café está demasiado amargo esta mañana. O quizás es que todo me sabe amargo desde anoche, desde ese momento en el pasillo donde Alexander decidió que podía tratarme como si le perteneciera, solo para volver a su frialdad habitual horas después.

—Buenos días —su voz grave llena el salón mientras entra, impecablemente vestido y peinado, como si anoche no hubiera pasado nada. Como si no me hubiera acorralado contra una pared, como si su cuerpo no hubiera estado a centímetros del mío.

—Buenos días, señor Sterling —respondo con toda la formalidad que puedo reunir, concentrándome en ayudar a Sophie con sus cereales.

Lo veo tensarse por el rabillo del ojo. Bien. Que sepa lo que se siente cuando alguien te trata como si fueras prescindible.

—¡Papi! —Sarah levanta la vista de su desayuno—. ¿Podemos contarle a Elena lo del baile de anoche?

—La señorita Acosta estaba allí, Sarah —su tono es cortante mientras se sienta—. No necesita que le cuentes nada.

El silencio que sigue es denso, incómodo. Sophie mira entre su padre y yo, confundida por la tensión que puede sentir, pero no entender. Sarah baja la mirada a su plato, y ese pequeño gesto de derrota hace que algo se rompa dentro de mí.

—De hecho —digo, manteniendo mi voz deliberadamente ligera—, me encantaría oír vuestra versión. Especialmente la parte donde le pisaste el pie al embajador, Sophie.

La risa de Sophie rompe la tensión, pero siento la mirada de Alexander quemándome la piel. No me importa. No voy a permitir que su mal humor arruine el desayuno de las niñas.

Los minutos se arrastran mientras intento mantener una conversación ligera con las niñas. Alexander se esconde detrás de su periódico, pero puedo sentir su mirada cada vez que paso cerca, sirviendo más zumo o ajustando la servilleta de Sophie.

—Elena —su voz me detiene cuando estoy recogiendo los platos—, necesito que revises el horario de las niñas para esta semana. Hay varios eventos importantes y...

—Ya lo he hecho, señor Sterling —lo corto con voz profesional—. Como siempre. Soy muy eficiente en mi trabajo. Temporal, pero eficiente.

Veo cómo sus nudillos se blanquean alrededor del periódico. Las niñas han terminado y se están preparando para el colegio, así que me permito este pequeño acto de rebeldía. Si le molesta que se aguante.

En cuanto las dejo en el colegio, marco el número de Valeria. Necesito desahogarme o voy a explotar.

—¿Val? Voy a matar a mí jefe.

La risa de mi hermana resuena a través del teléfono.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¿Además de volverme loca? —me dejo caer en un banco del parque—. Es... ¡Dios! Un momento me mira como si quisiera devorarme, al siguiente me trata como si fuera invisible, y luego... ¡luego se pone todo territorial cuando otro hombre se me acerca!

—Suena a que alguien está celoso —puedo oír la sonrisa en su voz.

—¡No tiene derecho! —exclamo, ganándome miradas curiosas de los transeúntes—. No puede tratarme como una empleada prescindible y luego actuar como si le perteneciera. ¡Me está volviendo loca! Y lo peor es que... que...

—¿Que te gusta? —completa Valeria suavemente.

—Que me está haciendo perder la cabeza —admito, pasándome una mano por el pelo—. Y no puedo permitírmelo, Val. No con las niñas, no con este trabajo...

—Necesitas una noche fuera —declara Valeria con esa voz que usa cuando ha tomado una decisión—. Lejos de los Sterling, lejos de esa casa, y definitivamente lejos de Alexander.

—No puedo simplemente...

—Claro que puedes —me interrumpe—. Has hecho horas más que suficientes durante toda la semana. Las niñas estarán bien con Rosa una noche. Además... —puedo oír la sonrisa en su voz— hay un nuevo club en Manhattan que Dominic dice que es espectacular.

La idea de una noche sin tensión, sin miradas intensas, sin este constante baile de acercarse y alejarse...

—¿Sabes qué? Tienes razón.

—¿La tengo? —Valeria suena sorprendida por mi rápida aceptación.

—Sí —me levanto del banco, sintiendo una nueva determinación—. Necesito recordar que hay vida más allá de Alexander Sterling y sus cambios de humor. Necesito...

—¿Volver a ser Elena? —sugiere suavemente.

—Exacto —sonrío, aunque algo se retuerce en mi estómago al pensar en hacer la llamada que sé que tengo que hacer—. Aunque primero tengo que informarle a mi jefe que esta noche me la tomo libre.

—Oh, eso va a ser interesante —ríe Valeria.

ALEXANDER

El informe financiero frente a mí se vuelve borroso. No puedo concentrarme, no después del desayuno, no con su «temporal, pero eficiente» resonando en mi cabeza. La forma en que me miró, con esa mezcla de desafío y dolor...

Mi móvil vibra sobre el escritorio. El nombre de Elena aparece en la pantalla y mi pulso se acelera instantáneamente.

—Sterling —respondo, intentando mantener mi voz neutral.

—Señor Sterling —su tono profesional hace que mi mandíbula se tense—. Le llamo para informarle que esta noche no estaré disponible.

Me enderezo en mi silla, algo primitivo retorciéndose en mi interior.

—¿Disculpe?

—Le digo que me voy a tomar la noche libre —su voz es firme, sin rastro de duda—. He acumulado suficientes horas desde que trabajo con usted.

—¿Y puedo preguntar qué planes tiene que son tan importantes? —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

Hay una pausa, y cuando habla, puedo imaginar perfectamente la pequeña sonrisa desafiante en sus labios.

—Planes para olvidarme de mi jefe por unas horas.

El silencio que sigue a sus palabras es denso, eléctrico. Mi mano se cierra en un puño sobre el escritorio.

—No —la palabra sale como un gruñido.

—¿Perdón? —su voz tiene un filo peligroso.

—He dicho que no. Las niñas tienen rutinas, horarios que...

—Señor Sterling —me interrumpe, y hay algo en su tono que hace que mi sangre hierva—. Quizás no me he expresado correctamente. No le estoy pidiendo permiso. Le estoy informando que esta noche no estaré disponible.

—Elena... —es una advertencia, pero ella continúa.

—He trabajado mucho toda la semana. Rosa puede encargarse de las niñas una noche. Y como

usted siempre se encarga de recordarme, soy solo una empleada. Una empleada que tiene derecho a su tiempo libre.

—¿Y ese tiempo libre incluye ir a... dónde exactamente? —mi voz destila un control apenas contenido.

—Con todo respeto, señor Sterling, eso no es de su incumbencia. Como usted dejó muy claro anoche, mi vida personal no le concierne.

Mis propias palabras usadas contra mí. El sabor amargo de la ironía me llena la boca.

—No juegue conmigo, señorita Acosta —mi voz es peligrosamente baja.

—No estoy jugando, señor Sterling. Estoy estableciendo límites. Como usted me enseñó.

La llamada termina antes de que pueda responder. Me quedo mirando el teléfono, la furia y el deseo mezclándose en mi interior de una manera peligrosa.

Con un movimiento brusco, barro los documentos de mi escritorio. El estruendo no hace nada para calmar esta sensación de pérdida de control.

Lo peor no es su desafío. Es que me excita tanto como me enfurece.

CAPÍTULO 15

ELENA

Las luces estroboscópicas parpadean sobre la pista de baile mientras observo mi copa intacta. Se supone que esto debería ser divertido. Se supone que debería estar olvidándome de Alexander Sterling y sus cambios de humor, de su manera de mirarme como si quisiera devorarme para luego tratarme como una empleada más.

En cambio, no puedo dejar de mirar el móvil.

—Elena, por Dios —Valeria me quita el teléfono de las manos—. Rosa te ha dicho tres veces que las niñas están perfectamente. Están dormidas.

—Lo sé, es solo que... —me detengo, sin saber cómo explicar este nudo en el estómago—. Pensé que intentaría impedirme salir.

—¿Alexander? —mi hermana arquea una ceja mientras acaricia distraídamente su pequeña barriga—. ¿Por eso te has puesto este vestido que te hace parecer una diosa?

Me sonrojo, consciente de que el vestido negro que Valeria insistió en que me pusiera es más corto y ajustado de lo que normalmente usaría.

—Ni siquiera estaba en casa cuando me fui —murmuro, odiando lo decepcionada que suena mi voz—. Probablemente ni le importa dónde estoy.

—Claro que no —Valeria rueda los ojos—. Por eso ha llamado a Dominic tres veces preguntando si sabía a qué club íbamos.

Mi corazón da un vuelco traidor, pero me obligo a mantener la compostura.

—Es mi jefe, Val. Solo está... controlando a su empleada.

—¿También controla a sus empleadas cuando las acorrala en pasillos oscuros durante galas benéficas?

—No voy a tener esta conversación —murmuro, observando el hielo derretirse en mi copa sin tocar—. Se supone que esta noche es para divertirme, para olvidarme de él.

—¿Y cómo va eso? —pregunta Valeria con una sonrisa conocedora.

Un tipo se acerca a nuestra mesa, claramente con intención de invitarme a bailar. Lo ahuyento con una mirada antes de que llegue. Ni siquiera me apetece intentarlo.

—Fatal —admito finalmente—. ¿Sabes qué es lo peor? Que incluso ahora, enfadada como estoy, una parte de mí desearía estar en casa, leyéndoles un cuento a las niñas mientras él nos observa desde la puerta con esa mirada suya que...

—Que te derrite —completa Valeria.

—Que me vuelve loca —corrijo, aunque ambas sabemos que es lo mismo.

ALEXANDER

La mansión está demasiado silenciosa esta noche. Me encuentro dando vueltas por el salón como un animal enjaulado, incapaz de concentrarme en nada. El whisky en mi mano no ayuda a calmar esta inquietud que me corroe.

—Las niñas ya están dormidas —la voz de Rosa me sobresalta—. Sarah preguntó por Elena, pero le dije que se merecía una noche libre.

La miro bruscamente, pero ella mantiene esa expresión serena que siempre me desconcierta. Como si supiera algo que yo no.

—No me importa dónde esté —miento, apurando mi whisky. Respondiendo a algo que no me ha preguntado.

—Por supuesto que no —Rosa empieza a ordenar los juguetes que las niñas han dejado

esparcidos, una pequeña sonrisa jugando en sus labios—. Por eso lleva media hora mirando el reloj. Y por eso casi rompe ese vaso cuando le dije lo guapa que estaba con ese vestido negro.

—Rosa... —es una advertencia, pero ella me ignora, como siempre ha hecho desde que era un niño.

—Tenía que verla, señor Sterling —continúa, implacable—. Ese vestido... y la forma en que se recogió el pelo, dejando algunos mechones sueltos...

El vaso cruje peligrosamente en mi mano.

—¿Ya está contenta? —gruño finalmente—. ¿Es eso lo que quería oír? ¿Que me molesta que haya salido? ¿Que me está volviendo loco imaginar dónde está y con quién?

Rosa deja lo que está haciendo y me mira con esa expresión que usaba cuando era niño y me negaba a admitir que había hecho algo mal.

—¿Sabe qué es lo que más me duele, señor Sterling? Ver cómo se empeña en repetir patrones que solo le traen infelicidad.

—No sabes de qué hablas —murmuro, pero las palabras suenan huecas incluso para mí.

—¿No? —Rosa se sienta en el sofá, palmeando el espacio a su lado como hacía cuando necesitaba consolarme después de alguna discusión con mi padre—. Lo que Victoria hizo fue terrible. Pero Elena no es Victoria.

El nombre hace que me tense.

—Esto no tiene nada que ver con...

—Tiene todo que ver —me interrumpe suavemente—. Está tan asustado de volver a ser herido que prefiere alejar a alguien que podría hacerlo feliz. Que ya hace felices a sus hijas.

—Las niñas no deberían encariñarse tanto —protesto débilmente—. Elena se irá después de Navidad y...

—¿Se irá? ¿O la estás empujando a irse? —el repentino tuteo de Rosa me golpea con la fuerza de años de confianza y cariño.

Me dejo caer a su lado en el sofá, repentinamente agotado.

—Rosa... —mi voz suena más vulnerable de lo que me gustaría—. No puedo.

—¿No puedes o no te atreves? —su mano encuentra la mía, como hacía cuando era un niño asustado—. Alexander, mírame.

Es extraño cómo un simple cambio en el trato puede derribar muros. La miro, y por un momento vuelvo a ser ese niño que corría a la cocina buscando consuelo.

—La forma en que miras a Elena... —continúa ella suavemente—. Es la misma forma en que tu padre miraba a tu madre. Con amor, no con el deber que sentías por Victoria.

—Tú no entiendes...

—Entiendo más de lo que crees, mi niño —hay tanto cariño en su voz que siento un nudo en la garganta—. He visto cómo el miedo puede envenenar el corazón más valiente. No dejes que lo que Victoria hizo te impida ser feliz.

Me quedo en silencio, las palabras de Rosa calando hondo. Su mano sigue sobre la mía, anclándome como ha hecho tantas veces en mi vida.

—¿Y si ella también se va? —la pregunta sale en un susurro, la voz de un niño asustado más que la del empresario implacable que pretendo ser.

—¿Y si se queda? —Rosa aprieta mi mano—. ¿Y si por una vez en tu vida te permites ser feliz? Las niñas la adoran, tú la...

—No lo digas —la corto, pero sin la dureza habitual.

—Cobarde —me regaña con cariño—. Ve a buscarla. Yo me quedo con las niñas.

Me levanto de un salto, como si sus palabras hubieran activado algún resorte dentro de mí.

—No he dicho que vaya a...

—Alexander —me interrumpe con esa sonrisa suya que dice que me conoce mejor que yo mismo—. Ve por ella.

El club está atestado cuando llego. La música retumba contra las paredes mientras busco entre la multitud. Y entonces lo veo: Dominic, apoyado en la barra con expresión asesina.

—¿Tú también? —pregunta cuando me acerco, sin apartar la mirada de un grupo de tipos que miran hacia una mesa en particular.

—¿Qué haces aquí?

—Vigilar que esos imbéciles —señala con la cabeza al grupo— entiendan que mi mujer está embarazada. ¿Es que no ven la barriga?

No puedo evitar una sonrisa. Hace unos meses, jamás habría imaginado ver a Dominic Wolfe en este estado. Está completamente celoso.

—Deberíamos irnos antes de que nos vean —murmuro, pero mis ojos no se separan de Elena. El vestido negro que lleva hace que me hierva la sangre—. Esto es ridículo.

—Totalmente ridículo —coincide Dominic, pero ninguno de los dos se mueve—. ¿Has visto a ese idiota que intenta acercarse a su mesa?

Mi mandíbula se tensa. Por supuesto que lo he visto. He visto a cada uno de los imbéciles que han intentado acercarse a ella en los últimos cinco minutos.

El último tipo, un rubio con traje barato, está demasiado cerca de su mesa. Elena ni siquiera lo mira, pero él se inclina, claramente intentando llamar su atención.

—Si ese imbécil da un paso más... —gruño.

No termino la frase. Mis pies ya se están moviendo, y siento más que veo a Dominic siguiéndome. La música retumba en mis oídos mientras me acerco a la mesa, pero todo lo que puedo oír es mi propia sangre hirviendo.

—¡Dom! —Valeria es la primera en vernos, saltando prácticamente de su silla para lanzarse a los brazos de su marido—. ¡Has tardado demasiado!

Elena levanta la vista, y por un momento el mundo se detiene. Sus ojos se encuentran con los míos, desafiantes, mientras se levanta lentamente y se dirige a la pista de baile, pasando tan cerca de mí que su perfume me golpea como una droga.

El mensaje es claro: la pelota está en mi tejado.

CAPÍTULO 16

ELENA

La música vibra a través de mi cuerpo mientras me muevo en la pista, consciente de su mirada como una caricia física. No necesito girarme para saber que Alexander me observa; puedo sentir el peso de sus ojos azules siguiendo cada movimiento, cada giro de mis caderas.

Es un juego peligroso, lo sé. El vestido negro que Valeria insistió en que me pusiera se desliza sobre mi piel como agua oscura, y cada movimiento es una promesa, una provocación. Que vea lo que podría tener si se atreviera a dejar de luchar contra esto que crece entre nosotros.

La música cambia a algo más lento, más sensual. Cierro los ojos, dejando que el ritmo me guíe, imaginando sus manos en lugar de la melodía acariciando mi cuerpo. El aire se espesa a mi alrededor, cargado de electricidad y anticipación.

Y entonces lo siento.

Su presencia se materializa detrás de mí, sólida y ardiente como una llama. No me toca, pero el calor de su cuerpo tan cerca del mío hace que mi piel se erice. Su aliento roza mi nuca, y tengo que morderme el labio para no gemir.

—¿Esto es lo que querías? —su voz es grave, peligrosa—. ¿Volverme loco?

Sus palabras me estremecen, pero no me muevo. No todavía. Dejo que la música nos envuelva, que la tensión crezca entre nuestros cuerpos que aún no se tocan.

—¿Lo estás? —susurro, apenas girando el rostro—. ¿Loco?

Sus manos finalmente encuentran mis caderas, y el contacto, aunque sobre la tela del vestido, me quema. Son grandes, firmes, posesivas. Me atrae hacia él con una lentitud tortuosa hasta que mi espalda se presiona contra su pecho.

—No tienes idea —gruñe contra mi oído, y su aliento cálido hace que se me debilite las rodillas —. Lo que me haces...

ALEXANDER

La siento temblar entre mis manos, y algo primitivo dentro de mí ruge de satisfacción. Su cuerpo se amolda al mío como si hubiera sido creado para esto, y cuando mueve sus caderas siguiendo la música, tengo que usar todo mi autocontrol para no arrastrarla fuera de aquí ahora mismo.

—Alexander... —mi nombre en sus labios suena como una súplica.

Deslizo una mano por su cintura, manteniéndola cerca mientras la otra sube por su brazo, dejando un rastro de piel erizada a su paso. Su cabello me hace cosquillas en la mejilla, y ese aroma a vainilla que me persigue en sueños me envuelve por completo.

—Dime que pare —murmuro contra su cuello, mis labios rozando su piel—. Dime que me detenga ahora.

—No pares —susurra, y esas dos palabras hacen que mi control se desvanezca.

La giro entre mis brazos, necesitando ver su rostro. Sus ojos están oscuros de deseo, sus labios entreabiertos, y todo mi cuerpo arde con la necesidad de reclamarlos. Una mano encuentra su nuca mientras la otra se aferra a su cintura, manteniéndola contra mí.

—Elena... —su nombre es una advertencia, una última oportunidad para echarse atrás.

Pero ella levanta el mentón, desafiante como siempre, y ese pequeño gesto hace que algo se rompa dentro de mí. La beso como he querido hacerlo desde que la vi por primera vez, volcando en ese beso semanas de deseo contenido.

Sus labios son suaves, dulces, adictivos. Cuando su boca se abre bajo la mía, gruño desde lo más profundo de mi garganta. Una de sus manos se enreda en mi pelo mientras la otra se aferra a mi

camisa, y el tirón suave me vuelve loco.

La música sigue retumbando a nuestro alrededor, pero apenas la noto. Todo mi mundo se reduce a Elena: al sabor de sus labios, a los pequeños sonidos que hace cuando muerdo suavemente su labio inferior, a la forma en que su cuerpo se arquea contra el mío.

El beso se vuelve más profundo, más desesperado. Años de control se desvanecen con cada roce de su lengua contra la mía. Cuando gime en mi boca, algo primitivo se despierta dentro de mí.

—Salida de emergencia —gruño contra sus labios—. Ahora.

La arrastro por el club sin soltarla, incapaz de dejar de tocarla. Cada pocos pasos tengo que detenerme para besarla de nuevo, empujándola contra cualquier superficie disponible. Su piel arde bajo mis manos, y los pequeños gemidos que intenta contener me están volviendo loco.

Cuando finalmente alcanzamos la salida de emergencia, el aire frío de Manhattan nos golpea como una bofetada, pero no es suficiente para enfriar el fuego que corre por mis venas. La empujo contra la pared de ladrillo, mis manos encontrando sus muslos, levantándola. Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura instintivamente, y el movimiento hace que nuestros cuerpos se alineen de una manera que me hace ver estrellas.

—Dios, Elena... —gruño contra su cuello, mordisqueando la piel sensible—. Me has estado volviendo loco durante semanas.

Sus manos luchan con los botones de mi camisa mientras mis labios trazan un camino ardiente por su garganta. El vestido negro se ha subido hasta sus muslos, y cuando mis dedos encuentran piel desnuda, ambos gemimos.

—Alexander... —su voz es un ruego entrecortado—. Por favor...

Capturo sus labios de nuevo, bebiendo sus suspiros. Una de mis manos se enreda en su pelo, tirando suavemente para exponer más su cuello a mis besos. La otra se desliza más arriba por su muslo, encontrando encaje y...

El estridente sonido de mi móvil rompe el momento como un cristal haciéndose añicos.

El nombre de mi madre en la pantalla es como un cubo de agua fría. Mi primer instinto es ignorar la llamada, especialmente con Elena todavía temblando entre mis brazos, sus labios hinchados por mis besos.

Pero suena de nuevo. Y otra vez.

—Mierda —gruño, apoyando mi frente contra la suya—. Tengo que...

—Contesta —susurra ella, intentando recuperar el aliento—. Podría ser importante.

Con una maldición, saco el móvil mientras mantengo a Elena contra la pared con mi otro brazo, incapaz de soltarla completamente.

—Madre —mi voz suena ronca incluso para mí—. ¿Qué...?

—¡Alexander James Sterling! —el tono cortante de mi madre me hace tensarme—. ¿Se puede saber dónde estás? He llamado a casa y Rosa me dice que ni tú ni la niñera estáis. ¿Qué clase de comportamiento es este?

Elena debe haber escuchado porque se tensa en mis brazos. Sus piernas se desenredan lentamente de mi cintura, y siento el frío inmediatamente donde antes había calor.

—Las niñas están perfectamente atendidas —respondo, intentando mantener mi voz firme mientras veo a Elena alejarse de mí, reajustándose el vestido con manos temblorosas.

—¿Atendidas? —el desdén en su voz es palpable—. Es completamente inaceptable. ¿Y dónde está esa niñera? Se supone que vive en la casa precisamente para...

—Tu madre tiene razón —la voz suave de Elena me interrumpe. Hay algo en sus ojos, una mezcla de resignación y dolor que hace que mi pecho se apriete—. Esto ha sido... deberíamos volver.

Quiero protestar. Quiero mandar todo al diablo, colgar el teléfono y volver a perderme en ella. Pero la voz de mi madre sigue resonando, recordándome obligaciones, expectativas, límites que no deberíamos haber cruzado.

—Alexander, ¿me estás escuchando? —la voz de mi madre suena lejana comparada con el sonido de mis propios latidos.

Elena da un paso atrás, y luego otro. La distancia entre nosotros crece como un abismo.

—Pediré un taxi —dice suavemente—. Es lo mejor.

Aprieto la mandíbula hasta que duele, pero asiento. ¿Qué más puedo hacer? Ella tiene razón. Mi madre tiene razón. Esto... esto nunca debería haber pasado.

Pero mientras la veo alejarse, su vestido negro ondeando en la brisa nocturna, todo mi cuerpo grita en protesta. Y por primera vez en mi vida adulta, odio el control que siempre he adorado mantener.

CAPÍTULO 17

ELENA

Decir que las cosas están tensas entre nosotros es quedarse extremadamente corta. La mansión Sterling se ha convertido en una elaborada coreografía donde Alexander y yo bailamos alrededor del otro, evitando tocarnos, pero siendo dolorosamente conscientes de la presencia del otro.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a la otra noche. Sus manos en mi cintura, sus labios contra los míos, la forma en que gruñó mi nombre... Me obligo a concentrarme en el reflejo del espejo mientras ayudo a Sophie con su pelo. Hoy no es día para perderse en recuerdos peligrosos.

—¡Ay! —protesta Sophie cuando el cepillo encuentra un nudo—. ¿Y si mejor me lo corto todo?

—Ni se te ocurra —Sarah observa desde su cama, ya perfectamente peinada y con su vestido de la actuación colgado con precisión militar—. La abuela dice que una Sterling siempre debe llevar el pelo largo.

—La abuela dice muchas cosas —murmuro, ganándome una risita de Sophie.

Mis dedos trabajan con cuidado en su pelo, creando una trenza elaborada que mantendrá sus rizos controlados durante la actuación. El aroma a champú de fresa llena el aire, y por un momento me permito perderme en lo bonito del momento.

—Elena —la voz de Sarah tiembla ligeramente mientras se acerca, su violín firmemente agarrado —. ¿Y si me equivoco? ¿Y si...?

—Ven aquí —interrumpo sus miedos, palmeando el espacio junto a mí en el taburete del tocador. Sophie sigue sentada en el suelo entre mis piernas mientras termino su trenza.

Sarah se sienta, tan recta y formal como siempre, pero puedo ver el temblor en sus manos pequeñas.

—¿Sabes qué hacía yo antes de cada examen importante? —pregunto mientras aseguro la trenza de Sophie con una cinta que hace juego con su vestido.

—¿Estudiar más? —sugiere Sarah, tan seria que hace que mi corazón se encoja.

—No —sonrío, girándome para mirarla directamente—. Cerraba los ojos y respiraba tres veces, muy profundo. Así...

Cierro los ojos de manera exagerada, haciendo que Sophie suelte una risita. Sarah me observa con curiosidad mientras inhalo dramáticamente.

—¿Y funcionaba? —pregunta, sus ojos azules llenos de esperanza.

—Bueno... —guiño un ojo—. Estoy aquí, ¿no?

—Pero tú eres valiente —suspira Sarah—. Yo solo...

—Eh —la interrumpo suavemente, tomando sus manos entre las mías—. Tú eres Sarah Elizabeth Sterling. Has practicado esta pieza mil veces. La podrías tocar dormida.

—¡Es verdad! —exclama Sophie, girándose para abrazar a su hermana—. ¡La tocas hasta cuando te lavas los dientes!

Una pequeña sonrisa aparece en los labios de Sarah, y siento que mi corazón se derrite un poco más.

—Y, además —añado, alisando un mechón rebelde de su pelo perfectamente peinado—, estaré justo ahí, en primera fila. Si te pones nerviosa, solo mírame.

—¿Lo prometes? —susurra, y por un momento veo a la niña pequeña bajo toda esa formalidad Sterling.

—Lo prometo —beso su frente suavemente—. Y ahora, ¿estamos listas para conquistar ese escenario?

Sophie da un salto, haciendo que su trenza recién hecha rebote.

—¡Sí! ¡Vamos a ser las mejores!

—Las más elegantes —corrige Sarah, pero hay una sonrisa en sus labios mientras agarra su violín con más seguridad.

El trayecto al colegio es un caos de risas nerviosas y repaso de última hora. Sophie recita sus líneas en voz alta mientras Sarah mueve los dedos sobre un violín imaginario, y mi corazón se hincha de orgullo por estas pequeñas guerreras.

El Saint Mary's está irreconocible, transformado en un hervidero de padres ansiosos y niños en sus mejores galas. Guío a las gemelas hacia los bastidores, donde otros niños se preparan entre bambalinas.

—Elena —Sarah tira de mi manga cuando llegamos a la puerta del camerino—. ¿Puedes... puedes quedarte un momento más?

Es entonces cuando lo veo. Alexander acaba de llegar, imponente en su traje gris oscuro, y el aire parece espesarse instantáneamente. Nuestras miradas se encuentran a través del pasillo atestado, y por un momento todo lo demás desaparece.

El momento se rompe cuando Elizabeth Sterling aparece junto a su hijo, perfectamente elegante en un traje de Chanel. Su mirada crítica nos recorre a las niñas y a mí, deteniéndose en mi mano que aún sostiene la de Sarah.

—Alexander, querido —su voz destila desaprobación—, ¿no crees que la señorita Acosta debería estar en la zona del personal?

Pero antes de que pueda responder, Sarah aprieta mi mano con más fuerza.

—Elena me está ayudando con los nervios, abuela —dice con una voz pequeña pero firme—. Como hace siempre antes de tocar.

Sophie, siempre protectora con su hermana, se coloca a su otro lado.

—¡Y funciona! —exclama—. Sarah ya no tiembla cuando Elena está cerca.

Veo algo parpadear en los ojos de Alexander mientras observa la escena. No es la frialdad habitual, es algo más profundo, más intenso.

—Madre —su voz es suave pero firme—, las niñas necesitan prepararse.

—Por supuesto —Elizabeth sonríe, pero el gesto no llega a sus ojos—. Solo recordaba a la señorita Acosta su... posición.

Sus palabras me duelen tanto que siento la necesidad de escapar.

Me enderezo, preparándome para retirarme, pero Sarah no suelta mi mano.

—Prometiste quedarte —susurra, sus ojos azules suplicantes.

—Y aquí estoy —respondo con suavidad, ignorando deliberadamente la mirada de Elizabeth—. Respira conmigo, ¿recuerdas?

Sarah cierra los ojos y toma tres respiraciones profundas. Cuando los abre de nuevo, hay una nueva determinación en ellos.

—Ya estoy lista —declara, y por un momento suena exactamente como su padre.

—Sophie —digo, notando que está inusualmente callada—. ¿Quieres practicar tus líneas una última vez?

—¿Y si las olvido? —susurra, mordiéndose el labio—. La abuela dice que una Sterling nunca debe...

—Una Sterling —la interrumpo suavemente— es valiente. Como tú. Como tu hermana. Y si olvidas alguna línea, me miras a mí. Estaré justo ahí, en primera fila.

Elizabeth hace un sonido de desaprobación, pero las niñas sonríen, y eso es todo lo que me importa en este momento.

—Cinco minutos —anuncia una profesora asomándose al camerino.

—Muy bien, pequeñas estrellas —digo, arrodillándome para estar a su altura y ajustando el lazo del vestido de Sophie—. Es hora de brillar.

Las abrazo a ambas, inhalando el aroma a champú de fresa y violín nuevo, a nervios y emoción. Cuando me incorporo, mi mirada se encuentra brevemente con la de Alexander. Hay algo en sus

ojos que me hace contener la respiración, algo que no me atrevo a nombrar.

—Suerte, mis niñas —susurro, y me dirijo hacia el auditorio, sintiendo el peso de su mirada en cada paso.

ALEXANDER

La observo mientras se aleja por el pasillo, y algo se retuerce en mi pecho. La forma en que manejó los nervios de Sarah, cómo supo exactamente qué decirle a Sophie... No es solo competencia profesional. Es algo más profundo, más genuino.

Mi madre se aclara la garganta a mi lado.

—Realmente, Alexander, deberías poner límites más claros. La familiaridad con la que trata a las niñas...

—Es exactamente lo que necesitan —la corto, sorprendiéndome incluso a mí mismo con la firmeza de mi tono.

Me dirijo hacia el auditorio, encontrando nuestros asientos en primera fila. Elena está a unos metros, y aunque intento concentrarme en el programa que tengo en las manos, mis ojos la buscan constantemente.

Las luces se atenúan y el espectáculo comienza. Sarah es la tercera en actuar, su solo de violín. La veo aparecer en el escenario, tan pequeña y formal con su vestido lavanda. Por un momento, parece congelada bajo los focos.

Y entonces ocurre.

Sarah mira hacia la primera fila, hacia Elena, y algo cambia en su expresión. Elena asiente suavemente, y puedo ver cómo mi hija toma tres respiraciones profundas antes de comenzar a tocar.

La música fluye perfecta, cristalina, y me encuentro observando no tanto a Sarah sino las reacciones de Elena. La forma en que sus ojos brillan con lágrimas contenidas, cómo sus labios se mueven silenciosamente contando el tiempo, la manera en que sus manos se entrelazan en su regazo como si estuviera resistiendo el impulso de aplaudir antes de tiempo.

Cuando Sophie aparece para su parte en la obra, tropieza con una línea. Hay un momento de pánico en sus ojos, pero entonces mira hacia Elena y... sonríe. La línea siguiente sale perfecta, y el orgullo en el rostro de Elena hace que algo dentro de mí se rompa y se reconstruya al mismo tiempo.

Es entonces cuando lo entiendo.

No es solo deseo. No es solo atracción física. Es la forma en que hace brillar a mis hijas. Es cómo Sarah ya no tiembla antes de tocar. Es cómo Sophie ha aprendido a reírse de sus errores en lugar de temerlos.

Es amor.

La realización me golpea con tanta fuerza que por un momento me cuesta respirar. Estoy enamorado de ella. De su risa, de su desafío constante, de cómo ha traído color a nuestro mundo en blanco y negro.

Y me aterra.

Mi madre aplaude educadamente, pero sus ojos están fijos en Elena, que se limpia discretamente una lágrima.

—Realmente, Alexander —murmura—, una niñera no debería mostrar tanta... emoción. Es poco profesional.

No respondo. No puedo.

Dominic y Valeria están sentados unas filas más atrás. Los escucho susurrar algo, y por el rabillo del ojo veo a Valeria señalarnos discretamente. Sin duda han notado cómo no puedo apartar la mirada de Elena.

Pero no me importa.

No me importa porque acabo de darme cuenta de que Elena no es un capricho, no es una

tentación que debo resistir. Es la pieza que faltaba en nuestras vidas, el calor que necesitábamos sin saberlo.

Cuando el espectáculo termina, las niñas corren hacia nosotros entre la multitud. Sarah, normalmente tan contenida, prácticamente salta a los brazos de Elena.

—¡Lo hice! —exclama—. ¡Respiré tres veces y funcionó!

—Por supuesto que funcionó —Elena la abraza con fuerza—. Eres Sarah Sterling. Puedes hacer cualquier cosa.

Sophie se une al abrazo, y la imagen hace que mi pecho duela de una manera que no sabía que era posible.

—Alexander —la voz de mi madre es tensa—, deberías recordarles a las niñas que una Sterling no...

—No —la corto suavemente—. No hoy, madre.

Porque hoy he entendido algo fundamental: quiero esto. Quiero estas risas, estos abrazos espontáneos, esta felicidad desordenada que Elena ha traído a nuestras vidas.

La pregunta es: ¿cómo convenzo a una mujer que cree que solo es temporal de que quiero que se quede para siempre?

Observo cómo Elena se arrodilla frente a las niñas, acomodando el lazo del vestido de Sophie y alisando una arruga imaginaria en el de Sarah. Sus manos son suaves, cuidadosas, llenas de un amor que Victoria nunca supo dar.

—¿Podemos ir a celebrarlo? —pregunta Sophie, sus ojos brillantes—. ¡Elena prometió chocolate caliente si lo hacíamos bien!

Mi madre abre la boca para protestar, pero la mirada que le lanzo la hace detenerse. Por primera vez en mi vida adulta, no me importan las normas, ni el protocolo, ni qué dirá la sociedad de Manhattan.

—Por supuesto —respondo, y la sonrisa que Elena me dedica hace que todo mi cuerpo se caliente—. Creo que hoy nos lo hemos ganado todos.

Sarah me mira con esos ojos que son un reflejo de los míos, pero que ahora brillan con una alegría que antes no conocían.

—¿Tú también vendrás, papi? —pregunta, y hay tanta esperanza en su voz que hace que mi garganta se apriete.

—No me lo perdería por nada —respondo, y cuando Elena me mira, sorprendida por mi respuesta, añado—: Algunas tradiciones merecen ser rotas.

Mi madre se marcha con un gesto de desaprobación, pero apenas lo noto. Estoy demasiado ocupado viendo cómo Elena toma la mano de cada una de mis hijas, cómo las tres forman una unidad perfecta mientras se dirigen hacia la salida.

Y mientras las sigo, viendo cómo sus risas llenan el aire frío de Manhattan, tomo una decisión: haré lo que sea necesario para que Elena Acosta entienda que su lugar está aquí, con nosotros.

Porque algunas veces, lo temporal se convierte en para siempre.

Y a veces, el control más importante es saber cuándo dejarlo ir.

CAPÍTULO 18

ALEXANDER

—¿Que tú qué? —Dominic me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

Aflojo mi corbata, incómodo. El whisky que me ha servido no ayuda a hacer esta conversación más fácil. Pero después de ver a Elena ayer en la actuación de las niñas, después de darme cuenta de que lo que siento por ella va mucho más allá del deseo... necesito ayuda.

—Ya me has oído —gruño—. No me hagas repetirlo.

—No, no —una sonrisa empieza a formarse en su rostro—. Quiero escucharlo otra vez. Alexander Sterling, el hombre que convierte reuniones de directivos en campos de batalla, el que hace llorar a CEOs veteranos... ¿viene a pedirme consejos sobre amor?

—Olvídalo —me levanto de mi silla, pero Dominic me detiene.

—No, no, espera —está intentando no reírse, y fallando miserablemente—. Es solo que tú, estás enamorado de Elena. Lo sabía. Sabía que iba a suceder.

—¿Vas a ayudarme o no? —mi voz suena más desesperada de lo que pretendo—. Tú conseguiste que Valeria se quedara. Necesito... necesito saber cómo hacer que Elena quiera quedarse. No solo como niñera. Como...

—Como todo —completa, y por primera vez no hay burla en su voz.

Dominic se sienta en el borde de mi escritorio, un gesto que normalmente me irritaría, pero ahora mismo estoy demasiado ocupado intentando no perder la dignidad.

—A ver —saca su móvil y abre lo que parece una aplicación de notas—. Hagamos esto como sabemos. Paso a paso, estratégicamente.

—Bien —Dominic se aclara la garganta con aire profesional—. Primer paso: análisis de la situación actual. ¿Qué has intentado hasta ahora?

Me paso una mano por el pelo, desordenándolo.

—La besé —admito—. En el club. Y luego... mi madre llamó y...

—Por supuesto que tu madre llamó —Dominic rueda los ojos mientras teclea en su móvil—. Anotado: «interferencia maternal, factor de riesgo constante».

—¿Estás tomando notas? —pregunto, incrédulo.

—Por supuesto. Todo plan necesita documentación —responde con total seriedad—. Ahora, pensemos en estrategias. ¿Qué tal regalos? Valeria aprecia una buena joya...

—Elena no es así —lo corto—. El otro día Sophie derramó zumo en su blusa de seda y ella solo... se rió. Dijo que prefería las manchas de zumo a la ropa perfecta sin historias que contar.

Dominic me mira como si acabara de resolver un enigma particularmente complejo.

—Ajá. Cliente atípico. No responde a incentivos materiales tradicionales —murmura mientras escribe—. ¿Qué tal una presentación PowerPoint detallando las ventajas de una relación a largo plazo?

Lo miro horrorizado.

—¿Quieres que le haga una presentación PowerPoint a Elena sobre... nosotros?

—Con gráficos —asiente con entusiasmo—. Podríamos incluir proyecciones de felicidad a cinco años, indicadores de compatibilidad...

—Dominic —lo interrumpo—. No voy a hacerle una presentación PowerPoint a la mujer que... que...

—¿Que te tiene completamente hechizado? —sugiere con una sonrisa burlona—. ¿Que ha conseguido que el gran Alexander Sterling pierda el control?

—No estoy perdiendo el control —protesto débilmente—. Solo estoy... adaptando estrategias.

—Claro —asiente, volviendo a sus notas—. Por eso tienes la corbata torcida y llevas diez

minutos jugando con ese pisapapeles como si fuera un salvavidas.

Suelto el pisapapeles de inmediato.

—¿Tienes alguna sugerencia útil o solo vas a burlarte?

—Ambas —sonríe—. Se llama multitarea. Veamos... ¿qué tal una matriz DAFO del potencial romántico?

—Una matriz... —repito lentamente, preguntándome cómo he llegado a este punto de mi vida —. ¿Quieres que analice mis posibilidades con Elena usando una matriz DAFO?

—¡Exacto! —Dominic parece genuinamente emocionado mientras dibuja cuatro cuadrantes en una hoja—. Mira, empecemos por las Debilidades: eres controlador, obsesivo, tienes problemas de confianza debido a Victoria...

—Gracias por el resumen —lo corto secamente.

—Las Amenazas son obvias —continúa, imperturbable—. Tu madre, el hecho de que Elena se va después de Navidad, tu... peculiar personalidad...

—¿Has terminado?

—No, no. Las Fortalezas son importantes —sigue escribiendo—. Eres ridículamente rico, razonablemente atractivo para tu edad...

—¿Razonablemente? —me enderezo, ofendido.

—Y las Oportunidades... —me ignora completamente—. Las niñas la adoran, ya vive en tu casa, y claramente hay tensión sexual no resuelta...

—Dominic —mi voz es un gruñido de advertencia.

—¿Qué? Es un factor a considerar —me mira por encima del papel—. Aunque tu incapacidad para manejarlo podría ir en la columna de Debilidades...

Me levanto y empiezo a pasear por el despacho. Esto es ridículo. Completamente ridículo.

—Necesito algo real —murmuro, más para mí que para él—. Algo que le demuestre que esto no es... temporal.

—¿Qué tal un contrato? —sugiere Dominic—. Podríamos redactar los términos de...

—No voy a ofrecerle un contrato de relación —lo corto—. ¿Es que no tienes ni una idea normal?

Dominic deja el bolígrafo y me mira seriamente.

—Alexander, amigo mío, estás pidiendo consejos románticos a un hombre que conquistó a su esposa con un contrato empresarial. Claramente, los dos necesitamos ayuda.

Me dejo caer en mi silla, agotado. En el escritorio, la matriz DAFO de Dominic se burla de mí con sus análisis despiadadamente precisos.

—Quizás debería rendirme —murmuro, mirando el whisky en mi vaso como si contuviera las respuestas—. Claramente no soy... no sé cómo ser lo que ella necesita.

—¿El gran Alexander Sterling rindiéndose? —Dominic arquea una ceja—. ¿Dónde está el hombre que compró tres empresas en un día solo porque alguien dijo que era imposible?

—Esto es diferente —gruño—. No puedo... no puedo controlar esto. No puedo medirlo, no puedo planificarlo. Elena es...

—¿Impredecible? —sugiere—. ¿Caótica? ¿Todo lo que temes y deseas al mismo tiempo?

Lo miro sorprendido. A veces olvido que, bajo toda esa fachada de ejecutivo implacable, Dominic entiende exactamente por lo que estoy pasando.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunto finalmente—. Con Valeria. ¿Cómo supiste que...?

—¿Que valía la pena perder el control? —sonríe, una sonrisa genuina esta vez—. Cuando me di cuenta de que prefería un minuto de caos con ella que una vida entera de orden sin ella.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba.

—Necesito un plan mejor que una presentación PowerPoint —admito, mirando los papeles esparcidos sobre mi escritorio—. Algo que le demuestre que...

—¿Que estás dispuesto a salir de tu zona de *comfort* por ella? —Dominic se inclina,

repentinamente serio—. Entonces quizás deberías empezar por ahí.

Asiento lentamente, procesando sus palabras. Por una vez, Dominic tiene razón.

—Me voy a casa —digo finalmente, recogiendo mi abrigo—. Necesito... pensar.

—¿Pensar? —Dominic sonríe mientras recoge sus notas—. No pienses tanto, Alexander. Ese es precisamente tu problema. A veces hay que sentir más y planificar menos.

Lo miro recoger su matriz DAFO y sus ridículas estrategias.

—Dominic —lo llamo cuando está en la puerta—. Gracias. Por... esto.

—No me agradezcas todavía —ríe—. Guardo la presentación PowerPoint por si cambias de opinión.

Salgo de la oficina con la cabeza dando vueltas. Necesito otro tipo de consejo, uno menos... corporativo. Y sé exactamente quién puede dármelo.

La mansión está en silencio cuando llego. Las niñas deben estar en sus clases de piano, y Elena... mejor no pensar dónde está Elena ahora mismo. Me dirijo directamente a mi despacho de casa, aflojándome aún más la corbata mientras extiendo sobre el escritorio los «planes» que Dominic y yo elaboramos.

El aroma a té de jazmín me alerta de su presencia antes de que hable.

—¿Sabe? —la voz de Rosa tiene ese tono que conozco desde niño, el que usa cuando está a punto de darme una lección de vida—. La última vez que lo vi así de perdido fue cuando tenía doce años y no sabía cómo pedirle perdón a su madre por romper su jarrón favorito.

—Rosa... —empiezo, pero ella ya está entrando, dejando una taza de té junto a mí como ha hecho miles de veces antes.

Se detiene al ver los papeles sobre mi escritorio. Toma uno, sus ojos recorriendo la matriz DAFO, y entonces... se ríe. No una risa educada, sino una carcajada genuina que hace que me sonroje.

—Ay, mi niño —dice finalmente, limpiándose una lágrima de risa—. Menos mal que es usted guapo, porque de romance no tiene ni idea.

—Rosa —gruño, pero ella ya está recogiendo los papeles, negando con la cabeza.

—¿Una presentación PowerPoint? ¿En serio? —sacude la cabeza—. Si no estuviera tan enamorada de usted, la señorita Elena huiría corriendo.

Me enderezo en mi silla.

—¿Tan obvio soy?

—Como un elefante en una cristalería —sonríe con ternura—. Pero por suerte para usted, tengo una idea mejor que todos estos... —mira los papeles con diversión— análisis estratégicos del potencial romántico.

—Rosa —suspiro, pasándome una mano por el pelo—. Llevamos toda mi vida juntos. Creo que ya es hora de que me tutees siempre.

Ella me mira con esa mezcla de cariño y diversión que solo una persona que te ha visto crecer puede tener.

—Está bien... Alexander —dice, sentándose frente a mí—. Entonces tú también deja de tratarme como si fuera solo la empleada. Ambos sabemos que soy más que eso.

—Siempre has sido más que eso —admito suavemente—. Eres... eres familia.

—Y como familia —sonríe, empujando la taza de té hacia mí—, voy a decirte exactamente por qué todos estos planes tuyos son un desastre. Elena no necesita gráficos ni estrategias. Necesita momentos reales, Alexander. Como cuando dejaste que las niñas tomaran chocolate caliente después de la actuación.

Me hundo en mi silla, recordando la sonrisa de Elena en ese momento.

—¿Y qué sugieres?

Rosa sonríe, y hay un brillo en sus ojos que reconozco de todas las veces que ha tramado algo por mi bien.

—¿Qué te parece un fin de semana en la nieve? —propone—. Conozco una cabaña preciosa cerca de aquí. Las niñas nunca han estado en un lugar tan rural, Elena adora los momentos familiares, y tú... bueno, tú necesitas aprender a soltar un poco el control.

Me quedo mirando la taza de té, procesando sus palabras. Un fin de semana en la nieve... sin horarios estrictos, sin mi madre cerca, sin las expectativas de Manhattan.

—¿Una cabaña? —murmuro, y el pánico debe notarse en mi voz porque Rosa suelta otra risita.

—Sí, una cabaña. Con chimenea, vistas al lago, y lo más importante... —hace una pausa dramática— sin señal para que tu madre no pueda interrumpir.

—Pero las niñas... —me detengo, buscando excusas—. No están acostumbradas a...

—¿A divertirse? —me corta suavemente—. Como cuando Elena las dejó jugar en la nieve y tú... bueno, digamos que no fue tu momento más brillante.

Me encojo un poco ante el recuerdo.

—Eso fue...

—Un desastre —completa—. Pero ahora tienes la oportunidad de arreglarlo. De demostrarle a Elena que puedes ser más que el ejecutivo controlador que todos conocen. Que hay un hombre bajo toda esa armadura de Armani que es capaz de hacer ángeles de nieve con sus hijas.

—¿Ángeles de nieve? —repito, horrorizado—. Rosa, yo no...

—Tú sí —sonríe—. Porque si no recuerdo mal, cierto niño solía escabullirse al jardín después de las nevadas para hacer muñecos de nieve, aunque su madre insistiera en que no era apropiado para un Sterling.

Siento que me sonrojo. Había olvidado esos momentos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—El niño que fuiste sigue ahí, Alexander —su voz se suaviza—. Y creo que Elena lo ve. Es por eso que te mira como lo hace cuando cree que nadie la observa.

Esas palabras hacen que algo se remueva en mi pecho.

—¿Realmente crees que funcionaría? —pregunto, y odio lo vulnerable que suena mi voz.

—¿Un fin de semana donde puedas ser simplemente un padre con sus hijas? ¿Donde Elena pueda ver al hombre detrás del traje? —Rosa se levanta, recogiendo la taza vacía—. Creo que es mejor que cualquier presentación de PowerPoint.

El sonido de risas desde el pasillo nos interrumpe. Elena debe haber vuelto con las niñas de sus clases. Me enderezo instintivamente, como si ella pudiera ver a través de las paredes el desastre de papeles sobre mi escritorio.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto? —Rosa señala la matriz DAFO mientras recoge los últimos papeles—. Que mientras tú y el señor Wolfe planeaban estrategias empresariales para conquistarla, Elena ha estado toda la tarde enseñando a tus hijas villancicos en español.

Como para confirmar sus palabras, la voz de Sophie llega flotando desde el pasillo, cantando algo que suena a «Noche de Paz» con un acento terrible.

—Entonces... ¿la cabaña? —pregunto, intentando sonar casual y fallando miserablemente.

—Cuenta con que está reservada —Rosa me guiña un ojo mientras se dirige a la puerta—. Para este fin de semana.

—¿Qué? Pero yo no...

—A veces —me interrumpe con esa sonrisa que significa que ya ha decidido todo por mí—, necesitas que alguien más tome el control. Y ahora, si me disculpas, voy a asegurarme de que las niñas no le cuenten a su abuela sobre nuestros planes. No necesitamos otra... interferencia maternal.

La veo marcharse, llevándose consigo todos mis elaborados planes fallidos, y no puedo evitar sonreír. Un fin de semana en la nieve. Sin horarios. Sin expectativas. Solo nosotros.

Dios, ¿en qué me he metido?

CAPÍTULO 19

ELENA

La cocina huele a canela y chocolate mientras intento enseñar a las niñas a hacer galletas navideñas. Sophie tiene harina hasta en las pestañas, y Sarah está tomando notas meticulosas sobre las proporciones exactas de cada ingrediente en una libreta que ya tiene manchas de mantequilla en las esquinas.

—¿Así? —pregunta Sophie, sosteniendo el cortador de galletas como si fuera una espada.

—Con más delicadeza, cariño —río, guiando sus manos—. La masa no es el enemigo.

—Según mis cálculos —interviene Sarah, ajustándose las gafas que se le resbalan por la nariz—, si mantenemos una temperatura constante de...

El sonido de pasos firmes en el pasillo me hace contener la respiración. Reconocería ese ritmo en cualquier parte. Alexander. Y por el sonido de sus pisadas, viene con uno de sus propósitos «importantes».

Se detiene en la puerta de la cocina, y el aire cambia instantáneamente. Lleva el traje que me hace temblar las rodillas (aunque jamás lo admitiré en voz alta), pero su corbata está ligeramente torcida, un detalle tan impropio de él que me hace fruncir el ceño.

—Señorita Acosta —su voz suena formal, casi empresarial—. Necesito informarle sobre los planes para este fin de semana.

Contengo una sonrisa mientras limpio mis manos en el delantal. Cuando Alexander usa ese tono, el que reserva para juntas directivas y fusiones importantes, suele ser... interesante.

—¿Planes? —pregunto, notando cómo Sarah deja de escribir en su libreta para observarnos con atención.

—Sí —se aclara la garganta, como si estuviera a punto de presentar un informe trimestral—. He decidido que pasaremos el fin de semana en una cabaña en las montañas. Las cuatro. Los cuatro —se corrige rápidamente, y juraría que sus orejas se han puesto rojas—. Para... actividades recreativas en la nieve.

Sophie deja caer el cortador de galletas, que rebota en el suelo esparciendo harina por todas partes.

—¿Actividades recreativas? —repito, mordiéndome el labio para no reír—. ¿Es así como llamas a hacer muñecos de nieve?

—Yo... —por primera vez desde que lo conozco, Alexander Sterling parece quedarse sin palabras—. Es una propuesta de integración familiar en un entorno... alternativo.

—Alexander —digo suavemente, y noto cómo se tensa al oír su nombre—. ¿Me estás pidiendo que pase un fin de semana contigo y las niñas en una cabaña romántica en la nieve?

—¡Romántica! —exclama Sophie, saltando y esparciendo más harina—. ¿Como en las películas de Navidad?

—No es... —Alexander tira de su corbata ya torcida—. Es una propuesta puramente... profesional.

—Por supuesto —asiento con fingida seriedad—. ¿Y supongo que has preparado una presentación detallando los objetivos y expectativas de este... retiro profesional?

Alexander me lanza una mirada que podría intimidar a cualquier ejecutivo de Wall Street, pero que solo consigue que mi sonrisa se ensanche.

—He preparado un itinerario detallado —dice, sacando un papel doblado de su bolsillo—. Con horarios específicos para cada actividad y contingencias planificadas en caso de...

—¡Yo quiero hacer un iglú! —interrumpe Sophie, que ahora está prácticamente bailando alrededor de su padre, dejando un rastro de harina a su paso.

—Los iglús requieren una estructura arquitectónica compleja —interviene Sarah, que ya está dibujando algo que parece un plano en su libreta manchada—. Necesitaríamos calcular el ángulo exacto de cada bloque de nieve y...

—Niñas —la voz de Alexander intenta sonar firme, pero hay un temblor de pánico en ella—. Esto no es... hay un programa que seguir. Actividades organizadas y...

—¿Como hacer ángeles de nieve? —pregunto inocentemente, y juraría que lo veo palidecer.

—O podríamos tomar chocolate caliente junto a la chimenea —añade Sophie soñadoramente—. ¡Como una familia de verdad!

El silencio que sigue a sus palabras es denso. Alexander me mira, y por un momento veo algo vulnerable en sus ojos, algo que hace que mi corazón se acelere.

—¿Entonces? —pregunto suavemente, dando un paso hacia él—. ¿Es eso lo que quieres, Alexander? ¿Un fin de semana siendo... una familia de verdad?

Lo veo tragar saliva, su fachada de ejecutivo implacable agrietándose por un instante.

—Yo... —empieza, pero Sarah lo interrumpe.

—¿Podemos llevar el telescopio, papi? —sus ojos brillan con emoción científica—. En las montañas, sin las luces de la ciudad, podríamos ver las constelaciones que Elena me enseñó en el libro de astronomía.

—Y malvaviscos para el chocolate —añade Sophie, que ahora está intentando limpiar la harina del suelo, pero solo consigue extenderla más—. Rosa dice que no hay chocolate caliente de verdad sin malvaviscos.

Alexander parece momentáneamente abrumado por el entusiasmo de las niñas, y algo en mi pecho se derrite al verlo así, vulnerable y fuera de su elemento.

—El itinerario —murmura, mirando el papel en sus manos como si fuera un salvavidas—. Debemos mantener cierto orden...

—¿Sabes qué? —digo, quitándole suavemente el papel de las manos—. A veces los mejores momentos son los que no se pueden planificar.

Sus dedos rozan los míos cuando tomo el itinerario, y el contacto envía pequeñas descargas eléctricas por mi piel.

—¡Vamos a hacer las maletas! —exclama Sophie, y antes de que Alexander pueda protestar, ya está corriendo hacia la puerta, dejando un rastro de harina que haría desmayar a Elizabeth Sterling.

—Necesito calcular el volumen exacto de ropa de abrigo necesaria según las temperaturas previstas —murmura Sarah, siguiendo a su hermana con su libreta en mano.

Nos quedamos solos en la cocina, rodeados de masa de galletas a medio hacer y harina por todas partes. Alexander mira el desastre con una mezcla de horror y resignación que me hace sonreír.

—Entonces... —digo, volviendo a la masa de galletas—. ¿A qué hora salimos mañana?

—A las ocho en punto —responde automáticamente, y luego añade, más suave—. Si... si te parece bien.

Lo miro de reojo mientras moldeo otra galleta. Su corbata sigue torcida, y mis dedos pican con el deseo de arreglarla.

—¿Sabes? —murmuro—. Podrías habérmelo pedido como una persona normal. Sin itinerarios ni propuestas de integración familiar.

—Yo... —se pasa una mano por el pelo, desordenándolo—. No soy muy bueno en esto.

—¿En qué exactamente? —pregunto, y mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo—. ¿En pedir cosas? ¿O en permitirte ser feliz?

El sonido de algo rompiéndose en el piso de arriba, seguido de un «¡Lo siento!» a coro de las gemelas, rompe el momento.

Alexander cierra los ojos un instante, como reuniendo paciencia.

—Debería ir a... —señala hacia la puerta.

—Asegurarte de que tus hijas no estén guardando toda la casa —completo, volviendo a

concentrarme en las galletas—. Ve. Yo terminaré aquí.

Se detiene en la puerta un momento, como si quisiera decir algo más. El aire entre nosotros sigue cargado de todas las cosas no dichas.

—Elena... —empieza, pero otro estruendo lo interrumpe.

—¡Sarah dice que necesitamos equipo de supervivencia! —la voz de Sophie llega desde arriba.

—Ve —río suavemente—. Antes de que decidan llevar el laboratorio de ciencias completo.

Lo veo marcharse, su paso normalmente seguro ligeramente vacilante. Me quedo sola en la cocina, con el corazón todavía acelerado y la sensación de que este fin de semana podría cambiarlo todo.

La mañana siguiente es un caos... o lo sería si Alexander no estuviera supervisando cada detalle como si fuera una operación militar.

—El equipaje debe estar organizado por categorías —lo escucho instruir mientras bajo las escaleras con mi maleta—. Ropa de nieve, ropa interior, equipo de emergencia...

Me detengo en el último escalón, conteniendo una sonrisa. Está de pie en el vestíbulo, impecable en un sweater negro de cashmere que le sienta criminalmente bien, revisando una lista mientras las niñas intentan seguir sus instrucciones.

—¿El señor Sparkles cuenta como equipo esencial? —pregunta Sophie, abrazando su unicornio de peluche.

—Los peluches no están en la lista de elementos autorizados —responde Alexander sin levantar la vista de sus papeles.

—Pero es vital para mi estabilidad emocional —argumenta Sophie con una seriedad que solo puede haber aprendido de su hermana—. Sarah, díselo tú.

Sarah ajusta sus gafitas con aire profesional.

—Según mis investigaciones, el apoyo psicológico es fundamental en cualquier expedición...

Alexander levanta la vista al cielo, como pidiendo paciencia, pero veo cómo la comisura de sus labios tiembla ligeramente.

—Está bien —concede finalmente—. Un peluche por persona. Y debe ir en el compartimento designado para...

—¡Elena! —Sophie me ve y corre hacia mí—. ¿Has traído tu bufanda roja? Papi dice que todo debe hacer juego con el código de colores del equipaje.

Miro mi maleta, que definitivamente no sigue ningún código de colores, y luego a Alexander, que frunce el ceño al ver mi equipaje desorganizado.

—Señorita Acosta —su voz es puro ejecutivo Sterling—. Confío en que ha seguido la lista de elementos esenciales que le envié anoche.

—Por supuesto —sonrío dulcemente—. Está justo junto a tu presentación sobre actividades recreativas en la nieve.

Sus ojos se entrecierran, pero antes de que pueda responder, Rosa aparece con una cesta.

—Provisiones para el viaje —anuncia, guiñándome un ojo—. Y sí, señor Sterling, están organizadas por grupos alimenticios y orden alfabético.

El alivio en su rostro es casi cómico.

—El coche espera —anuncia, consultando su reloj—. Y vamos cuatro minutos tarde según el horario previsto.

Pongo los ojos en blanco, pero en el fondo me hace gracia que sea tan controlador.

El viaje transcurre entre villancicos en español mal pronunciados por Sophie y los datos estadísticos de Sarah sobre la formación de copos de nieve. Alexander mantiene su vista en la carretera, pero noto cómo me mira por el retrovisor cada vez que río con alguna ocurrencia de las niñas.

Cuando llegamos, el cielo está pintando de rosa y naranja. La cabaña aparece frente a nosotros

como una postal navideña: madera oscura y piedra natural, con grandes ventanales que reflejan la luz del sol poniente. El humo sale perezosamente de la chimenea, prometiendo calor y refugio.

—Es... perfecta —susurro, y por una vez, Alexander no intenta disimular su sonrisa satisfecha.

El interior es aún más impresionante. Techos altos con vigas de madera, una chimenea de piedra que domina la sala principal, y ventanales que ofrecen una vista espectacular del lago congelado y las montañas nevadas.

—¡Es como en las películas! —exclama Sophie, corriendo hacia los ventanales.

—La distribución térmica es fascinante —murmura Sarah, ya tomando notas en su libreta.

Alexander se acerca por detrás mientras observo la vista, y su presencia hace que toda mi piel cobre vida.

—Las habitaciones están arriba —su voz es grave, demasiado cerca de mi oído—. La tuya tiene vistas al lago.

Me giro para responderle y quedamos demasiado cerca. Su aroma me envuelve, y por un momento el mundo se reduce a sus ojos azules y al calor que irradia su cuerpo.

—¡Elena! —la voz de Sophie rompe el momento—. ¡Ven a ver mi habitación!

Subo las escaleras siguiendo a las niñas, demasiado consciente de la mirada de Alexander en mi espalda. Este fin de semana promete ser una dulce tortura.

Y algo me dice que él lo sabe perfectamente.

CAPÍTULO 20

ELENA

Los músculos me duelen dulcemente mientras me quito las botas de nieve. Hemos pasado toda la tarde construyendo lo que Sophie insiste en llamar «el castillo de hielo más grande del mundo», aunque en realidad es un montón de nieve con forma vagamente circular que Sarah ha intentado hacer estructuralmente estable mediante cálculos que solo ella entiende.

El fuego crepita en la chimenea, y el aroma a chocolate caliente flota desde la cocina donde las niñas intentan convencer a su padre de que necesitan malvaviscos extra. Sus risas mezcladas con la voz grave de Alexander negociando la cantidad exacta de dulces permitidos crean una atmósfera tan hogareña que hace que mi corazón se encoja.

Cierro los ojos y me permito descansar durante un rato.

—Deberías tomar un baño caliente.

La voz de Alexander me sobresalta. No lo he oído regresar de la cocina, pero ahí está, apoyado en el marco de la puerta con una elegancia casual que debería ser ilegal. Se ha cambiado el sweater mojado por una camisa negra que hace que sus ojos parezcan más azules, si eso es posible.

—¿Es una sugerencia o una orden, señor Sterling? —pregunto, arqueando una ceja.

—Una... recomendación —responde, y hay algo en su voz que hace que un escalofrío me recorra la espalda—. Ya he preparado el baño.

Lo miro sorprendida. ¿Alexander Sterling, el rey del control, preparando un baño para mí?

—¿Tú has...?

—Sígueme —dice simplemente, y comienza a subir las escaleras.

Lo sigo, demasiado intrigada para resistirme. Su presencia delante de mí es magnética; la forma en que se mueve, seguro y elegante, hace que sea imposible apartar la mirada.

Cuando abre la puerta del baño principal, el aroma a lavanda me golpea suavemente. La luz es tenue, proporcionada por velas estratégicamente colocadas. La bañera antigua de pies de garra está llena de agua humeante, y pequeños pétalos flotan en la superficie.

—Alexander... —susurro, abrumada por el detalle.

—Las sales son francesas —explica, como si estuviera presentando un informe empresarial, pero noto cierta tensión en su voz—. La temperatura del agua está exactamente a 39 grados. He calculado el tiempo óptimo de inmersión considerando...

—¿Has calculado mi tiempo de baño? —pregunto, conteniendo una sonrisa.

Se gira para mirarme y nos quedamos demasiado cerca en el espacio íntimo del baño. El vapor hace que algunos mechones de mi pelo se ricen alrededor de mi cara, y veo cómo sus ojos siguen el movimiento.

El aire entre nosotros se espesa, cargado de algo más denso que el vapor del agua. Me muerdo el labio, notando cómo sus ojos siguen el gesto.

—Debería... —su voz suena más ronca de lo normal—. Debería dejarte sola.

Pero no se mueve. Ninguno de los dos lo hace.

Con manos que tiemblan ligeramente, comienzo a desabrochar los botones de mi cardigan. El sonido de su respiración alterándose es apenas perceptible, pero en el silencio del baño resuena como un trueno.

—La temperatura del agua... —comienza, pero se detiene cuando dejo caer el cardigan al suelo.

—¿Bajará si esperamos demasiado? —pregunto suavemente, mis dedos jugando con el borde de mi camiseta.

Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos como si estuviera hipnotizado. Da un paso hacia mí, y el espacio entre nosotros se reduce a casi nada.

—Elena... —mi nombre en sus labios suena como una advertencia y una súplica al mismo tiempo.

Levanto los brazos lentamente, comenzando a quitarme el sweater, revelando centímetro a centímetro la piel que el vapor ya ha humedecido...

—Alexander... —susurro, notando cómo sus manos se mueven instintivamente hacia mí.

—¡Papi! —la voz de Sophie desde el pasillo rompe el momento como un cristal haciéndose añicos—. ¡Sarah dice que necesitamos hablar contigo!

Alexander cierra los ojos un momento, su mandíbula tensa. Cuando los abre de nuevo, hay una mezcla de frustración y resignación en ellos.

—Disfruta tu baño —dice con voz ronca, retrocediendo un paso—. Me ocuparé de las niñas.

—Gracias por... —gesticulo hacia la bañera, intentando recuperar la compostura—. Por todo esto.

Asiente una vez, sus ojos recorriéndome una última vez antes de girarse hacia la puerta.

—¡Papi! —la voz de Sarah se une a la de su hermana—. ¡Es importante!

Lo veo marcharse, su espalda rígida bajo la camisa negra. Cuando la puerta se cierra tras él, suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Me hundo en el agua caliente, dejando que el aroma a lavanda me envuelva. El contraste entre el calor del baño y el frío que aún siento en las mejillas es embriagador. Cierro los ojos, pero la imagen de Alexander mirándome mientras me desvestía está grabada en mis párpados.

Las velas parpadean suavemente, creando sombras danzantes en las paredes. Todo en este baño grita «Alexander»: la precisión en la temperatura, la elección exacta de las sales, incluso la disposición matemáticamente perfecta de las velas. Y, sin embargo, hay algo más... algo casi vulnerable en la forma en que lo preparó.

Desde abajo llegan las voces amortiguadas de las niñas y la suya, grave y profunda. El sonido me envuelve como una caricia, recordándome que estoy aquí, en esta cabaña de ensueño, con la familia que no debería desear como mía.

Porque eso es lo peligroso, ¿no? No es solo la atracción física, no es solo la forma en que su mirada hace que mi piel arda. Es lo fácil que sería enamorarme de todo esto. De las mañanas caóticas, de las risas de las niñas, de la forma en que él intenta mantener el control mientras todo se desmorona a su alrededor.

Me deslizo un poco más en el agua, dejando que cubra mis hombros. ¿Cuánto tiempo habrá pasado calculando la cantidad exacta de pétalos que flotarían perfectamente en la superficie? La idea me hace sonreír.

Este fin de semana va a ser mi perdición. Y lo peor es que ya no estoy segura de querer resistirme.

ALEXANDER

Bajo las escaleras intentando recuperar el control de mi respiración, de mis pensamientos, de la imagen de Elena desvistiéndose que parece grabada a fuego en mi mente. Las niñas me esperan en la sala, ambas en pijama, acurrucadas en el sofá frente a la chimenea.

—¿Un cuento antes de dormir? —pregunta Sophie esperanzada, abrazando su unicornio.

Me siento en el sillón frente a ellas, observándolas. Es extraño verlas así, tan pequeñas y vulnerables en sus pijamas, sin Elena mediando entre nosotros como siempre hace.

—Es tarde —respondo automáticamente, pero entonces recuerdo la promesa que me hice de intentarlo más—. Aunque supongo que uno corto...

Sarah se acurruca más cerca de su hermana, y hay algo en su expresión que me hace pensar que tienen algo en mente.

—¿Puede ser el de la familia de osos? —pide Sophie—. El que Elena nos lee siempre.

El nombre hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Elena lee mejor los cuentos —murmura Sarah—. Hace voces diferentes y todo.

—Yo también puedo hacer voces —me escucho decir, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

Sophie suelta una risita.

—¿Como cuando Elena hace de oso papá? —sus ojos brillan con diversión—. Ella dice que el oso papá es muy serio porque tiene que cuidar a toda su familia.

—Y siempre está preocupado por que todo esté perfecto —añade Sarah, mirándome con una intensidad que me recuerda demasiado a mí mismo—. Como tú, papi.

Me remuevo incómodo en el sillón. ¿Desde cuándo mis hijas son tan... perceptivas?

—El oso papá solo quiere que su familia esté segura —murmuro, más para mí que para ellas.

—Pero la mamá osa le enseña a divertirse —dice Sophie soñadoramente—. Como Elena nos enseña a nosotras. Y a ti también, papi.

Sarah asiente solemnemente.

—Desde que Elena está con nosotros, sonríes más.

El comentario me golpea con más fuerza de la que esperaba. ¿Realmente sonrío más? Intento mantener mi expresión neutral, pero algo debe delatarme porque Sophie se arrastra más cerca, sus ojos brillando con esperanza.

—Y ya no te enfadas cuando hacemos un poco de desorden —continúa, enfatizando el «poco» de una manera que me hace sospechar que tiene más que ver con el caos de harina en la cocina esta mañana.

—Y nos ayuda con el español —añade Sarah, siempre práctica—. La abuela dice que es importante mantener conexión con nuestras raíces culturales.

—Aunque la abuela no sonríe tanto cuando Elena está cerca —murmura Sophie, frunciendo el ceño.

Me tenso involuntariamente. La mención de mi madre y su evidente desaprobación hacia Elena es un territorio peligroso.

—Elena es... —empiezo, pero no sé cómo continuar. ¿Qué es Elena exactamente? ¿La niñera? ¿Algo más?

—Es como una mamá —dice Sophie suavemente, y el mundo parece detenerse por un momento—. Pero una de verdad. No como...

—Sophie —la advertencia en mi voz es automática, pero Sarah interviene.

—Es verdad, papi —su voz es sorprendentemente madura para sus ocho años—. Elena nos quiere. No como... no como ella.

El silencio que sigue es pesado. Me encuentro mirando el fuego, intentando ordenar mis pensamientos, mis emociones. Mis hijas, tan pequeñas y sin embargo tan perceptivas, esperan mi respuesta con esa mezcla de esperanza y vulnerabilidad que hace que mi pecho duela.

—Las cosas no son tan simples —digo finalmente, intentando mantener mi voz firme—. Elena tiene su propia vida, su trabajo en Madrid...

—Pero podría quedarse —insiste Sophie, aferrándose a su unicornio—. Podría ser nuestra familia de verdad.

—Ya somos una familia —respondo automáticamente, el discurso que me he repetido durante años—. No necesitamos...

—Papi —Sarah me interrumpe, y hay lágrimas contenidas en sus ojos—. ¿Sabes que Elena guarda todos nuestros dibujos? Los tiene en una carpeta especial. Y cuando estuve enferma, se quedó toda la noche conmigo, aunque tú no se lo pediste.

—Y me deja dormir con el señor Sparkles aunque no está en el horario aprobado —añade Sophie—. Y nunca, nunca nos mira como... como si fuéramos un inconveniente.

La última palabra, tan adulta en labios tan pequeños, me golpea como un puño físico. ¿Cuánto han entendido realmente mis hijas sobre Victoria, sobre su abandono?

Me levanto del sillón, necesitando moverme, hacer algo con esta emoción que amenaza con ahogarme. Mis hijas me siguen con la mirada, y por primera vez noto cuánto se parecen a mí en su manera de observar, de analizar.

—Papi —la voz de Sarah tiembla ligeramente—. Cuando Elena está con nosotros, es como... como si las piezas encajaran.

Sophie asiente vigorosamente.

—¡Como en los puzzles que hacemos! Cuando encuentras la pieza correcta, todo tiene sentido.

Me detengo frente a la chimenea, apoyando una mano en la repisa. El fuego calienta mi piel, pero el verdadero calor viene de las palabras de mis hijas, de esa verdad que han visto con la claridad que solo los niños poseen.

—¿Y si...? —Sophie duda, mordiéndose el labio—. ¿Y si le pides que se quede? Como el príncipe en los cuentos.

—La vida no es un cuento, Sophie —respondo, pero mi voz suena menos firme de lo que pretendo.

—Pero podría serlo —insiste Sarah, y hay tanta esperanza en su voz que hace que mi garganta se apriete—. Elena dice que a veces la magia está en las cosas simples. Como cuando hacemos galletas, o cuando nos lee cuentos, o cuando te hace sonreír sin que te des cuenta.

—Ya es hora de dormir —digo, intentando recuperar algo de control sobre la situación.

—Pero antes... —Sophie intercambia una mirada cómplice con su hermana—. Sarah y yo hemos estado pensando...

—Hemos desarrollado un plan —Sarah se endereza, ajustándose las gafitas—. Para ayudarte a conquistar a Elena.

Me atraganto con el aire.

—¿Un... plan?

—¡Sí! —Sophie da palmaditas emocionada—. Mañana, cuando vayamos a buscar el árbol de Navidad...

—¿Quién ha dicho que vamos a...?

—Elena dijo que nunca ha estado en una granja de árboles de Navidad —me interrumpe Sarah con ese tono que usa cuando está explicando algo obvio—. Y según mis investigaciones, es una actividad familiar tradicional que incrementa los niveles de oxitocina y...

—La hormona del amor —susurra Sophie teatralmente—. ¡Lo buscamos en Google!

Me paso una mano por el pelo, momentáneamente abrumado por la eficiencia de mis hijas.

—Niñas, esto no es...

—Papi —Sophie me mira con esos ojos que sabe que no puedo resistir—. ¿Confías en nosotras?

Y ahí estoy yo, Alexander Sterling, el terror de Wall Street, completamente desarmado por dos niñas de ocho años con un plan para conseguirme novia.

CAPÍTULO 21

ELENA

Algo es diferente esta mañana. Lo noto en la forma en que Alexander se mueve por la cocina mientras prepara el café, menos rígido, casi... relajado. Su habitual obsesión por el orden parece haber dado paso a una versión más suave de sí mismo, una que no se inmuta cuando Sophie derrama cereales por toda la mesa.

—No pasa nada, cariño —dice, y por un momento creo que he oído mal—. Solo son cereales.

Sarah, que estaba conteniendo la respiración esperando la habitual reprimenda sobre el orden durante el desayuno, intercambia una mirada sorprendida conmigo.

Lo observo mientras ayuda a Sophie a limpiar el desastre, y hay algo en la forma en que sonríe, en cómo sus ojos se suavizan cuando mira a sus hijas, que hace que mi corazón dé un vuelco traidor.

—¿Lista para elegir un árbol? —su voz me sobresalta, y me doy cuenta de que me ha pillado mirándolo.

—Yo... sí —respondo, intentando ignorar el calor que sube por mis mejillas—. Nunca he estado en una granja de árboles de Navidad.

—¡Es mágico! —exclama Sophie, que ya ha olvidado el incidente de los cereales—. Sarah ha investigado todo sobre los tipos de pinos y...

—La taxonomía de las coníferas es fascinante —interrumpe Sarah, ajustándose las gafitas—. Especialmente la diferencia entre el…

Me pierdo en la explicación científica de Sarah porque Alexander está... ¿sonriendo? No esa sonrisa contenida que a veces se le escapa, sino una genuina, que llega hasta sus ojos y hace que se le formen pequeñas arrugas en las comisuras.

Y es entonces cuando lo sé. Como un rayo cayendo en un día despejado, como una verdad que siempre ha estado ahí pero que no me había atrevido a nombrar.

Estoy enamorada de Alexander Sterling.

No del empresario implacable, no del millonario de Manhattan, sino de este hombre que intenta ser mejor por sus hijas. Que aprende a reír con el caos en vez de controlarlo.

—Elena —la voz de Sophie me devuelve a la realidad—. ¿Nos ayudas a ponernos los abrigos?

Las niñas están sospechosamente organizadas esta mañana. Nada de la usual batalla por encontrar guantes perdidos o discusiones sobre qué bufanda llevar. Es casi como si...

—Todo está preparado —declara Sarah con una eficiencia que me recuerda demasiado a su padre—. Incluso he hecho una lista de criterios para seleccionar el árbol perfecto.

Alexander me mira por encima de su taza de café, y hay algo en sus ojos, un brillo de diversión y algo más profundo que hace que mi estómago dé un vuelco.

¿Qué están tramando?

La granja de árboles es como un cuento de Navidad cobrado vida. La nieve cruje bajo nuestros pies mientras caminamos entre hileras de pinos perfectos, y el aire huele a resina y a promesas invernales. Pequeños copos de nieve comienzan a caer, quedándose atrapados en las pestañas de las niñas.

Alexander camina a mi lado, tan cerca que nuestros brazos se rozan ocasionalmente. Ha dejado su traje de ejecutivo en Manhattan, y verlo así, en jeans y un sweater de cashmere, intentando ser normal por sus hijas, hace que algo se derrita dentro de mí.

—¡Mira ese! —Sophie señala cada árbol que ve, corriendo de uno a otro con la energía infinita que la caracteriza—. ¡No, ese! ¡No, mejor aquel!

Sarah sigue nuestros pasos más comedida, consultando su libreta donde ha anotado meticulosamente todos los requisitos que debe cumplir el árbol perfecto.

—La altura debe ser proporcional al espacio disponible —murmura, ajustándose las gafitas empañadas por el frío—. Y las ramas deben tener la resistencia adecuada para soportar el peso de las luces y...

—Sarah, cariño —Alexander la interrumpe con una suavidad que me sorprende—. A veces el árbol perfecto no es el que cumple todas las especificaciones técnicas.

Me giro a mirarlo, sorprendida por sus palabras. ¿Este es el mismo hombre que tiene un manual de procedimientos para doblar las toallas?

El viento trae el sonido de villancicos lejanos; debe haber altavoces ocultos entre los árboles. Sophie comienza a tararear «Jingle Bells» mientras da vueltas con los brazos extendidos, atrapando copos de nieve con la lengua.

—Con cuidado, vas a... —empiezo cuando tropieza, pero Alexander ya está ahí, atrapándola con una agilidad que me sorprende.

—¡Ups! —ríe Sophie en brazos de su padre—. ¡La nieve me hizo bailar!

—La nieve no tiene propiedades coreográficas —corrige Sarah, pero hay una sonrisa en sus labios mientras dibuja algo en su libreta—. Aunque el índice de resbalamiento en superficies nevadas...

Alexander deposita a Sophie con cuidado y, por un momento, lo veo como realmente es: un padre que ama a sus hijas más que a nada en el mundo. No el empresario, no el millonario, solo un padre intentando hacer felices a sus pequeñas.

—¿Tienes frío? —su voz me sobresalta. Está tan cerca que puedo oler su *aftershave* mezclado con el aroma a pino—. Estás temblando.

—No, yo... —pero mi voz se corta cuando sus manos, sorprendentemente cálidas, ajustan mi bufanda.

—Elena siempre tiene frío —informa Sophie con aire conocedor—. Por eso le gusta tanto el chocolate caliente. ¿Verdad, Sarah?

Sarah asiente solemnemente.

—Es una respuesta termorregulatoria natural. Como cuando los osos...

—¡Oh! —Sophie interrumpe de repente—. ¡Creo que he visto el árbol perfecto por allá! ¡Ven, Sarah!

Y antes de que pueda parpadear, las niñas han desaparecido entre los árboles, dejándonos solos. Demasiado solos.

El silencio entre nosotros está cargado de algo que no me atrevo a nombrar. Los copos de nieve siguen cayendo suavemente, y uno se posa en la mejilla de Alexander. Sin pensarlo, levanto la mano para apartarlo.

El contacto dura apenas un segundo, pero siento cómo contiene la respiración. Sus ojos, de ese azul imposible, se oscurecen ligeramente.

El momento parece detenerse en el tiempo. Dilatarse hasta que parece una eternidad y a la vez no el suficiente.

—¡Papi! ¡Elena! —la voz de Sophie nos llega desde algún lugar entre los árboles rompiendo el momento en el que nos habíamos quedado atascados—. ¡Lo encontramos!

Seguimos la voz de las niñas, y noto que Alexander camina más cerca de mí que antes, como si el breve momento que acabamos de compartir hubiera derribado alguna barrera invisible.

El árbol que han encontrado está en un pequeño claro. Es hermoso, sí, pero lo que me hace contener el aliento es la forma en que la luz se filtra entre sus ramas, creando un juego de luces y sombras sobre la nieve.

—Es perfecto —declara Sarah, ajustándose las gafitas—. Cumple todos los requisitos técnicos y además... —duda un momento, como buscando las palabras correctas—. Además, es bonito.

—Muy bonito —coincide Sophie, pero hay algo en su tono, una nota traviesa que me hace sospechar—. ¡Oh! ¡Mirad esa rama!

ALEXANDER

El corazón me da un vuelco cuando veo el muérdago colgando. Está atado con una cinta roja perfectamente anudada y, por la mirada de complicidad que intercambian mis hijas, sé exactamente quién lo ha puesto ahí.

«Tranquilo, papi», articula Sophie sin sonido, guiñándome un ojo. «Lo tenemos todo controlado.»

Sarah se aclara la garganta con aire académico.

—¿Sabíais que la tradición del muérdago se remonta a la mitología nórdica? —comienza, en ese tono que usa cuando está a punto de dar una clase improvisada—. Según la costumbre, cuando dos personas se encuentran bajo él...

Elena observa el muérdago y luego me mira a mí. Sus mejillas están sonrojadas por el frío, y hay copos de nieve atrapados en sus pestañas. Nunca ha estado más hermosa que en este momento, rodeada de nieve y luz invernal.

—Yo... —empieza ella, pero su voz tiembla ligeramente.

—Es tradición —murmura Sophie con un aire inocente que no engaña a nadie—. Y las tradiciones navideñas son muy importantes, ¿verdad, Sarah?

—Según mis investigaciones, ignorar una tradición navideña puede resultar en una disminución significativa del espíritu festivo.

No puedo evitar sonreír. Mis pequeñas conspiradoras han pensado en todo.

Me acerco a Elena lentamente, dándole tiempo para retroceder si quiere. Pero no lo hace. Se queda ahí, con los copos de nieve derritiéndose en su pelo y sus ojos color miel brillando con una mezcla de nerviosismo y anticipación.

Levanto una mano para acunar su mejilla, y ella se inclina instintivamente hacia mi tacto. Su piel está fría por el aire invernal, pero sus labios entreabiertos prometen calor.

—Alexander... —susurra, y la forma en que dice mi nombre hace que todo mi cuerpo vibre.

—Papá —la voz impaciente de Sophie nos sobresalta—, ¡se supone que tienes que besarla!

—La tradición es muy específica al respecto —añade Sarah con seriedad científica.

Una risa suave escapa de los labios de Elena, y ese sonido rompe mis últimas defensas. Me inclino y capturo sus labios con los míos.

El beso es suave al principio, casi tímido. Pero cuando ella suspira contra mi boca y sus manos se aferran a mi sweater, algo dentro de mí se desata. Profundizo el beso, saboreando el ligero toque a chocolate caliente en sus labios, embriagándome con su cercanía.

El sonido de aplausos y risitas emocionadas nos devuelve a la realidad. Cuando nos separamos, Elena esconde su rostro sonrojado en mi pecho, y no puedo evitar estrecharla más cerca.

—¡Funcionó! —exclama Sophie, dando saltitos en la nieve—. ¡El plan funcionó!

—Por supuesto que funcionó —responde Sarah con aire satisfecho—. La probabilidad de éxito era del 98.7% considerando todas las variables.

Elena levanta la cabeza para mirarme, una sonrisa tímida jugando en sus labios.

—¿Tus hijas planearon esto? —susurra.

—Mis hijas —murmuro contra su pelo— son mucho más astutas de lo que les conviene.

—Y más eficientes —añado, notando ahora la perfecta posición del muérdago, la forma en que nos han guiado exactamente a este claro—. Han heredado el gen Sterling para la planificación estratégica.

Elena ríe contra mi pecho, y el sonido hace que algo se derrita dentro de mí.

—¡Ahora podemos cortar el árbol! —exclama Sophie, aparentemente satisfecha con su labor de Cupido—. Y después chocolate caliente, ¿verdad?

—Primero debemos asegurarnos de que el ángulo de corte sea el correcto —interviene Sarah, ya sacando su libreta—. La estabilidad del árbol depende de una base perfectamente nivelada.

Elena se separa ligeramente de mí, pero mantengo mi brazo alrededor de su cintura. No estoy preparado para perder este contacto todavía. Ella me mira, y hay algo en sus ojos, una mezcla de ternura y promesa que hace que mi corazón se acelere.

—Supongo que deberíamos ocuparnos del árbol —murmura, pero no hace ningún intento de alejarse.

—Supongo que sí —respondo, aunque lo único que quiero es besarla de nuevo.

La nieve sigue cayendo suavemente a nuestro alrededor, y por primera vez en años, siento que todo está exactamente como debe estar. Mis hijas parloteando sobre ángulos y tradiciones navideñas, Elena en mis brazos, y la certeza de que esta noche, cuando las niñas estén dormidas...

—¡Papi! —la voz de Sophie interrumpe mis pensamientos—. ¿Podemos poner el árbol junto a la chimenea? Sarah dice que es el lugar óptimo para la distribución del calor, pero yo creo que es porque se ve más bonito con las luces del fuego.

Elena me mira y hay una chispa de diversión en sus ojos.

—¿Qué opina el señor Sterling sobre la ubicación óptima del árbol navideño?

—El señor Sterling —respondo, apretando suavemente su cintura— está aprendiendo que algunos planes son mejores cuando se improvisan.

Y por la forma en que sus ojos brillan, sé que entiende que no estoy hablando solo del árbol.

CAPÍTULO 22

ELENA

La cabaña está en silencio. Las niñas, agotadas después de un día de aventuras en la nieve, se han dormido casi al instante después de cenar. Solo el crepitar del fuego en la chimenea rompe la quietud de la noche.

Me encuentro en la sala, observando los copos de nieve caer al otro lado de los ventanales. El árbol que elegimos está junto a la chimenea, aún sin decorar, su silueta proyectando sombras danzantes en las paredes.

Siento su presencia antes de oírlo. Es como si el aire se espesara, cargándose de electricidad. Sus pasos son silenciosos sobre la alfombra, pero cada fibra de mi cuerpo es consciente de su proximidad.

—Las niñas están dormidas —su voz es grave, más ronca de lo habitual.

Me giro lentamente. Alexander está de pie junto a la chimenea, la luz del fuego jugando con sus rasgos. Se ha quitado el sweater y la camisa blanca que lleva tiene los primeros botones desabrochados. Hay algo primitivo en la forma en que me mira, como un depredador contenido.

—Alexander... —susurro, y el nombre sale de mi boca como una caricia.

Se acerca despacio, cada paso medido y deliberado. La luz del fuego proyecta su sombra sobre mí mientras avanza, y contengo la respiración cuando se detiene a un palmo de distancia. Tan cerca que puedo oler su perfume mezclado con el aroma a pino que aún permanece en su piel del paseo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo tenerte así? —murmura, levantando una mano para rozar mi mejilla con sus nudillos—. ¿Sola? ¿Sin interrupciones?

Su tacto es suave, casi reverente, pero hay una intensidad en sus ojos que promete algo más oscuro, más primitivo. Me estremezco cuando sus dedos trazan un camino desde mi mejilla hasta mi cuello, deteniéndose donde mi pulso late desbocado.

—Desde el primer día —continúa, su voz más grave, más profunda—. Desde que te vi en ese ascensor, toda sonrojada y nerviosa.

Su mano se desliza hasta mi nuca, enredándose en mi pelo. No me toca en ningún otro sitio, pero la anticipación hace que toda mi piel cobre vida.

—Alexander... —intento hablar, pero él niega suavemente con la cabeza.

—Shh... —su pulgar roza mi labio inferior—. Déjame mirarte. He soñado con este momento...

Su otra mano encuentra mi cintura, y el calor de su palma traspasa la tela fina de mi blusa. Me atrae hacia él con una lentitud tortuosa, hasta que nuestros cuerpos se rozan. El contraste entre la suavidad de su tacto y la tensión que vibra en sus músculos me hace temblar.

—Cada noche —susurra contra mi sien, sus labios apenas rozando mi piel—, cuando te escuchaba arrullar a las niñas, cuando te veía descalza en la cocina... —su agarre se tensa ligeramente —. Has estado volviéndome loco.

Su confesión hace que algo se derrita dentro de mí. Levanto la mirada y encuentro sus ojos oscurecidos por el deseo, el azul casi negro en la penumbra.

—Tú también me has estado volviendo loca —admito en un susurro.

Un gruñido bajo escapa de su garganta. Su mano en mi pelo tira suavemente, inclinando mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello a sus labios.

—Dime que me detenga —murmura contra mi piel, su aliento cálido enviando escalofríos por mi columna—. Dime que pare ahora, porque en un minuto no podré...

Como respuesta, mis manos encuentran los botones de su camisa.

Sus dedos se entrelazan con los míos, deteniendo mi avance en los botones.

—No tan rápido —su voz es terciopelo oscuro—. Quiero tomarme mi tiempo contigo.

La forma en que lo dice, el control en cada sílaba, hace que mis rodillas tiemblen. Me guía hacia atrás hasta que mi espalda encuentra la pared junto a la chimenea. El contraste entre el frío del muro y el calor que irradia su cuerpo me arranca un suspiro.

—Quiero memorizar cada expresión —murmura, sus labios rozando mi mandíbula—. Cada sonido que haces cuando te toco.

Su mano libre traza un camino por mi costado, tan suave que casi duele.

—Alexander... —mi voz suena necesitada incluso para mis propios oídos.

—Di mi nombre otra vez —ordena suavemente contra mi cuello.

ALEXANDER

La forma en que dice mi nombre, como una súplica mezclada con deseo, hace que mi control se tambalee. La tengo contra la pared, su cuerpo temblando bajo mis manos, y nunca me he sentido más poderoso... ni más vulnerable.

—Mírame —ordeno suavemente, esperando hasta que sus ojos color miel encuentran los míos —. Quiero que entiendas algo: esta noche vas a ser mía. Completamente mía.

Un suave gemido escapa de sus labios, y la forma en que se estremece ante mis palabras me vuelve loco. Deslizo una mano por su cuello, sintiendo su pulso acelerado bajo mis dedos.

—¿Entiendes lo que eso significa? —murmuro contra su oído—. ¿Entiendes que voy a tomar el control?

—Sí... —susurra, y la confianza en su voz hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Voy a llevarte arriba —mi voz es baja, controlada—. Y voy a demostrarte todas las formas en las que he imaginado hacerte mía durante estas semanas.

Sus ojos se oscurecen con deseo, y el pequeño temblor que recorre su cuerpo me dice que mis palabras han dado en el blanco.

La tomo de la mano y la guío hacia las escaleras. Cada paso es una tortura dulce, sintiendo su presencia detrás de mí, su respiración ligeramente alterada.

En mi habitación, la luz de la luna se filtra por los ventanales, bañando su piel en plata cuando se gira hacia mí. Es una visión que he imaginado mil veces, pero la realidad supera cualquier fantasía.

—Date la vuelta —ordeno suavemente.

Obedece sin dudar, y esa confianza ciega hace que mi sangre hierva. Me acerco por detrás, apartando su pelo para exponer su nuca. Mis labios encuentran el punto sensible bajo su oreja.

—Voy a tomar lo que es mío —susurro contra su piel—. Y tú vas a dejarme.

Mis manos recorren sus costados con deliberada lentitud, memorizando cada curva. Su piel es como seda bajo mis dedos, y cuando encuentra el cierre de su blusa, ella contiene la respiración.

—He soñado con esto —murmuro contra su cuello mientras mis dedos trabajan en los botones —. Con descubrirte poco a poco. Con hacerte temblar.

La blusa cae al suelo con un susurro de tela. La visión de su piel desnuda bajo la luz de la luna hace que mi control se tambalee.

—Tan hermosa —gruño, mis manos trazando patrones en su piel expuesta—. Y esta noche... — mis dientes rozan su hombro— voy a adorar cada centímetro.

Elena se arquea contra mí cuando mis manos encuentran sus pechos, un gemido suave escapando de sus labios.

—Alexander... por favor...

—¿Por favor qué? —presiono, mi voz ronca por el deseo—. Dime exactamente qué quieres.

La giro bruscamente para enfrentarla, necesitando ver su rostro. Sus ojos están oscuros de deseo, sus labios entreabiertos, y la visión hace que algo primitivo se despierte en mí.

—No tienes idea de lo que me haces —gruño, acorralándola contra la pared. Mis labios encuentran su cuello mientras mis manos exploran su cuerpo con urgencia contenida—. Las noches

que he pasado imaginando esto...

Su piel es como seda bajo mis dedos, y cada pequeño gemido que escapa de sus labios me vuelve más salvaje. Cuando la levanto, ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura instintivamente, y el movimiento nos arranca un gemido a ambos.

—Mírame —ordeno, esperando hasta que sus ojos encuentran los míos—. Quiero ver tu rostro cuando te haga mía.

Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando suavemente, y ese pequeño acto de rebeldía hace que algo primitivo ruja en mi interior. La llevo hasta la cama, depositándola con una mezcla de posesividad y reverencia.

—Esta noche —murmuro contra su piel mientras mis manos trazan caminos de fuego por su cuerpo—, voy a mostrarte exactamente lo que me has estado haciendo desde el primer día.

Mis manos recorren su cuerpo con adoración posesiva, memorizando cada curva, cada temblor. El contraste de su piel clara contra las sábanas oscuras me vuelve loco. Su pelo esparcido sobre la almohada como un halo oscuro es una visión que quedará grabada en mi memoria para siempre.

—Tan hermosa —gruño mientras mis labios trazan un camino ardiente por su cuello. Mis dientes rozan su pulso acelerado.

Sus manos luchan con mi camisa, desesperadas por tocar piel, y el sonido de frustración que hace cuando no puede con los botones me arranca una sonrisa depredadora.

—Paciencia —susurro contra su oído, capturando sus muñecas con una mano y manteniéndolas sobre su cabeza—. Voy a tomar lo que quiero... como quiero... cuando quiero.

El gemido que escapa de sus labios ante mis palabras hace que mi control se tambalee peligrosamente.

Me deshago de mi camisa de un movimiento y capturo sus labios en un beso profundo, dominante. La sensación de su piel desnuda contra la mía es embriagadora. Cada centímetro que descubro arranca pequeños gemidos de sus labios que me vuelven loco.

Mis manos recorren su cuerpo con reverencia posesiva mientras mis labios trazan un camino ardiente por su cuello, su clavícula, descendiendo más abajo. La forma en que arquea su espalda, buscando más contacto, me hace gruñir contra su piel.

—Tan sensible —murmuro, deleitándome con cada temblor que provoco—. Tan receptiva a mi tacto...

Sus manos se aferran a mis hombros cuando mi boca encuentra lugares más íntimos, y los sonidos que hace son pura música. La siento temblar bajo mis caricias, al borde del abismo.

—Aún no puedes correrte —ordeno, deteniendo su placer—. No hasta que yo lo diga.

Sus ojos me miran suplicantes cuando me incorporo sobre ella. Cada músculo de mi cuerpo está tenso por el esfuerzo de mantener el control.

—Por favor... —susurra, sus manos intentando atraerme hacia ella.

—Dime qué quieres —exijo, mi voz ronca de deseo mientras me posiciono entre sus piernas—. Necesito oírte decirlo.

Sus caderas se mueven contra las mías, buscando contacto, y tengo que cerrar los ojos un momento para no perder el control.

—A ti —gime—. Te quiero a ti, Alexander.

La forma en que dice mi nombre, mezclado con deseo y necesidad, hace que algo primitivo se despierte en mí. Cuando finalmente me meto dentro de su cuerpo, el placer es tan intenso que tengo que detenerme un momento, enterrando mi rostro en su cuello.

—Tan perfecta —gruño contra su piel mientras empiezo a moverme lentamente—. Tan mía…

Sus manos recorren mi espalda mientras establezco un ritmo lento, controlado. Cada estocada está calculada para llevarla al límite. Quiero que esta noche sea inolvidable.

—Mírame —ordeno suavemente, necesitando ver sus ojos—. Quiero ver cada expresión.

La forma en que responde a cada uno de mis envites, cómo sus ojos se oscurecen de placer, me

vuelve loco. El control que siempre he mantenido en mi vida se desvanece con cada suspiro que escapa de sus labios.

—Alexander... —su voz tiembla mientras se aferra a mis hombros.

—Lo sé, preciosa —murmuro contra su cuello—. Lo sé...

Sus manos se aferran a mis hombros mientras nuestros movimientos se vuelven más intensos. La habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y susurros de mi nombre.

—Déjate ir —susurro contra su oído—. Quiero verte.

Cuando finalmente alcanza el clímax, la visión de su rostro en éxtasis me lleva al límite. Gruño su nombre mientras el placer nos consume a ambos, y por un momento perfecto, el mundo se reduce a nosotros dos.

Me derrumbo sobre ella, nuestros corazones latiendo al unísono. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi espalda mientras recuperamos el aliento.

La luz de la luna nos baña, creando sombras suaves sobre su piel. Nunca me había sentido tan en paz.

Me incorporo ligeramente, apoyándome en mis antebrazos para no aplastarla con mi peso. Sus ojos están somnolientos, satisfechos, y hay un rubor en sus mejillas que la hace parecer más hermosa que nunca.

El fuego en la chimenea se ha reducido a brasas, bañando la habitación en un resplandor dorado. Fuera, la nieve sigue cayendo en silencio, aislándonos del mundo exterior en nuestra propia burbuja de intimidad.

No intercambiamos palabras; no son necesarias. El silencio entre nosotros está cargado de promesas no dichas, de deseos apenas saciados. Sé que esta noche ha cambiado todo, pero esos pensamientos pueden esperar hasta mañana.

Por ahora, me contento con observar cómo sus ojos se cierran lentamente mientras el sueño la reclama. La atraigo más cerca, cubriendo nuestros cuerpos con las sábanas, y por primera vez en años, me permito dormir sin preocuparme por el control, por el mañana, por nada más que este momento perfecto.

CAPÍTULO 23

ELENA

—¡Lo sabía! —Valeria prácticamente grita en medio del café, haciendo que varias cabezas se giren hacia nosotras—. ¡Solo hay que ver cómo brillas!

Me hundo en mi silla, intentando hacerme invisible mientras mi hermana me mira con una mezcla de satisfacción y curiosidad.

—Val, por favor... —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír—. La mitad de Manhattan te ha oído.

—¿Y? —arquea una ceja mientras acaricia distraídamente su vientre cada vez más notorio—. Cuéntamelo todo. ¿Fue en la cabaña? Por supuesto que fue en la cabaña. Dominic y yo apostamos...

—¿Tú y Dominic qué? —casi me atraganto con mi café.

—Oh, vamos —Valeria rueda los ojos—. ¿Crees que no notamos la tensión entre vosotros? Era cuestión de tiempo. Aunque debo admitir que las niñas ayudaron bastante con su plan del muérdago...

—¿Tú sabías lo del muérdago? —siento que me sonrojo hasta las orejas.

—Por supuesto que no —ríe—. Pero Sarah me lo ha contado todo esta mañana. Esa niña tiene un don para la planificación estratégica que da miedo.

Me quedo en silencio un momento, jugando con la cucharilla de mi café. ¿Cómo explicarle que no fue solo sexo? Que la forma en que Alexander me tocó, cómo me miraba...

—Fue... —me detengo, buscando las palabras—. Fue perfecto, Val. La manera en que me miraba, como si fuera lo único que existiera en el mundo. Y después...

—¿Después?

—Quiso que me quedase —susurro, y siento que mi corazón se acelera solo de recordarlo—. No quiso que me fuese a mi habitación, no puso excusas. Solo... me abrazó y nos quedamos dormidos.

Valeria me observa con una sonrisa suave, casi maternal.

—Estás enamorada de él —no es una pregunta.

—Estoy aterrada —admito finalmente—. Porque sí, estoy completamente enamorada de él. Y de las niñas. Y de esta vida que parece demasiado perfecta para ser real.

—Elena... —Valeria toma mi mano sobre la mesa—. A veces las cosas buenas simplemente pasan. No todo tiene que ser complicado.

—Dice la mujer que se casó con Dominic Wolfe después de firmar un contrato —bromeo, intentando aligerar el momento.

—Exacto —ríe—. Y mírame ahora: casada, embarazada y ridículamente feliz. A veces el amor llega de las formas más inesperadas.

La observo mientras sorbe su té descafeinado, y no puedo evitar preguntarme si tendré la misma suerte que ella. Si esto que tengo con Alexander podrá ser algo más que momentos robados y pasión a escondidas.

Por eso es lo que hacemos. Robar momentos. Como esa misma noche.

El reloj marca las dos de la madrugada cuando escucho el suave clic de mi puerta al abrirse. No necesito girarme para saber que es él; reconocería el sonido de sus pasos en cualquier parte.

—Deberías estar dormida —su voz grave envía escalofríos por mi columna mientras se acerca a mi cama.

—Deberías estar en tu habitación —respondo, pero mi cuerpo ya está reaccionando a su presencia.

Alexander se sienta en el borde de mi cama, y el colchón se hunde bajo su peso. Lleva solo el pantalón del pijama, y la luz de la luna que se filtra por la ventana dibuja sombras tentadoras en su

torso desnudo.

—No podía dormir —murmura, sus dedos trazando patrones en mi brazo expuesto—. No dejo de pensar en la cabaña.

Me giro para mirarlo y la intensidad en sus ojos hace que mi respiración se entrecorte.

—Las niñas... —empiezo, pero él me silencia con un dedo sobre mis labios.

—Están profundamente dormidas —su mano se desliza por mi cuello—. Pero tendremos que ser silenciosos.

La promesa en sus palabras hace que todo mi cuerpo se encienda. Sus labios encuentran mi cuello mientras su mano se desliza bajo mi camisón.

—Alexander... —susurro, intentando mantener mi voz baja cuando sus dedos encuentran piel desnuda.

—Shh... —murmura contra mi piel—. No queremos despertar a nadie, ¿verdad?

El peligro de ser descubiertos añade una nueva capa de excitación. Cada sonido parece amplificado en el silencio de la noche: el susurro de las sábanas, nuestras respiraciones entrecortadas, el suave gemido que no puedo contener cuando su boca encuentra mi pecho.

Sus movimientos son más urgentes que en la cabaña, como si las horas separados hubieran alimentado un fuego que no puede ser contenido. Mis manos recorren su espalda, sintiendo sus músculos tensarse bajo mis dedos.

—Te necesito —gruñe contra mi oído, y el sonido hace que mi cuerpo se arquee hacia él.

El silencio de la mansión nos envuelve mientras nuestros cuerpos se encuentran en la oscuridad. Cada movimiento es medido, cada sonido ahogado contra la piel del otro. Es una dulce tortura, tener que contener los gemidos que quieren escapar de mis labios.

Un crujido en el pasillo nos paraliza por un momento. Contenemos la respiración, nuestros cuerpos aún unidos, hasta que el sonido de pasos pequeños se aleja hacia el baño.

—No te muevas —susurra Alexander contra mi cuello, y la tensión del momento solo intensifica cada sensación.

Cuando estamos seguros de que el peligro ha pasado, sus movimientos se reanudan, más intensos que antes. La adrenalina del casi descubrimiento se mezcla con el placer, llevándonos al límite.

Muerdo su hombro para ahogar mi gemido cuando el clímax me alcanza, y siento cómo él me sigue segundos después, su cuerpo temblando contra el mío.

Nos quedamos así un momento, recuperando el aliento, hasta que otro sonido en el pasillo nos recuerda dónde estamos.

—Debería irme —murmura contra mi pelo, pero no hace ademán de moverse.

—Deberías —coincido, aunque mis brazos se niegan a soltarlo.

Finalmente se levanta, y la pérdida de su calor me hace estremecer. Lo observo mientras se viste en silencio, sus movimientos precisos incluso en la penumbra.

Se inclina para darme un último beso, profundo y prometedor.

—Hasta mañana —susurra contra mis labios antes de desaparecer tan silenciosamente como llegó.

Me quedo mirando la puerta cerrada, mi cuerpo aun vibrando con el recuerdo de sus caricias, preguntándome cuánto tiempo podremos mantener este dulce secreto.

ALEXANDER

Levanto la vista de los contratos cuando Roberts anuncia por el intercomunicador:

—Señor Sterling, la señorita Acosta está aquí. Dice que necesita su firma para el campamento de Navidad de las niñas.

Mi pulso se acelera instantáneamente. El campamento de Navidad es en dos semanas, la

autorización podría haber esperado, y ambos lo sabemos.

—Hazla pasar.

Elena entra en mi despacho, toda profesionalidad con su falda lápiz y blusa de seda. Verla así, tan formal cuando hace solo unas horas la tenía desnuda en mi cama, hace que mi sangre hierva.

—El formulario de inscripción necesita su firma —explica, acercándose a mi escritorio—. Sarah está muy ilusionada con el programa de ciencias que ofrecen.

Espero a que cierre la puerta antes de levantarme. Su perfume me envuelve mientras se acerca, y noto cómo contiene la respiración cuando rodeo el escritorio para encontrarme con ella.

—¿Has venido solo por una firma? —pregunto, mi voz deliberadamente baja.

—Sophie insistió en que era urgente —responde, y el ligero temblor en su voz me dice que no es toda la verdad.

La tomo del brazo y la guío hacia mi baño privado. En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, la empujo contra ella, devorando sus labios como he estado deseando hacer desde que la vi esta mañana en el desayuno.

—Te has puesto esta falda a propósito —gruño contra su cuello mientras mis manos suben por sus muslos—. Sabías que vendría a la oficina y te has puesto la que me vuelve loco.

Sus dedos se enredan en mi pelo cuando mis labios encuentran ese punto sensible bajo su oreja. El gemido que intenta contener me hace sonreír contra su piel.

—Alexander... —susurra—. Tu próxima reunión...

—Pueden esperar —la corto, levantándola para que envuelva sus piernas alrededor de mi cintura —. Esto no.

El intercomunicador suena distante, pero lo ignoro. Elena intenta protestar, pero silencio sus palabras con un beso profundo, dominante. Sus manos luchan con mi corbata mientras las mías encuentran el borde de su ropa interior.

—Señor Sterling —la voz de Roberts suena amortiguada—. Los inversores japoneses...

—Tenemos exactamente cinco minutos —murmuro contra sus labios mientras mis dedos la provocan—. Y pienso aprovechar cada segundo.

La urgencia de nuestros movimientos solo intensifica el momento.

—Por favor... —suplica ella cuando mis dedos encuentran ese punto que la hace temblar.

La penetro de una sola embestida, ahogando su gemido con mi boca. Sus uñas se clavan en mis hombros a través de la camisa mientras establezco un ritmo rápido, urgente.

El intercomunicador suena de nuevo, pero el sonido solo nos excita más. Elena muerde mi hombro para contener sus gemidos, y la sensación me vuelve loco.

Cuando el clímax nos alcanza, es intenso y simultáneo. Nos quedamos así un momento, jadeando, hasta que la realidad vuelve a golpearnos.

—Tu reunión... —murmura ella mientras se arregla la ropa con manos temblorosas.

—Valía la pena el retraso —respondo, robándole un último beso antes de ajustarme la corbata.

La observo salir primero, su falda perfectamente alisada pero sus mejillas sonrojadas delatando lo que acabamos de hacer. Y aunque sé que debería concentrarme en mi próxima reunión, solo puedo pensar en cuándo podré volver a tenerla así.

—¿Otra vez retrasando reuniones importantes? —la voz burlona de Dominic me sorprende cuando entro en el club privado donde habíamos quedado para comer—. Los japoneses no aprecian la impuntualidad.

Me siento frente a él, ignorando deliberadamente su sonrisa conocedora.

—Surgió un asunto urgente —respondo secamente, ajustándome la corbata que Elena había dejado ligeramente torcida.

—¿Un asunto urgente llamado Elena? —Dominic arquea una ceja mientras da un sorbo a su whisky—. Valeria me contó que Elena la había dicho lo que sucedió en la cabaña.

Lo miro bruscamente.

—¿Qué te contó exactamente tu esposa?

—Lo suficiente para saber que el gran Alexander Sterling finalmente ha perdido el control —su sonrisa se ensancha—. Y por la forma en que has estado retrasando reuniones y desapareciendo en mitad del día, diría que te gusta bastante estar fuera de control.

—Dominic... —mi voz es una advertencia.

—Vamos, Alexander —me interrumpe—. Te conozco desde la universidad. Nunca te había visto así.

—No lo menciones —lo corto, pero sin la dureza habitual.

Dominic me estudia por encima de su vaso, y hay algo en su mirada que me incomoda.

—Las niñas están diferentes —dice finalmente—. Más felices. Y tú... bueno, digamos que sonreír no te está matando.

—Es temporal —murmuro, aunque las palabras saben amargas—. Ella volverá a Madrid después de Navidad.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta, y hay una seriedad en su voz que no es habitual en él—. ¿Que se vaya?

Me quedo en silencio, mirando el whisky en mi vaso como si contuviera las respuestas que busco.

—No es tan simple —digo finalmente.

—¿Por qué no? —Dominic se reclina en su silla—. ¿Porque no es de nuestro círculo social? ¿Porque tu madre no la aprueba? ¿O porque tienes miedo de admitir que estás enamorando de ella?

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba.

—Las niñas se han encariñado demasiado —murmuro, evitando la verdadera cuestión.

—Las niñas no son las únicas —Dominic me mira fijamente—. Alexander, te conozco desde hace años. Nunca te había visto así con nadie.

—Ella tiene su vida en Madrid —protesto débilmente—. Su trabajo, su familia...

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarle qué quiere ella? —interrumpe Dominic—. Porque por lo que Valeria me cuenta, Elena parece bastante feliz aquí. Con las niñas. Contigo.

Aprieto el vaso con más fuerza de la necesaria.

—La última vez que permití que alguien se acercara tanto...

—Elena no es Victoria —me corta Dominic con firmeza—. Y creo que ya es hora de que dejes de usar ese fantasma como excusa.

Lo miro bruscamente, pero él sostiene mi mirada sin vacilar.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —continúa—. Que estás tan ocupado protegiéndote del dolor que podrías perderte lo mejor que te ha pasado en años.

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras regreso a la oficina. Porque en el fondo, sé que tiene razón. Y eso me aterra más que cualquier otra cosa.

ELENA

La cena transcurre en una calma perfecta que casi parece irreal. Sophie cuenta animadamente sus planes para el campamento de Navidad mientras Sarah corrige sus datos científicos, y Alexander... Alexander sonríe de una manera que hace que mi corazón dé un vuelco cada vez que nuestras miradas se encuentran.

—¿Podemos tomar el postre en la sala? —pide Sophie, sus ojos brillando con esperanza—. Elena prometió enseñarnos más villancicos en español.

—Por favor, papi —añade Sarah, ajustándose las gafitas—. Es educativo. Estoy documentando el progreso de nuestro vocabulario.

Alexander me mira, y hay tanto calor en sus ojos que tengo que apartar la mirada para no

sonrojarme.

—Supongo que podemos hacer una excepción —dice, y el tono de su voz me dice que no está hablando solo del postre.

Minutos después, estamos todos en la sala. Las niñas se acurrucan a mi lado mientras les enseño la letra de «Noche de Paz«, y Alexander nos observa desde su sillón, su expresión tan suave, tan diferente de su habitual máscara de control.

—Tu pronunciación está mejorando —le digo a Sarah cuando repite perfectamente una frase.

—¡La mía también! —exclama Sophie, aunque su versión suena más a trabalenguas que a español.

Alexander ríe, un sonido profundo y genuino que hace que algo se derrita dentro de mí. Se ha aflojado la corbata y arremangado la camisa, y verlo así, relajado y feliz con sus hijas, hace que mi corazón duela de una manera dulce.

—Es tarde —dice finalmente, notando cómo Sophie intenta disimular un bostezo—. A la cama, señoritas.

Las niñas protestan por costumbre, pero sus ojos ya están pesados por el sueño. Mientras las acompaño escaleras arriba, siento la mirada de Alexander siguiéndome, prometiendo sin palabras que vendrá a mi habitación más tarde.

Todo parece tan perfecto, tan correcto... Y quizás ese es el problema. Porque nada tan perfecto puede durar para siempre, ¿verdad?

Pero por ahora, mientras arrullo a las niñas y siento el calor de esta familia que se ha vuelto mía, decido no pensar en el futuro. Esta noche, este momento, es suficiente.

Por ahora.

CAPÍTULO 24

ELENA

La fiesta anual de Sterling Enterprises brilla con todo su esplendor navideño. El salón del Plaza está decorado con un gusto exquisito: cristales de hielo, luces tenues y el enorme árbol de Navidad presidiendo la estancia.

Sophie da vueltas en su vestido nuevo, fascinada por cómo la falda se mueve, mientras Sarah estudia los adornos del árbol con ojo crítico.

—La distribución de las luces sigue un patrón fibonacci —murmura, ajustándose las gafitas—. Fascinante.

Me permito una sonrisa mientras ajusto el lazo del vestido de Sophie. Esta no es mi primera gala con los Sterling, pero es diferente. Todo es diferente desde la cabaña.

—¡Elena! —Sophie tira de mi vestido—. ¡Papá no deja de mirarte!

Levanto la vista instintivamente y, efectivamente, Alexander me observa desde el otro lado del salón. Está devastadoramente guapo en su esmoquin, pero es su mirada lo que me hace contener el aliento. Hay un hambre en sus ojos que promete que esta noche será cualquier cosa menos profesional.

—La temperatura corporal aumenta un 15% cuando dos personas se atraen —comenta Sarah casualmente, garabateando algo en la pequeña libreta que siempre lleva consigo—. Es un fenómeno fascinante.

Me atraganto con mi champán.

—Sarah, ¿dónde has leído eso?

—Google —responde simplemente—. También investigué sobre las señales no verbales del cortejo humano. Papá exhibe todos los signos clásicos.

—¿Como cuáles? —pregunta Sophie, genuinamente interesada.

—Pupilas dilatadas, postura orientada hacia el objeto de interés, aumento de gestos de arreglo personal... —Sarah consulta sus notas—. Oh, y acaba de ajustarse la corbata. Otra señal clásica.

—Niñas —intento sonar seria, pero no puedo evitar sonreír—. ¿No deberíais estar más interesadas en el buffet de postres?

—Oh, los postres pueden esperar —declara Sophie con un brillo travieso en sus ojos—. ¡Esto es mucho más interesante!

Valeria se acerca a nosotras, radiante en su vestido de maternidad. Su pequeña barriga está elegantemente disimulada bajo la seda verde esmeralda.

—¿Estáis torturando a Elena con vuestras observaciones científicas? —pregunta, guiñándome un ojo.

—¡Valeria! —Sophie prácticamente salta—. ¿Sabías que papá muestra todos los signos de estar enamorado?

—¡Sophie! —susurro, notando cómo varias cabezas se giran hacia nosotras.

—Es verdad —insiste Sarah—. La dilatación pupilar es inconfundible. Y según mis cálculos, la frecuencia con la que mira hacia aquí ha aumentado un 47% en la última hora.

Valeria suelta una carcajada mientras yo siento que mi cara arde. Al otro lado del salón, Alexander sigue observándonos, y hay algo en su postura que me hace estremecer. Como un depredador contenido, esperando el momento adecuado.

—Elena —la voz de Sarah me devuelve a la realidad—. ¿Por qué tu ritmo cardíaco aumenta cuando papá te mira así?

Esta vez es Valeria quien se atraganta con su agua mineral.

—Creo —dice mi hermana, recuperándose— que es hora de que estas pequeñas científicas

prueben el chocolate caliente del buffet.

—¡Sí! —exclama Sophie—. ¡Y podemos observar desde allí! Sarah, trae tu libreta.

Mientras Valeria se lleva a las niñas, puedo sentir que Alexander se acerca. Su presencia altera el aire a mi alrededor, como un campo magnético al que no puedo resistirme.

—El jardín está precioso esta noche —su voz grave en mi oído me hace contener la respiración —. Deberías verlo.

No es una sugerencia. Es una invitación que hace que mi pulso se acelere.

—Alexander... —empiezo, pero él ya se está alejando, dejándome con el aroma de su colonia y una promesa silenciosa flotando en el aire.

ALEXANDER

La observo alejarse del salón principal, su vestido azul noche ondeando suavemente mientras camina. Me obligo a esperar unos minutos, aunque cada segundo lejos de ella es una tortura.

Dominic me lanza una mirada conocedora cuando paso junto a él.

—Ten cuidado —murmura—. Tu madre está observando.

Mi madre está en su elemento esta noche, rodeada de la élite de Manhattan, probablemente planeando mi futuro con alguna heredera apropiada. La veo conversar con los Ashworth y sé exactamente lo que está pensando.

Pero esta noche no me importa. No cuando Elena está esperando en el jardín, no cuando llevo toda la velada conteniéndome para no tocarla, para no demostrar lo que me hace sentir cada vez que sonríe a mis hijas o cuando pronuncia mi nombre en ese susurro que me vuelve loco.

El jardín está en penumbra, iluminado solo por las luces navideñas y la luna que se filtra a través de los cristales. La nieve cae suavemente al otro lado de los ventanales, creando un ambiente casi mágico.

Elena está junto a una de las palmeras, su perfil recortado contra la noche invernal. El vestido azul abraza sus curvas de una manera que me ha estado torturando toda la noche, y su pelo recogido deja expuesta la curva de su cuello que tanto me gusta besar.

Me detengo un momento, absorbiendo la imagen frente a mí. Hay algo casi irreal en la escena: Elena, bañada por la luz de la luna, con copos de nieve cayendo al otro lado del cristal. Parece salida de uno de esos cuentos que les lee a las niñas antes de dormir.

—El árbol de Navidad se ve diferente desde aquí —dice suavemente, sin girarse—. Más mágico.

Me acerco despacio, saboreando cada paso. La música del salón nos llega amortiguada, creando una burbuja de intimidad.

—Tú eres la que hace que todo parezca mágico —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Se gira entonces, y hay una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad en sus ojos que hace que mi corazón se acelere.

—Alexander... —susurra—. Tu madre está cerca.

—¿Y? —pregunto, acercándome un paso más.

—Sabes que no le gusto —su voz es suave, pero firme—. Que no soy lo que ella quiere para ti.

—No me importa lo que ella quiera —otro paso más cerca—. Me importa lo que yo quiero.

—¿Y qué quieres, Alexander? —su pregunta flota en el aire entre nosotros, cargada de significado.

La observo bajo la luz tenue. El vestido azul noche hace que su piel parezca brillar, y hay un ligero temblor en sus labios que me vuelve loco. Quiero besarla. Quiero que todos sepan que es mía. Quiero...

—A ti —la palabra sale como una confesión—. Te quiero a ti, Elena. Y estoy cansado de fingir lo contrario.

Sus ojos se agrandan por la sorpresa. Es la primera vez que lo digo en voz alta, que admito lo que llevo semanas sintiendo.

—Las niñas... —empieza, pero puedo ver en sus ojos que es una última resistencia débil.

—Las niñas te adoran —doy otro paso, eliminando casi todo el espacio entre nosotros—. Y tú las adoras a ellas. Las tres sois lo mejor que me ha pasado.

Levanto una mano para acariciar su mejilla. Su piel es suave bajo mis dedos, y el modo en que se inclina hacia mi tacto hace que algo dentro de mí se derrita.

—Baila conmigo —susurro, y no es una pregunta.

La música del salón nos llega amortiguada, una melodía lenta y romántica. La atraigo hacia mí, una mano en su cintura, la otra entrelazada con la suya. Su perfume me envuelve, ese aroma a vainilla que me persigue en sueños.

Nos movemos lentamente al ritmo de la música, nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir cada respiración suya. El mundo exterior parece desvanecerse; solo existimos nosotros, la música suave y la nieve cayendo silenciosamente al otro lado de los ventanales.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo esto? —murmuro contra su pelo—. Poder sostenerte así...

Ella levanta la mirada, y hay tanto en sus ojos que hace que mi corazón se detenga por un momento.

—Alexander... —susurra mi nombre como una caricia.

No puedo resistirlo más. Me inclino y capturo sus labios con los míos. El beso es suave al principio, casi reverente, tan diferente a nuestros encuentros apasionados. Sus manos se deslizan por mi pecho hasta mi nuca, y profundizo el beso, saboreando el ligero toque a champán en sus labios.

El flash de una cámara rompe el momento como un relámpago en la noche.

La furia me invade instantáneamente y me vuelvo para proteger a Elena con mi cuerpo. Al otro lado de los ventanales, puedo ver la silueta de un fotógrafo desapareciendo entre los arbustos. Maldita sea. Este momento era nuestro, privado, y ahora...

—Voy a encargarme de esto —gruño, mi mandíbula tensa por la rabia.

Porque una cosa es decidir mis sentimientos por Elena, y otra muy distinta es que la prensa sensacionalista invada nuestra intimidad de esta manera.

CAPÍTULO 25

ALEXANDER

El desayuno transcurre con esa calidez que Elena ha traído a nuestras vidas. Sophie está contando algo sobre un experimento de ciencias que quiere hacer, mientras Sarah corrige sus datos técnicos entre bocados de tostada. Elena las escucha con atención, añadiendo preguntas que hacen que los ojos de las niñas brillen con entusiasmo.

La observo por encima de mi taza de café. Lleva el pelo recogido en una coleta casual, y hay algo en la forma en que sonríe a mis hijas que hace que mi pecho se apriete. Anoche, en el jardín, había parecido una princesa de cuento. Esta mañana, en vaqueros y jersey suave, parece... hogar.

—¡Y entonces la sustancia se vuelve azul! —exclama Sophie, derramando un poco de zumo en su entusiasmo.

Antes de que pueda decir nada, Elena ya está limpiando el desastre con una servilleta, sin interrumpir la explicación de Sophie. Me sorprendo sonriendo. Hace unos meses, un zumo derramado habría provocado una charla sobre modales en la mesa.

El sonido de tacones en el mármol del vestíbulo rompe la paz del momento.

La puerta del comedor se abre con un golpe seco. Mi madre entra como una tormenta contenida en un traje de Chanel, sus tacones resonando como disparos contra el suelo. Bajo sus brazos, un montón de revistas y periódicos que arroja sobre la mesa del desayuno, dispersando migajas de tostada y salpicando café.

Algo tan impropio de ella que me hace ponerme alerta.

—¿Te importaría explicar esto? —su voz es engañosamente suave, pero conozco ese tono.

Bajo los ojos y miro lo que indica.

Las portadas de las revistas gritan titulares sensacionalistas: «ROMANCE EN STERLING ENTERPRISES», «EL SOLTERO MÁS COTIZADO DE MANHATTAN ENCUENTRA EL AMOR... ¡CON LA NIÑERA!», «¿NUEVO ESCÁNDALO STERLING?». Las fotos del jardín, aunque borrosas por la distancia, son inequívocas.

Sophie se inclina hacia adelante, emocionada.

—¡Oh! ¡Salimos en las revistas!

—En realidad, solo salen papá y Elena —corrige Sarah, ajustándose las gafitas mientras estudia una de las fotos—. La composición sugiere que el fotógrafo utilizó un teleobjetivo de...

—Niñas —la voz suave de Elena interrumpe el análisis técnico de Sarah—. ¿Por qué no vais con Rosa? Creo que estaba preparando galletas de chocolate.

Hay algo en su tono que hace que incluso Sophie, normalmente reacia a perderse cualquier drama, asienta y se levante de la mesa. Rosa, que parece materializada en la puerta como por arte de magia, extiende sus manos hacia las gemelas.

—Venid, pequeñas —dice con esa calidez maternal suya—. Os voy a enseñar mi receta secreta de galletas.

El silencio que sigue a la salida de las niñas es denso, casi palpable. Mi madre permanece de pie, sus manos con una manicura perfecta alisando arrugas inexistentes en su falda Chanel. La observo hacer este gesto tan familiar, el mismo que he visto toda mi vida cuando está a punto de dictar sentencia sobre algo que considera inaceptable.

Elena se mantiene sentada, su espalda recta, la servilleta manchada de zumo aún en su mano. Hay una dignidad en su postura que hace que algo dentro de mí se hinche de orgullo. Y tengo que controlarme para no ponerme delante de ella y protegerla de la mirada de mi madre.

—¿Tienes idea —mi madre rompe el silencio, cada palabra medida como gotas de veneno— del daño que esto puede causar a la reputación de los Sterling?

Miro las revistas esparcidas sobre la mesa. Mi imagen besando a Elena se repite una y otra vez, cada titular más sensacionalista que el anterior. Debería estar furioso por la invasión de nuestra privacidad, pero lo único que siento es una extraña sensación de alivio. Ya no hay que esconderse.

—La reputación de los Sterling —repito lentamente, saboreando la ironía de esas palabras—. ¿Te refieres a la misma reputación que intentaste proteger cuando arreglaste mi matrimonio con Victoria?

Mi madre se tensa visiblemente. Es un golpe bajo, mencionarla, pero estoy cansado de este juego.

—Victoria era... apropiada —dice finalmente, escupiendo la última palabra como si fuera una justificación suficiente—. Tenía el apellido correcto, la educación adecuada...

—¿Y cómo funcionó eso, madre? —mi voz es más dura de lo que pretendo—. ¿Cuánto tardó tu perfecta elección en abandonar a sus hijas?

—Eso fue... desafortunado —mi madre se sienta, como si el peso de la conversación fuera demasiado para mantenerse en pie—. Pero al menos Victoria entendía nuestro mundo. Esta... —mira a Elena como si fuera algo que ha encontrado en la suela de su zapato— esta chica no tiene idea de lo que significa ser una Sterling.

Elena hace ademán de levantarse, pero la detengo con un gesto suave. No voy a dejar que mi madre la ahuyente.

—¿Y qué significa exactamente ser una Sterling, madre? —pregunto, mi voz peligrosamente controlada—. ¿Significa abandonar a dos niñas de tres años? ¿Significa perderse cada momento importante de sus vidas porque una gala benéfica es más importante?

—Alexander... —hay una nota de advertencia en la voz de mi madre.

—No —la corto—. Por una vez vas a escucharme. Victoria entendía nuestro mundo, sí. Entendía tanto las apariencias que se olvidó de ser madre. Se olvidó de ser humana.

Mi madre aprieta los labios hasta que forman una línea blanca.

—¿Y esta... alternativa es mejor? —su mirada se clava en Elena como un puñal—. ¿Una niñera? ¿Sabes lo que dirán nuestros amigos? ¿Los inversores?

—¿Los inversores? —una risa amarga escapa de mis labios—. ¿De verdad crees que a la junta directiva le importa con quién salgo? ¿O es que temes más lo que dirán en tu club de bridge?

Elena permanece en silencio, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo. Su mano, aún sobre la mesa, tiembla ligeramente.

—No seas ingenuo, Alexander —mi madre se inclina hacia adelante—. Los Ashworth han estado preguntando... Victoria ha expresado interés en...

—¿Victoria? —la interrumpo, y la furia que he estado conteniendo explota finalmente—. ¿Has estado hablando con Victoria?

El silencio de mi madre es toda la confirmación que necesito.

—Por el amor de Dios, madre. La mujer abandonó a sus hijas. A sus propias hijas. ¿Y tú sigues pensando que es «apropiada»?

—La gente comete errores —dice, como si estuviéramos hablando de un lapsus y no del abandono de dos niñas pequeñas—. Victoria ha madurado. Está dispuesta a...

—¿A qué? —mi voz es apenas un susurro, pero cargado de furia—. ¿A volver cuando le convenga? ¿A pretender que estos años no han existido?

—La gente cambia, Alexander —insiste mi madre—. Y nuestra posición social exige ciertas... consideraciones.

—¿Consideraciones? —mi voz tiembla de rabia contenida—. Mis hijas son felices por primera vez en años. ¿Has visto cómo sonríe Sarah ahora? ¿Has escuchado reír a Sophie sin miedo a ser regañada por no comportarse como una «perfecta Sterling»?

Elena intenta levantarse de nuevo, pero esta vez soy yo quien busca su mano bajo la mesa, entrelazando nuestros dedos. No voy a dejar que mi madre la ahuyente con sus prejuicios de clase.

—Esta... relación —mi madre escupe la palabra como si le quemara la lengua— es inapropiada. Las niñas necesitan estabilidad, necesitan...

—¿Estabilidad? —la corto—. Elena les ha dado más estabilidad en este tiempo que todos tus contactos sociales en años. Les ha enseñado que está bien ser niñas, que no tienen que ser perfectas todo el tiempo. Y me ha enseñado a mí.

—Alexander —mi madre usa ese tono que siempre ha usado para hacerme entrar en razón—. Piensa en tu posición, en tu futuro...

—Mi posición está perfectamente segura —respondo secamente—. Y mi futuro, madre, es asegurarme de que mis hijas crezcan felices y seguras.

—¿Y crees que ella puede darles eso? —mi madre señala a Elena con un gesto despectivo—. ¿Una simple niñera que ni siquiera pertenece a nuestro círculo?

—Elena les ha dado…

—Por favor —me interrumpe mi madre, levantándose—. Es obvio que esto es un capricho pasajero. Una... distracción. Pero las niñas necesitan algo más permanente, más...

—Lo que las niñas necesitan —mi voz es cortante— es que dejes de intentar controlar nuestras vidas. Ya no soy un niño al que puedas manipular con amenazas sobre nuestra reputación, madre.

Elena suelta mi mano suavemente y se levanta. Hay una dignidad en su postura que hace que mi madre parezca repentinamente pequeña en comparación.

—Con permiso —dice con voz firme—. Debería ir a ver cómo están las niñas.

Mi madre observa a Elena salir del comedor, sus labios fruncidos en una mueca de desaprobación.

—Esto no ha terminado, Alexander —advierte, recogiendo sus revistas con movimientos bruscos—. No voy a permitir que arruines todo por un... capricho.

—Buenos días, madre —mi voz es hielo puro mientras me levanto en un claro gesto que la invita a marcharse.

La observo irse, sus tacones resonando contra el mármol como el eco de una amenaza. Cuando el sonido se desvanece, me permito soltar el aire que he estado conteniendo.

Encuentro a Elena en la biblioteca. Está de pie junto a la ventana, sus brazos cruzados como si intentara protegerse. Sin decir una palabra, me acerco y la envuelvo en mis brazos, enterrando mi rostro en su pelo. Su aroma a vainilla me envuelve, calmando la tormenta en mi interior.

Nos quedamos así un momento, en silencio, dejando que la paz de su presencia borre la amargura de la discusión.

CAPÍTULO 26

ELENA

Las galletas navideñas huelen a canela y esperanza mientras observo a las niñas decorarlas. Sophie ha cubierto las suyas con tanto glaseado que apenas se distingue la forma original, mientras Sarah aplica meticulosamente pequeñas bolitas plateadas siguiendo un patrón que solo ella entiende.

Elizabeth está en el salón, supervisando la decoración para la fiesta de Navidad. Su presencia en la casa me pone nerviosa, especialmente desde la discusión por las fotos. Sus palabras siguen resonando en mi cabeza: «un capricho pasajero», «una distracción»...

—¡Elena! —la voz de Sophie me devuelve al presente—. ¿Crees que a papi le gustará mi reno? Aunque creo que parece más un unicornio ahora...

Sonrío, intentando apartar mis preocupaciones.

—Es perfecto, cariño. A tu padre le encantará.

—La proporción de glaseado por galleta es excesiva —murmura Sarah—. Pero supongo que en Navidad las normas son más... flexibles.

Observo a Sarah analizar su siguiente galleta con la misma concentración que su padre dedica a los contratos importantes. A veces, cuando frunce el ceño así, es como ver una versión en miniatura de Alexander, y ese pensamiento hace que algo se retuerza en mi pecho.

El sonido de órdenes de Elizabeth llega desde el salón: «Las guirnaldas más altas», «Ese centro de mesa está torcido», «Los Sterling siempre han usado velas rojas, no doradas». Me pregunto si alguna vez seré suficiente para este mundo de perfección calculada.

—Elena —Sarah levanta la vista de su galleta—. ¿Por qué la abuela está más... mandona hoy?

—Porque la fiesta tiene que ser perfecta —responde Sophie antes de que pueda intervenir—. Como todo lo Sterling.

Hay algo en la forma en que lo dice, una resignación impropia de una niña de ocho años, que hace que mi corazón se encoja. Me arrodillo junto a ella, limpiando una mancha de glaseado de su mejilla.

—¿Sabes qué? A veces las cosas más bonitas no son perfectas —digo suavemente—. Como tu reno-unicornio. Es especial precisamente porque es diferente.

El sonido de tacones en el mármol del vestíbulo me hace contener la respiración, pensando que es Elizabeth de nuevo. Pero este sonido es diferente: más ligero, más calculado, como si cada paso fuera una declaración de intenciones.

—Vaya, vaya... qué... escena tan doméstica.

La voz es suave, cultivada, con ese acento que solo da la educación en los mejores internados europeos. Me giro lentamente, y el mundo parece detenerse.

La mujer en la puerta de la cocina es hermosa de una manera que duele mirar. Alta, rubia, perfectamente vestida en un traje de diseñador que probablemente cuesta más que mi guardarropa entero. Pero es su mirada lo que me hace estremecer: fría, calculadora, como un depredador evaluando su presa.

No necesito que nadie me diga quién es. Lo sé por la forma en que Sarah se tensa a mi lado, por cómo Sophie deja caer su galleta a medio decorar.

—Victoria... —el susurro de Sarah es apenas audible, mientras instintivamente da un paso atrás, acercándose más a mí.

Sophie se esconde parcialmente detrás de mí, sus pequeños dedos aferrándose a mi delantal. Puedo sentir el temblor en sus manos.

Victoria avanza hacia la isla de la cocina, sus dedos rozando la superficie de mármol como si estuviera inspeccionando el polvo.

—Así que esta es la... sustituta —sus ojos me recorren de arriba abajo, deteniéndose en el delantal manchado de glaseado—. Elizabeth me había comentado que Alexander estaba teniendo un... desliz con el servicio, pero no esperaba algo tan... pintoresco.

Su voz destila veneno bajo una capa de falsa dulzura. Antes de que pueda responder, Sarah da un paso adelante, su pequeña barbilla alzada en un gesto que me recuerda tanto a su padre.

—Elena no es el servicio —dice con una voz que tiembla solo un poco—. Ella nos quiere.

La risa de Victoria es como cristal rompiéndose.

—Oh, querida —sus labios se curvan en una sonrisa cruel—. ¿Realmente crees que alguien que cobra por estar con vosotras puede quereros?

El dolor en los ojos de Sarah hace que algo se rompa dentro de mí. Me enderezo, colocándome entre Victoria y las niñas.

—No te atreva —mi voz es baja pero firme—. No te atrevas a hacerles más daño.

—¿Daño? —Victoria arquea una ceja perfectamente delineada—. Yo soy su madre. Su verdadera madre. No una... empleada temporal que juega a la familia feliz.

—Una madre no abandona a sus hijas —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Una madre no desaparece durante años para luego volver como si nada hubiera pasado.

Elizabeth aparece en la puerta de la cocina, probablemente atraída por nuestras voces. Pero por primera vez, no me importa su presencia. Solo puedo pensar en proteger a estas niñas que se han convertido en mi mundo.

—Estas niñas —continúo, sintiendo cómo Sophie se aferra más fuerte a mí—. Son brillantes, valientes y maravillosas. Y tú te has perdido todo eso. Te perdiste sus primeros días de colegio, sus recitales, sus pesadillas y sus risas. No tienes derecho a venir ahora y...

—¿Derecho? —Victoria da un paso hacia mí, su perfume caro invadiendo mi espacio—. Soy una Sterling. Tengo todos los derechos sobre...

—No —la corto, y mi voz suena más fuerte de lo que esperaba—. No tienes derechos sobre ellas. Los perdiste el día que decidiste que una fiesta era más importante que tú hija con fiebre.

El silencio que sigue a mis palabras es denso, eléctrico. Veo algo parpadear en los ojos de Elizabeth, una mezcla de sorpresa y... ¿respeto?

Victoria da otro paso hacia mí, y su sonrisa se vuelve peligrosa.

—¿Cómo te atreves? —sisea—. Tú, una simple niñera, una don nadie que...

—Me atrevo porque alguien tiene que defender a estas niñas —la interrumpo, sintiendo cómo Sarah y Sophie se aferran a mí con más fuerza—. Me atrevo porque las he visto llorar en silencio pensando que no eran suficiente para que su madre las quisiera. Me atrevo porque...

—Victoria.

La voz de Alexander corta el aire como un látigo. No lo he oído llegar, pero está en la puerta de la cocina, su figura imponente recortada contra la luz del pasillo. Nunca lo había visto así, tan furioso y a la vez tan controlado.

—Alexander, querido —la voz de Victoria cambia instantáneamente, volviéndose melosa—. Solo estaba...

—A mi despacho —la interrumpe, cada palabra destilando hielo—. Ahora.

Victoria sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos, y lo sigue con la elegancia estudiada de quien cree que ha ganado una batalla.

Las niñas se aprietan contra mí mientras los veo desaparecer por el pasillo. El silencio que queda es pesado, cargado de todas las palabras dichas y las que aún flotan en el aire.

Elizabeth permanece en la puerta de la cocina, su postura impecable como siempre. Por un momento, solo observa: a Sarah aferrada a mi delantal, a Sophie medio escondida tras de mí, las galletas abandonadas sobre la encimera.

—Las niñas Sterling —dice finalmente, su voz tan controlada como siempre— siempre han sido educadas para mantener la compostura. En cualquier situación.

Me tenso, esperando una crítica, pero ella continúa:

—Sin embargo —sus ojos se posan en Sarah, que aún tiembla ligeramente—, hay momentos en los que la compostura no es... suficiente.

Hace una pausa, estudiando la escena con esa mirada que parece verlo todo.

—Cuando Victoria se fue —prosigue, cada palabra cuidadosamente elegida—, me preocupaba que las niñas crecieran sin... sin entender la diferencia entre protocolo y protección.

Sus ojos encuentran los míos, y hay algo en ellos, un reconocimiento que no había visto antes.

—Los Sterling tenemos una larga tradición de hacer lo correcto, señorita Acosta —dice, alisando una arruga inexistente en su falda—. Aunque no siempre... no siempre hemos sabido distinguir qué es lo correcto.

Sarah se endereza ligeramente junto a mí, como si entendiera que su abuela está diciendo algo importante, aunque de manera velada.

—La tradición Sterling —continúa Elizabeth, su mirada fija ahora en un punto indefinido— nos ha servido bien durante generaciones. Las apariencias, los modales, el protocolo... —hace una pausa casi imperceptible—. Pero a veces el protocolo nos ha hecho olvidar otras... prioridades.

Sophie, aún aferrada a mí, levanta la mirada hacia su abuela con curiosidad. Elizabeth la observa un momento, y algo suaviza sus rasgos.

—Mis nietas —dice, y por primera vez escucho una nota de vulnerabilidad en su voz— merecen más que... protocolo.

Se acerca a la isla de la cocina, sus tacones resonando contra el mármol con la precisión de un metrónomo. Observa las galletas a medio decorar, el glaseado derramado, las chispas de colores esparcidas.

—El desorden —pronuncia la palabra como si fuera extraña en sus labios— no siempre es... indeseable. A veces indica que hay vida. Que hay... amor.

Sus ojos se detienen en una de las galletas de Sophie, la que parece más un borrón de glaseado que un reno.

—Durante años —dice, su voz conteniendo una emoción que parece costarle expresar—, he insistido en que las galletas navideñas de los Sterling deben venir de Bergdorf's. Perfectamente decoradas. Idénticas. —Hace una pausa significativa—. Como todo en nuestra vida.

Sarah se mueve ligeramente, como si quisiera decir algo, pero no se atreviera. Elizabeth la mira, esperando.

—Pero... —Sarah encuentra su voz, pequeña pero firme— estas tienen más amor, ¿verdad, abuela?

Algo parpadea en los ojos de Elizabeth, una emoción que no logro identificar completamente.

—El amor —dice finalmente, pronunciando la palabra como si estuviera redescubriendo su significado— no siempre viene en paquetes perfectos, ¿verdad?

Me mira directamente al decir esto último, y entiendo que no está hablando solo de galletas.

—A veces —Elizabeth continúa, su voz más suave, pero manteniendo su dignidad característica —, nos equivocamos al... juzgar lo que es verdaderamente valioso.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene un momento, sin volverse completamente.

—Las galletas caseras —dice finalmente— serán servidas en la fiesta de Navidad. Junto con las de Bergdorf's, por supuesto. —Hace una pausa medida—. La tradición y el... amor pueden coexistir, después de todo.

Y con eso se marcha, sus tacones resonando por el pasillo, dejándonos con el entendimiento de que algo fundamental ha cambiado en la dinámica de la casa Sterling.

Abrazo a las niñas más fuerte, consciente de que, en algún lugar de la mansión, Alexander está enfrentándose a Victoria. Y aunque las palabras de Elizabeth me han conmovido, no puedo evitar preguntarme qué consecuencias traerá este día.

CAPÍTULO 27

ALEXANDER

La furia corre por mis venas como hielo líquido mientras guío a Victoria hacia mi despacho. Cada paso que doy es un ejercicio de control, cada respiración una batalla contra el impulso de arrastrarla fuera de mi casa, lejos de mis hijas, lejos de Elena.

Elena. La imagen de ella defendiendo a las niñas, protegiéndolas con su cuerpo como una leona, hace que mi pecho arda. Y Victoria se ha atrevido a intentar lastimarlas, a todas ellas.

Cierro la puerta del despacho con más fuerza de la necesaria. Victoria se desliza hacia uno de los sillones con esa gracia estudiada que siempre ha tenido, como si esto fuera una visita social y no la invasión que realmente es.

—Veo que has redecorado —comenta casualmente, pasando un dedo por el brazo del sillón—. Aunque siempre pensé que este despacho necesitaba un toque más... sofisticado.

—¿Qué haces aquí, Victoria? —mi voz es apenas un susurro controlado.

Ella sonríe, esa sonrisa que solía usar en eventos sociales cuando quería algo.

—¿No puede una madre visitar a sus hijas?

La palabra «madre» en sus labios hace que mi control se tambalee peligrosamente.

—¿Madre? —mi risa es amarga—. ¿Ahora quieres ser madre? ¿Después de todos estos años?

Victoria cruza las piernas con estudiada elegancia, su falda de diseñador susurrando contra la seda de sus medias.

—Siempre tan dramático, Alexander —suspira, como si estuviéramos discutiendo el clima—. Las niñas necesitan una figura materna adecuada. No una... —arruga la nariz delicadamente— niñera que juega a la familia feliz.

El modo en que menciona a Elena hace que algo primitivo ruja en mi interior. Me acerco a mi escritorio, necesitando la solidez del roble bajo mis manos para no perder el control.

—¿Una figura materna adecuada? —cada palabra gotea sarcasmo—. ¿Como cuando Sophie tenía cuarenta de fiebre y tú estabas demasiado ocupada en el spa para contestar el teléfono? ¿O como cuando olvidaste recoger a Sarah del ballet porque tenías una cita con tu instructor de tenis?

Un destello de irritación cruza su rostro perfecto antes de que pueda ocultarlo.

—Éramos jóvenes, Alexander. He madurado. He cambiado.

—No —la corto—. No has cambiado. Solo has visto las fotos en la prensa y tu ego no ha podido soportarlo.

Victoria se tensa, y sé que he dado en el clavo. Sus ojos brillan con algo peligroso.

—¿Mi ego? —se levanta con movimientos felinos—. ¿O es que no puedes soportar que haya vuelto justo cuando estás jugando a la casita con la niñera?

La forma en que se refiere a Elena hace que mi visión se tiña de rojo. Me obligo a respirar profundamente, recordándome que perder el control es exactamente lo que Victoria quiere.

—¿Sabes qué es lo gracioso, Victoria? —mi voz es engañosamente suave—. Que ni siquiera estás aquí por las niñas. Ni por mí. Estás aquí porque no soportas que alguien a quien consideras inferior haya logrado lo que tú nunca pudiste.

Se gira hacia mí bruscamente, y por un momento veo la grieta en su fachada perfecta.

—¿Inferior? —suelta una risa que suena falsa incluso para ella—. Por favor, Alexander. Es una don nadie. Una niñera española que...

—Que ha conseguido que Sarah vuelva a reír —la interrumpo—. Que ha logrado que Sophie no tema ser ella misma. Que ha traído más amor a esta casa en un mes que tú en todos los años que estuviste aquí.

Victoria se acerca a mi escritorio, sus uñas tamborileando sobre la madera pulida.

—¿Amor? —pronuncia la palabra como si fuera veneno—. ¿Es eso lo que crees que tienes con ella? ¿Una historia de amor con la niñera?

Y es entonces cuando cometo el error que cambiará todo. Porque veo algo en los ojos de Victoria, un brillo calculador que conozco demasiado bien. Está planeando algo, algo que podría lastimar a Elena, a las niñas...

—¿Amor? —me escucho decir, forzando una risa fría que no siento—. No seas ridícula, Victoria. Elena es... —las palabras me queman la garganta— una distracción temporal. Estamos follando, sí, pero eso no significa nada.

Victoria arquea una ceja, estudiándome.

—¿Nada? —su voz destila escepticismo.

—Se irá después de Navidad —continúo, cada palabra una puñalada a mi propio corazón—. Volverá a Madrid y todo volverá a la normalidad. Es solo sexo, Victoria. Conveniente mientras dure.

Las palabras suenan falsas incluso para mí, pero necesito que Victoria lo crea. Necesito que piense que Elena no significa nada, que no puede usarla para lastimarme.

—¿Y las niñas? —pregunta, sus ojos entrecerrados—. Parecen bastante... encariñadas.

—Las niñas superarán su partida —miento, odiándome por cada palabra—. Como han superado todo lo demás.

Victoria me mira fijamente, un brillo de comprensión iluminando sus ojos.

—Mientes —dice simplemente—. Te conozco, Alexander. Mejor de lo que crees. He visto cómo la miras en esas fotos.

—No sabes nada —gruño, pero ella ya está negando con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —continúa, deslizándose más cerca—. Que por primera vez te veo realmente afectado por una mujer. Y no es alguien de nuestra clase, no es alguien que pueda entender nuestro mundo. Es una simple...

—Cuidado con lo que vas a decir —la advierto, mi voz peligrosamente baja.

—¿O qué? —se burla—. ¿Me echarás de la vida de mis hijas? Ya lo hiciste una vez.

—Tú te fuiste sola, Victoria. Por un instructor de tenis que te dejó en cuanto se acabó el dinero.

Veo el golpe dar en el blanco cuando su máscara de perfección se agrieta por un segundo.

—Al menos él entendía quién era yo —replica—. No como tu niñera, jugando a ser algo que nunca podrá ser.

—¿Y quién eres exactamente, Victoria? —pregunto con una calma que no siento—. ¿Una mujer que abandonó a sus hijas por un hombre que solo quería tu dinero? ¿O la que ahora vuelve porque no soporta ver que alguien más ocupa su lugar?

Se gira bruscamente, y por un momento veo a la verdadera Victoria: no la socialité perfecta, sino la mujer amargada en que se ha convertido.

—¿Mi lugar? —suelta una risa aguda—. ¿Crees que me importa que te estés follando a la niñera? ¿Que las niñas la adoren? Yo soy Victoria Ashworth Hamilton. Soy...

—No eres nadie —la corto—. No eres nada para ellas. Ni para mí.

—¿Y ella sí? —sus ojos brillan peligrosamente—. ¿Tu pequeña cenicienta española? ¿Cuánto crees que durará, Alexander? ¿Cuánto hasta que se dé cuenta de que nunca encajará en nuestro mundo?

Sus palabras tocan un miedo profundo que no quiero reconocer. Porque tiene razón en algo: Elena y yo pertenecemos a mundos diferentes. Y es ese miedo el que me hace cometer el error fatal.

—Elena no tiene que encajar en ningún lado —digo con una frialdad calculada—. Porque no significa nada. Es conveniente, es buena en la cama, y se irá después de Navidad. Fin de la historia.

—Nunca has sabido mentir, Alexander. No a mí. La forma en que la miras... nunca me miraste así.

—¿Y eso te molesta? —pregunto, estudiándola—. ¿Que por fin haya encontrado a alguien que vale la pena? ¿Que mis hijas tengan por fin el amor maternal que tú nunca supiste darles?

—Por favor —se burla, pero veo el golpe en sus ojos—. No me vengas con sentimentalismos. Todo tiene un precio en este mundo. Tú me lo enseñaste.

Ahí está. Por fin llegamos al verdadero motivo de su visita. Me acerco a mi escritorio, sacando mi chequera.

—¿Cuánto, Victoria? —pregunto directamente—. ¿Cuánto para que desaparezcas de nuestras vidas definitivamente?

Sus ojos brillan con avaricia mal disimulada. La máscara de madre preocupada se desvanece completamente.

—Siempre tan directo —ronronea—. Es una de las cosas que... solía apreciar de ti.

—La cantidad, Victoria —mi voz es hielo puro—. No estoy para juegos.

—Dos millones —dice sin pestañear—. Y quiero los papeles que me eximan de cualquier responsabilidad parental. Renuncia total a las niñas.

La observo mientras finge considerar el precio, como si realmente le importara renunciar a sus hijas. Como si no lo hubiera hecho ya hace años, cuando se fue sin mirar atrás.

—Los tendrás mañana —respondo secamente, escribiendo el cheque—. Mis abogados te contactarán con los documentos.

—Siempre tan eficiente —sonríe, tomando el cheque con dedos ávidos—. ¿Sabes? Es casi poético. La primera vez me fui por amor... o eso creía. Ahora me voy por dinero. Al menos esta vez soy honesta sobre mis motivos.

—Vete, Victoria —mi voz es apenas un susurro contenido—. Y si vuelves a acercarte a mis hijas...

—Oh, no te preocupes —me interrumpe, guardando el cheque en su bolso de diseñador—. No tengo ningún interés en jugar a la familia feliz. Eso se lo dejo a tu adorada Elena... —hace una pausa calculada— mientras dure.

Se dirige hacia la puerta con esa elegancia estudiada que siempre ha tenido, pero se detiene un momento en el umbral.

—Aunque... —añade con malicia— me pregunto si tu «distracción temporal» estará tan dispuesta a seguir siéndolo cuando sepa cómo realmente la ves.

La veo marcharse, y un escalofrío me recorre la espalda. Algo en su tono, en su sonrisa final, me deja el corazón apretado.

ELENA

El pasillo hacia el despacho de Alexander está en silencio. Después de dejar a las niñas con Rosa en la cocina, necesitaba saber qué estaba pasando. La forma en que Victoria había aparecido, cómo había intentado herir a las pequeñas con sus palabras...

Mis manos aún tiemblan recordando el momento. Al menos las niñas están seguras ahora, decorando más galletas con Rosa, intentando olvidar el mal trago.

Me detengo al escuchar voces desde el despacho. La puerta está entreabierta, y aunque sé que no debería...

—Elena no tiene que encajar en ningún lado —la voz de Alexander suena fría, tan diferente a los susurros tiernos que me dedicaba en la cabaña—. Porque no significa nada.

El mundo parece detenerse. El aire se vuelve denso, pesado.

—Es conveniente, es buena en la cama, y se irá después de Navidad. Fin de la historia.

Cada palabra es un puñal que se clava profundo en mi alma. Me llevo una mano al pecho, como si pudiera contener físicamente el dolor que amenaza con partirme en dos.

Las lágrimas amenazan con derramarse, pero las contengo. No aquí. No ahora. El sonido de sus voces sigue llegando desde el despacho, pero ya no puedo distinguir las palabras sobre el rugido de la sangre en mis oídos.

Todo ha sido mentira. Las noches en la cabaña, los momentos robados, las promesas silenciosas en sus besos... «Conveniente». Esa palabra se repite en mi mente como un eco cruel.

Me alejo de la puerta con pasos silenciosos, agradeciéndole por primera vez a las clases de ballet que mi madre insistió en que tomara de niña. No puedo dejar que me escuchen. No puedo dejar que sepan que estaba aquí, que escuché...

Las escaleras parecen interminables mientras bajo, agarrándome a la barandilla porque mis piernas tiemblan. Desde la cocina llegan las risas de las niñas mezcladas con la voz cálida de Rosa. Las niñas. Oh, Dios, las niñas...

El dolor se intensifica al pensar en ellas. En sus sonrisas, en sus abrazos, en cómo Sophie me llama Elena con tanto cariño, en cómo Sarah me busca cuando tiene miedo...

Pero para él solo soy conveniente. Una distracción temporal. Alguien con quien acostarse hasta que llegue Navidad.

Llego a mi habitación sin saber realmente cómo. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo cerrar la puerta. Los sollozos que he estado conteniendo finalmente escapan.

Me siento en el borde de la cama. Los recuerdos me golpean sin piedad: Alexander sosteniéndome junto al fuego en la cabaña, sus besos en la nieve, la forma en que me miraba como si fuera algo precioso...

Todo mentira.

No puedo respirar aquí. Las paredes de esta habitación perfecta parecen cerrarse sobre mí. Cada objeto, cada detalle grita «Sterling», me recuerda que no pertenezco aquí. Que nunca pertenecí.

Me levanto bruscamente. No puedo quedarme ni un minuto más. Necesito salir, escapar antes de que el dolor me ahogue por completo.

Agarro mi bolso y mi abrigo. El móvil, las llaves... es todo lo que necesito. Todo lo demás... todo lo demás puede quedarse aquí, con las mentiras y las promesas rotas.

Desde la cocina llegan las risas de las niñas y el aroma a galletas recién horneadas, pero no me permito escuchar. No me permito pensar en ellas. Si lo hago, si me detengo un segundo a pensar en sus sonrisas, en sus abrazos... no tendré el valor de irme.

Bajo las escaleras silenciosamente. El vestíbulo está vacío, gracias a Dios. Solo necesito llegar a la puerta principal...

Mi mano tiembla cuando agarro el pomo. Una última mirada hacia atrás... No. No puedo mirar atrás. Si lo hago, si veo una vez más este lugar que se había convertido en mi hogar...

No puedo soportarlo más, así que me marcho.

El frío de Manhattan me golpea cuando salgo, cortante como las palabras de Alexander. La nieve ha empezado a caer de nuevo, pero apenas la noto. El dolor en mi pecho es demasiado intenso para sentir nada más.

«Es conveniente». Sus palabras siguen resonando en mi cabeza mientras bajo los escalones de la mansión. «Es buena en la cama». Cada paso me aleja más de la vida que creí que podría tener, de la familia que por un momento pensé que podría ser mía.

Camino sin rumbo por la Quinta Avenida, las lágrimas congelándose en mis mejillas. Solo hay un lugar al que puedo ir.

El portero del edificio de Valeria y Dominic me reconoce, dejándome pasar sin preguntas a pesar de mi estado. El viaje en ascensor hasta el ático parece interminable.

Valeria abre la puerta, su expresión cambiando instantáneamente se sorpresa a preocupación cuando mira mi cara.

—¡Elena! ¿Qué...?

Me derrumbo en sus brazos, los sollozos finalmente escapando sin control. Dominic aparece detrás de ella, su rostro tornándose serio al verme.

—Soy conveniente —logro decir entre lágrimas mientras Valeria me guía al sofá—. Solo... solo soy conveniente para él. Buena en la cama. Una distracción temporal.

—¿De qué estás hablando? —Valeria se sienta a mi lado, su mano protectoramente sobre su vientre.

Les cuento todo: la llegada de Victoria, la conversación que escuché, cada palabra cruel que destrozó mis ilusiones. Dominic escucha en silencio, su mandíbula tensándose progresivamente mientras Valeria me abraza.

Mi teléfono empieza a sonar. El nombre de Alexander ilumina la pantalla.

—No voy a contestar —murmuro, rechazando la llamada—. Seguro que le molesta que su distracción conveniente se haya ido sin avisar. El gran Alexander Sterling no está acostumbrado a que las cosas no salgan como él quiere.

Valeria me abraza más fuerte mientras Dominic se levanta, su expresión más seria de lo que nunca le he visto.

—Voy a hacer té —dice, pero puedo ver la furia contenida en sus movimientos.

El teléfono vuelve a sonar. Y otra vez. Y otra.

—Debe estar furioso —susurro con amargura—. Su perfecta agenda se ha estropeado. ¿Quién va a cuidar a las niñas ahora? ¿Quién va a estar disponible para follar cuando él lo necesite?

—Elena... —Valeria intenta calmarme, pero las palabras siguen saliendo, cada una más dolorosa que la anterior.

—¿Sabes qué es lo peor? —mi voz se quiebra—. Que por un momento realmente creí... creí que podría ser diferente. Que todo lo que vivimos en la cabaña, los momentos con las niñas... creí que era real.

El teléfono vuelve a iluminarse con su nombre. Lo miro fijamente mientras suena, las lágrimas nublando mi visión.

—Conveniente —repito la palabra que me ha destrozado el corazón—. Solo soy eso para él. Conveniente.

Dominic vuelve con el té, pero puedo ver que está conteniendo su rabia. Lo conozco lo suficiente para saber que en cuanto tenga oportunidad, llamará a su mejor amigo. Y por primera vez, no será una llamada amistosa.

El teléfono suena una vez más. Lo apago definitivamente.

Que llame todo lo que quiera. El gran Alexander Sterling tendrá que buscar a alguien más para ser su distracción conveniente.

CAPÍTULO 28

ALEXANDER

La imagen de Richard parpadea en la pantalla de mi portátil mientras revisa los papeles que acabo de pedirle.

—Los documentos estarán listos en una hora —asiente mi abogado, sus ojos moviéndose rápidamente sobre lo que imagino es el borrador en su iPad—. Victoria no tendrá ningún derecho sobre las niñas. La suma acordada se transferirá en cuanto firme la renuncia total de la patria potestad.

—Asegúrate de que sea inapelable —mi voz suena tensa incluso a través de la videollamada—. No quiero ningún resquicio legal que pueda usar más adelante.

—Alexander —Richard me mira a través de la pantalla, ajustándose las gafas de lectura—. Llevo siendo tu abogado desde que heredaste la empresa. ¿Cuándo te he fallado?

La pregunta retórica logra arrancarme una pequeña sonrisa. Richard tiene razón. Si hay alguien que puede asegurar que Victoria desaparezca definitivamente de nuestras vidas, es él.

—Una hora —repito, aflojándome la corbata—. Quiero esos papeles en mi correo en una hora.

Cierro el portátil y siento cómo parte de la tensión comienza a disiparse. Victoria ya no podrá hacerles daño. Ahora necesito ver a Elena, explicarle... Dios, necesito tenerla en mis brazos.

El aroma a galletas recién horneadas flota por el pasillo. Sonrío, imaginando a Elena cubierta de harina como esta mañana, probablemente intentando que Sophie no decore todas las galletas con un exceso de glaseado mientras Sarah calcula la proporción exacta de chispas de chocolate.

Las risas de las niñas mezcladas con la voz de Rosa me llegan desde la cocina. El sonido hace que algo se afloje en mi pecho. Necesito borrar la amargura de este día con la sonrisa de Elena, con su forma de hacer que todo parezca más ligero.

—¿Dónde está Elena? —pregunto al entrar y no verla junto al horno o ayudando a las niñas con la decoración.

Sophie levanta la vista de su galleta, que parece un experimento abstracto de glaseado.

—¿No está contigo?

—Rosa —me giro hacia ella—. ¿Has visto a Elena?

—No desde hace un rato, señor Sterling —responde mientras saca otra bandeja del horno—. Pensé que había ido a buscarle.

Subo las escaleras de dos en dos. Después de estar con Victoria, después de tener que fingir esa frialdad para alejarla... necesito a Elena. Necesito su calor, su forma de hacer que todo parezca más simple.

Golpeo suavemente en su puerta, pero no hay respuesta.

—¿Elena? —la llamo, girando el pomo.

La habitación está vacía. La cama está hecha, todo perfectamente ordenado.

—¿Elena? —mi voz suena más fuerte mientras recorro el pasillo hacia la biblioteca, su refugio favorito.

También vacía.

Una sensación inquietante comienza a crecer en mi pecho. Reviso el jardín de invierno, la sala de música, incluso mi propio despacho.

Nada.

Saco el móvil y marco su número. El tono de llamada suena en el vacío. Una vez. Dos veces. Tres.

«El número al que llama no está disponible...»

Vuelvo a intentarlo. La misma respuesta.

—¡Rosa! —mi voz retumba por el pasillo mientras bajo las escaleras—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Elena?

Rosa me mira desde la puerta de la cocina, limpiándose las manos en el delantal. Hay algo en su expresión que hace que mi inquietud aumente.

—Después de que llegara esa mujer... —Rosa se detiene, eligiendo cuidadosamente sus palabras —. La señorita Elena subió al piso de arriba. Pensé que necesitaba un momento a solas.

Victoria. Mi corazón se acelera. ¿Le habrá dicho algo más a Elena? ¿Le habrá hecho daño de alguna manera?

Vuelvo a marcar su número. Nada.

—Papi —la voz de Sophie me sobresalta—. ¿Elena está bien?

La pregunta hace que algo se retuerza en mi pecho. Sarah está junto a su hermana, sus ojos llenos de preocupación.

—Por supuesto que está bien —respondo automáticamente, pero las palabras suenan huecas incluso para mí—. Solo... necesito encontrarla.

Marco de nuevo. Esta vez ni siquiera suena. Directo al buzón de voz.

Un miedo familiar comienza a crecer en mi pecho. El mismo miedo que sentí aquella mañana cuando descubrí la nota de Victoria. Cuando me di cuenta de que se había ido...

No. Elena no es Victoria. Elena no...

—¡James! —grito, y el mayordomo aparece casi instantáneamente—. ¿Has visto a la señorita Acosta?

—La señorita Acosta salió hace algo más de una hora, señor —responde James, y cada palabra es como un puñetazo en mi estómago—. Parecía... alterada.

El móvil vibra en mi mano. Por un momento mi corazón se detiene, pensando que podría ser Elena. Pero es Dominic.

—Ahora no —gruño al contestar—. No tengo tiempo para...

—Eres un cabrón —la voz de Dominic corta como un cuchillo—. Un maldito cabrón.

Algo en su tono hace que me detenga. Dominic nunca me ha hablado así.

—¿De qué demonios...?

—¿Conveniente? —escupe la palabra—. ¿Buena en la cama? ¿Una distracción temporal? ¿Eso es Elena para ti?

El mundo se detiene. El aire se congela en mis pulmones.

—¿Qué? —mi voz es apenas un susurro—. ¿Cómo...?

—Te escuchó —la furia en la voz de Dominic es palpable—. Te escuchó hablando con Victoria. Cada. Maldita. Palabra.

Oh, Dios. No.

El pánico me inunda mientras las piezas encajan. Elena me escuchó. Escuchó esas palabras crueles, esa mentira que inventé para mantener a Victoria alejada. Y ahora piensa... Dios, piensa que todo ha sido mentira. La cabaña, los momentos robados, cada beso, cada caricia...

Un alivio agridulce me golpea en medio del pánico. No se ha ido porque no me quiera. No se ha ido porque haya encontrado a alguien más o porque se haya cansado de las niñas. Se ha ido porque cree que no significa nada para mí.

La ironía me golpea como un puño: intentando protegerla de Victoria, la he herido más de lo que Victoria jamás podría.

—¿Está contigo? —mi voz tiembla—. Dominic, necesito hablar con ella. Necesito explicarle...

—¿Explicarle qué? —su voz destila veneno—. ¿Que es una distracción conveniente? ¿Que solo la estás usando hasta Navidad?

—No lo entiendes —las palabras salen entre dientes apretados—. Eso no... nada de eso es verdad.

—Pues más te vale que tengas una explicación malditamente buena —gruñe Dominic—. Porque

si esto es algún tipo de juego te destruiré.

—Voy para allá —lo corto, ya dirigiéndome hacia la puerta—. Y Dominic... si no consigo arreglar esto, no necesitarás destruirme. Yo mismo me encargaré de eso.

Cuelgo antes de escuchar su respuesta. Rosa aparece con mi abrigo y una mirada de comprensión en sus ojos.

—Las niñas estarán bien —dice suavemente—. Tráela de vuelta.

ELENA

El ático de Valeria es un borrón a través de mis lágrimas. Han pasado horas, pero las palabras de Alexander siguen resonando en mi cabeza como cuchillas: «conveniente», «temporal», «nada».

Aunque no llevo el delantal todavía puedo oler el aroma a galletas navideñas en mi ropa. Un recordatorio más de la vida que creí que podría tener, de la familia que por un momento pensé que podría ser mía.

—Tienes que tomar algo —la voz de Valeria es suave mientras deja una taza de té junto a mí.

—No puedo —susurro, mirando por el ventanal hacia la nieve que cae sobre Manhattan—. Cada vez que cierro los ojos, lo veo... lo escucho...

Mi voz se quiebra. ¿Cómo explicarle que cada momento que creí especial ahora está manchado? La cabaña, los besos robados, la forma en que me miraba cuando creía que nadie lo veía... ¿Todo fue parte de su «conveniencia»?

El timbre suena, y algo en la forma en que Dominic y Valeria intercambian miradas hace que mi corazón se detenga.

—No —sacudo la cabeza, levantándome del sofá sabiendo lo que eso significa—. No quiero verlo. No puedo...

El timbre vuelve a sonar, más insistente esta vez. Me alejo del sofá, retrocediendo hacia el ventanal como un animal acorralado. La nieve cae con más fuerza ahora, convirtiendo Manhattan en un mundo blanco y silencioso que parece burlarse de mi dolor.

—Elena —Valeria se acerca despacio, como si temiera que fuera a romperme—. Tal vez deberías...

—No —mi voz tiembla—. No puedo verlo. No puedo escuchar cómo intenta explicar que todo fue... que yo solo era...

Las palabras se me atrancan en la garganta. «Conveniente». La palabra sigue ardiendo en mi pecho como una marca al rojo vivo.

Dominic se acerca al intercomunicador, su espalda tensa. Lo escucho murmurar algo y luego se gira hacia nosotras.

—Le he abierto —dice, mirándome con una mezcla de preocupación y determinación—. Dice que necesita hablar contigo.

—Al menos escúchalo —sugiere Valeria suavemente—. Si después quieres que se vaya...

—¿Escuchar qué? —una risa amarga escapa de mis labios—. ¿Cómo explica que soy una distracción temporal? ¿Que solo me estaba usando hasta...?

El sonido del ascensor llegando corta mis palabras. Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo oír nada más.

Las puertas del ascensor se abren, y el aire parece abandonar la habitación. Alexander está ahí, su figura imponente recortada contra la luz del pasillo. Su traje perfectamente cortado está arrugado, algo que nunca había visto antes. Su pelo, siempre impecable, está revuelto como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente.

Pero son sus ojos los que me hacen temblar. Esos ojos azules que tanto amo... amaba... me miran con una intensidad que hace que mis rodillas se debiliten.

—Elena —mi nombre en sus labios suena como una plegaria y una súplica.

Retrocedo otro paso, mi espalda tocando el frío cristal del ventanal. La nieve sigue cayendo al otro lado, creando un telón blanco que nos aísla del mundo.

—Vete —logro susurrar, aunque cada célula de mi cuerpo grita por correr hacia él—. No quiero oír tus explicaciones.

Da un paso hacia mí, y Dominic se tensa visiblemente, pero Valeria lo detiene con una mano en su brazo.

—Lo que escuchaste... —empieza Alexander, su voz ronca—. No es lo que piensas.

Una risa amarga escapa de mis labios.

—¿No? ¿No eras tú diciéndole a Victoria que soy conveniente? ¿Que soy buena en la cama? ¿Que solo soy una distracción temporal?

Sus ojos se cierran por un momento, como si cada palabra mía fuera un golpe físico. Cuando los abre de nuevo, hay algo en ellos que nunca había visto antes: desesperación.

—Le mentí —dice, su voz apenas un susurro—. Le mentí a Victoria porque necesitaba mantenerla alejada. De las niñas. De ti.

—¿Mentir? —mi voz tiembla—. Sonabas bastante convincente, Alexander.

Da otro paso hacia mí. Aislándonos del mundo en esta burbuja de dolor y verdades a medio decir.

—¿Crees que algo de lo que vivimos fue conveniente? —su voz es ronca, intensa—. ¿La cabaña? ¿Las noches que pasé en vela solo mirándote dormir? ¿Los momentos con las niñas?

—No hagas esto —susurro, y las lágrimas que he estado conteniendo amenazan con desbordarse —. No uses a las niñas para...

—¿Para qué, Elena? —está más cerca ahora, tan cerca que puedo oler su perfume mezclado con el aroma a nieve de Manhattan—. ¿Para demostrarte que has traído más felicidad a nuestras vidas en unas semanas que nadie en años?

Las lágrimas ruedan libremente por mis mejillas ahora. Quiero creerle. Dios, cómo quiero creerle. Pero el recuerdo de su voz fría hablando con Victoria...

—¿Por qué? —logro preguntar, mi voz quebrándose—. ¿Por qué dirías esas cosas si no son verdad?

—Porque estaba aterrado —confiesa, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca le había escuchado—. Victoria volvió amenazando con lastimar lo único bueno que tengo en mi vida. A las niñas. A ti.

—Alexander... —susurro, pero él niega con la cabeza.

—No, déjame terminar —su mano se levanta como si quisiera tocarme, pero se detiene a centímetros de mi rostro—. Toda mi vida he controlado todo. Cada detalle, cada momento. Y entonces llegaste tú, con tu risa y tu caos, enseñándole a Sophie que está bien manchar de chocolate la mesa y a Sarah que no todo necesita ser perfecto...

Se pasa una mano por el pelo, desordenándolo aún más.

—Y me aterró —continúa, su voz temblando ligeramente—. Me aterró darme cuenta de que prefiero un minuto de tu caos que una vida entera de orden sin ti.

—Me aterró —su voz se quiebra— darme cuenta de que no puedo imaginar mi vida sin tus galletas en la cocina, sin tus canciones en español, sin la forma en que haces que mis hijas brillen...

Da otro paso hacia mí, y esta vez no retrocedo. No puedo. Estoy atrapada entre el frío del cristal y el calor que irradia su cuerpo.

—Conozco a Victoria —continúa, sus ojos fijos en los míos—, y sabía... sabía que, si creía que eras importante para mí, te usaría para hacernos daño. Así que le di lo que quería oír. Le hice creer que no significabas nada.

—¿Y qué significo, Alexander? —mi voz es apenas un susurro—. ¿Qué soy realmente para ti?

Su mano finalmente encuentra mi mejilla, y el contacto envía electricidad por todo mi cuerpo. Sus dedos tiemblan ligeramente contra mi piel.

—Lo eres todo —murmura, su pulgar atrapando una lágrima—. Eres el caos que necesitaba mi orden. Eres la risa que faltaba en esta casa. Eres... eres el hogar que no sabía que estaba buscando. Eres la persona que me ha enseñado que a veces las mejores cosas de la vida no siguen un horario —su voz es suave, íntima—. La que me ha demostrado que el amor no se mide en perfección, sino en galletas y abrazos con manos pegajosas de chocolate.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura que puede oírlo. Sus palabras derriban cada muro que intenté construir desde que lo escuché con Victoria.

—Las niñas... —susurro, y mi voz se quiebra al pensar en ellas.

—Las niñas te adoran —su otra mano encuentra mi cintura, acercándome más a él—. Sarah sonríe más desde que llegaste. Sophie ya no teme ser ella misma. Les has enseñado que está bien ser imperfectas, que el amor no viene con condiciones...

Se detiene, y hay tanta emoción en sus ojos que apenas puedo respirar.

—Como me has enseñado a mí —continúa, su frente descansando contra la mía—. Me has enseñado que el control es una ilusión, que la vida real está en los momentos desordenados, en las risas inesperadas, en...

—Alexander... —intento interrumpirle, pero él niega suavemente.

—Te amo —las palabras salen como una confesión, como una verdad demasiado tiempo contenida—. Te amo tanto que me aterra. Te amo incluso cuando desordenas mi oficina perfectamente organizada, cuando cantas desafinado en la cocina, cuando...Te amo —repite, y esta vez su voz es más firme, más segura—. Te amo por cómo defiendes a mis hijas, por cómo haces que esta casa se sienta viva por primera vez en años. Te amo por cada regla que has roto, por cada momento de caos que has traído a mi vida perfectamente ordenada.

Sus palabras me envuelven como una caricia, derritiendo el hielo que se había formado alrededor de mi corazón. Sus manos acunan mi rostro ahora, sus pulgares limpiando las lágrimas que no puedo contener.

—Cuando Victoria se fue —continúa, su voz temblando ligeramente—, pensé que el amor era una debilidad. Que el control era la única forma de protegernos. Y entonces llegaste tú y pusiste mi mundo del revés.

—Alexander... —mi voz es apenas un susurro.

—No te vayas —ruega, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca le había escuchado—. No nos dejes. No me dejes volver a ser el hombre frío que era antes de ti.

Sus ojos, esos ojos azules que me volvieron loca desde el primer día, están llenos de una emoción tan cruda, tan real, que me deja sin aliento.

—¿Cómo sé que esto es real? —susurro, mi corazón latiendo tan fuerte que apenas puedo oír mis propias palabras—. ¿Cómo sé que no son más palabras convenientes?

Sus manos se tensan ligeramente en mi rostro, y veo el dolor que mi duda le causa reflejado en sus ojos.

—Porque nunca he estado tan aterrado en mi vida —confiesa, su voz ronca—. Porque la idea de perderte me hace sentir como si no pudiera respirar. Porque...

Se detiene, tragando con dificultad, y entonces:

—Porque le di un cheque a Victoria —dice—. Dos millones para que renuncie a todos sus derechos sobre las niñas. Para que no pueda usarlas nunca más para hacernos daño. Para que no pueda amenazar esta familia que estamos construyendo.

—¿Familia? —la palabra sale temblorosa de mis labios.

—Sí, familia —sus ojos no dejan los míos mientras habla—. Tú, yo, las niñas... esto es real, Elena. Es lo más real que he sentido en mi vida.

Una de sus manos baja a mi cintura, atrayéndome más cerca, mientras la otra sigue acariciando mi mejilla.

—Te amo —repite, y cada vez que lo dice suena más verdadero, más profundo—. Y sé que no

me merezco tu perdón, que te he herido intentando protegerte, pero te necesito. Las niñas te necesitan. Quédate con nosotros.

—Alexander... —susurro, mi corazón a punto de estallar.

—Quédate —su voz es casi una súplica—. No solo hasta Navidad. No temporalmente. Quédate para siempre. Sé parte de esta familia. Nuestra familia.

Sus palabras hacen que algo dentro de mí se rompa y se reconstruya al mismo tiempo. Pienso en Sophie y sus experimentos de galletas, en Sarah y sus cálculos precisos, en cómo me miran como si fuera su mundo entero.

—Las niñas necesitan una madre —continúa, su voz temblando—. No alguien que las abandone por un instructor de tenis, sino alguien que las ame por quienes son. Necesitan... te necesitan a ti.

Sus ojos brillan con desesperación.

—Y yo... yo necesito a la mujer que ha puesto mi vida del revés. Que me ha enseñado que el amor no se mide en protocolos y horarios, sino en momentos desordenados y risas inesperadas. Te necesito, Elena. Quédate con nosotros.

Las lágrimas corren libremente por mis mejillas mientras sus palabras resuenan en mi corazón. Todo el dolor, toda la duda, se derrite bajo el calor de su mirada, bajo la verdad que veo en sus ojos.

—Yo... —mi voz tiembla—. Las niñas son mi vida. Tú eres mi vida. Todo este tiempo intentando fingir que era temporal, que podría irme después de Navidad...

Mi mano encuentra su rostro, mis dedos trazando suavemente la línea de su mandíbula.

—Yo también te amo —susurro, y es como si esas palabras liberaran todo lo que he estado conteniendo—. Te amo por cómo miras a tus hijas, por cómo intentas ser mejor por ellas. Te amo incluso cuando eres un controlador insufrible, cuando haces listas para todo, cuando...

Un sollozo mezclado con risa escapa de mis labios.

—Te amo —repito, más fuerte esta vez—. Y amo a esas niñas como si fueran mías. Las he amado desde el primer momento en que Sophie derramó chocolate en mi falda y Sarah intentó calcularlo matemáticamente.

Alexander me atrae más cerca, hasta que no hay espacio entre nosotros, hasta que puedo sentir su corazón latiendo contra el mío.

—Vamos a casa —susurra Alexander contra mi pelo—. Las niñas nos esperan.

Casa. La palabra nunca había sonado tan perfecta.

Valeria se acerca, lágrimas de felicidad en sus ojos. Me abraza con toda la fuerza que su embarazo le permite.

—Ya era hora —murmura en mi oído—. Nunca lo había visto así por nadie.

Dominic estrecha la mano de Alexander, una conversación silenciosa pasando entre ellos. Luego me sorprende dándome un abrazo rápido.

—Cuida de este idiota —dice con una sonrisa—. A veces necesita que alguien desordene su vida perfectamente organizada.

El viaje en el Bentley es silencioso, nuestras manos entrelazadas sobre mi regazo. La nieve sigue cayendo sobre Manhattan, convirtiendo la ciudad en un cuento de Navidad.

Cuando llegamos a la mansión, Rosa nos recibe con una sonrisa conocedora y los ojos brillantes.

—Las niñas finalmente se durmieron —dice suavemente—. Después de hacer suficientes galletas como para alimentar a todo Manhattan.

Alexander me guía escaleras arriba, y cada paso se siente como volver a casa. Nos detenemos en la puerta de las niñas, donde Sophie y Sarah duermen profundamente. Mi corazón se hincha de amor al verlas.

En su habitación, Alexander me besa con una ternura que me hace temblar. Es diferente a nuestros encuentros anteriores. No hay urgencia, no hay desesperación. Solo amor, promesas silenciosas y la certeza de que esto es para siempre.

Sus manos recorren mi cuerpo con reverencia, como si estuviera memorizando cada curva, cada

temblor. Sus besos son suaves, profundos, llenos de promesas y disculpas silenciosas. La lámpara proyecta sombras doradas sobre su piel mientras me desviste lentamente.

—Eres tan hermosa —susurra contra mi cuello, sus dedos trazando patrones en mi piel desnuda —. Tan perfecta.

—Alexander... —suspiro cuando sus labios encuentran ese punto sensible bajo mi oreja.

Sus manos tiemblan ligeramente mientras desabotona mi blusa, y esa vulnerabilidad, tan rara en él, hace que mi corazón se derrita. No es el ejecutivo poderoso ahora, no es el hombre que controla todo. Es solo Alexander, amándome con una ternura que me hace querer llorar.

—Te amo —murmura contra mi piel, las palabras mezclándose con besos—. Te amo tanto...

La ropa cae suavemente, como copos de nieve, mientras nos perdemos el uno en el otro. Sus manos recorren mi cuerpo como si fuera algo precioso, algo sagrado.

Me tiende sobre la cama con infinita dulzura, sus ojos azules brillando con amor y deseo contenido. Cuando nuestros cuerpos finalmente se unen, es como volver a casa. No hay prisa, solo la danza lenta y profunda de dos personas que saben que tienen toda la vida por delante.

Sus manos entrelazan las mías sobre las sábanas mientras se mueve dentro de mí, nuestros ojos conectados, nuestras respiraciones mezclándose. El placer crece lentamente, como una ola que nos arrastra a ambos.

—Te amo —susurra contra mis labios cuando el clímax nos alcanza, y en ese momento perfecto, sé que este es mi lugar. Aquí, con él, con las niñas durmiendo al otro lado del pasillo. Esta es mi familia.

Después, acurrucada contra su pecho mientras la nieve sigue cayendo al otro lado de los ventanales, escucho los latidos de su corazón y sonrío. Por primera vez en mi vida, estoy exactamente donde debo estar.

CAPÍTULO 29

SOPHIE

Los adultos creen que los niños no entendemos las cosas importantes, pero se equivocan. Por ejemplo, yo sé exactamente por qué papi está más nervioso que cuando dio ese discurso en la tele. Y también sé por qué ha revisado el anillo como mil veces esta mañana (Sarah dice que en realidad han sido doce, pero ella siempre es tan exacta con los números...).

—Sophie —Sarah me llama desde su escritorio, donde tiene desplegados todos sus planos—. ¿Crees que las luces deberían ir en patrón circular o en espiral? He calculado la distribución óptima considerando el factor sorpresa y...

—¡En forma de corazón! —exclamo, saltando sobre su cama perfectamente hecha—. ¡Como en las películas!

Sarah ajusta sus gafas con ese gesto que la hace parecer tanto a papi.

—Un corazón requeriría un 27% más de cable del previsto —murmura, consultando su libreta —. Pero supongo que el impacto emocional compensaría la desviación del presupuesto.

Me asomo por la ventana. La nieve sigue cayendo sobre Manhattan, convirtiendo nuestro jardín en un mundo blanco y perfecto. Rosa dice que es una señal, que la nieve en Navidad es mágica. Y hoy necesitamos toda la magia posible.

—¿Crees que Elena sospecha algo? —pregunto, dibujando corazones en el cristal empañado.

—La probabilidad es baja —responde Sarah sin levantar la vista de sus cálculos—. Aunque esta mañana casi nos descubre cuando vio el catálogo de flores.

Suelto una risita recordando cómo papi casi se atraganta con su café cuando Elena preguntó por qué había tantas rosas blancas en la cocina. Menos mal que soy buena inventando excusas (Sarah dice que soy buena mintiendo, pero eso suena feo).

—Los padres de Elena llegan en dos horas —Sarah consulta su reloj—. El tío Dom los recogerá en el aeropuerto y los llevará a su casa hasta la noche.

Mi corazón da un saltito de emoción. Elena siempre nos habla de ellos, de cómo su papá hace la mejor tortilla del mundo y su mamá cuenta los mejores cuentos. ¡Y por fin vamos a conocerlos en persona! No solo a través del ordenador.

Rosa me sorprende entrando con una bandeja de galletas recién horneadas, y el aroma a canela me hace agua la boca.

—Ni se te ocurra, señorita —me advierte con esa sonrisa que significa que no está realmente enfadada—. Estas son especiales para esta noche.

—¿Has usado la receta secreta de Elena? —pregunto, intentando robar una mientras Sarah finge no ver nada (ella siempre me cubre, aunque luego diga que es estadísticamente improbable que no nos pillen).

—Por supuesto —Rosa guiña un ojo—. Y su padre traerá los ingredientes para la tortilla especial. Todo tiene que ser perfecto.

Me encanta ver a papi así de nervioso. Esta mañana incluso se puso la corbata al revés, ¡y eso nunca pasa! La abuela dice que un Sterling siempre debe mantener la compostura, pero yo creo que está bien que papi esté nervioso. Sarah dice que es una respuesta fisiológica normal ante eventos de alta importancia emocional (a veces mi hermana habla como una pequeña científica, pero yo sé que también está emocionada).

—Sophie —Sarah me llama con urgencia—. Elena viene por el pasillo. ¡Operación Distracción!

Salto de la cama justo cuando Elena asoma la cabeza por la puerta. Tiene harina en la mejilla y su sonrisa hace que todo parezca más brillante.

—¿Qué estáis tramando, pequeñas conspiradoras? —pregunta, y por un momento temo que nos

haya descubierto.

—¡Nada! —respondo demasiado rápido, haciendo que Sarah se lleve la mano a la frente—. Solo... ¡planeábamos nuestro número musical de Navidad!

Elena arquea una ceja, esa que levanta cuando no nos cree del todo, pero sonríe.

—¿Un número musical? —pregunta, limpiándose distraídamente la harina de la mejilla—. ¿Por eso Sarah tiene planos con cálculos matemáticos?

—¡Es para la coreografía! —interviene Sarah, sorprendiéndome con su rapidez—. Estoy calculando los ángulos óptimos de movimiento.

Elena nos mira a ambas y suelta una risa que suena como campanillas.

—Vosotras dos estáis tramando algo —dice, pero su sonrisa es tan cálida que hace que mi corazón se hinche de felicidad—. Pero supongo que tendré que esperar a la noche para descubrirlo.

Cuando Elena se va, Sarah y yo nos miramos y soltamos el aire que no sabíamos que estábamos conteniendo. Esta será la mejor Navidad de todas. Lo sé porque papi nunca ha sonreído tanto, ni siquiera cuando cerró ese trato importante del que siempre habla el tío Dom.

Y porque Elena... bueno, Elena ya es nuestra familia. Solo falta hacerlo oficial.

ALEXANDER

La caja de terciopelo azul en mi bolsillo pesa como si fuera de plomo. Dominic acaba de enviarme un mensaje: los padres de Elena ya están en su casa, escondidos hasta esta noche. Todo está saliendo según lo planeado, y, aun así, nunca me he sentido menos en control.

El jardín de invierno está transformado. Las luces que Sarah calculó matemáticamente forman un corazón perfecto (por supuesto que Sophie ganó esa discusión), y las rosas blancas que Elena vio esta mañana ahora crean un camino hacia el centro de la estancia.

—Papi —Sophie tira de mi manga—. ¿Estás nervioso?

La miro, tan pequeña y perceptiva, sus ojos brillando con emoción contenida.

—Los Sterling no se ponen nerviosos —respondo automáticamente, pero Sarah, que está comprobando las luces una última vez, suelta un bufido poco elegante.

—Tu frecuencia cardíaca está elevada, tu frente muestra signos de sudoración y has comprobado el anillo aproximadamente diecisiete veces en la última hora —enumera ajustándose las gafitas—. Todos los indicadores sugieren un estado de nerviosismo agudo.

Me paso una mano por el pelo, desordenándolo por enésima vez. Mis hijas me conocen demasiado bien.

—Todo tiene que ser perfecto —murmuro, más para mí mismo que para ellas.

—Elena dice que las cosas perfectas son aburridas —interviene Sophie, saltando para sentarse en mi escritorio (algo que antes nunca habría permitido)—. Dice que lo importante es que haya amor.

Sarah asiente solemnemente.

—Y según mis cálculos, el nivel de amor presente supera todos los parámetros establecidos.

El sonido de voces en el pasillo nos alerta. Elena está cerca. Sophie salta del escritorio y Sarah guarda rápidamente sus planos.

—Recuerda, papi —susurra Sophie mientras se dirigen a la puerta—. Solo tienes que decir lo que sientes. Como en las películas.

—Pero sin estadísticas —añade Sarah—. A Elena le gustan más las palabras bonitas que los números.

Las veo marcharse, estas pequeñas conspiradoras que han planeado cada detalle conmigo. Que quieren tanto a Elena como yo. Que han florecido bajo su cuidado y su amor.

Respiro hondo y toco la caja en mi bolsillo una vez más. En unas horas, cuando la nieve caiga sobre Manhattan y las luces brillen en forma de corazón, le pediré a Elena que sea parte de nuestra familia. Para siempre.

El jardín de invierno brilla con la luz suave de cientos de velas. Las niñas han hecho un trabajo excepcional, aunque sospecho que Rosa ha ayudado más de lo que admite. La nieve cae silenciosamente al otro lado de los ventanales, convirtiendo esta noche en algo mágico.

Elena entra del brazo de su padre, que llegó «de sorpresa» hace una hora. La veo contener el aliento al ver la decoración, sus ojos brillando con lágrimas contenidas mientras observa el corazón de luces. Su madre ya está sentada junto a las niñas, que apenas pueden contener su emoción.

—Alexander... —susurra cuando la recibo en el centro de la habitación—. ¿Qué es todo esto?

Tomo sus manos entre las mías, notando cómo tiemblan ligeramente. O quizás son las mías las que tiemblan.

—Elena —mi voz suena más ronca de lo que esperaba—. Cuando entraste en nuestras vidas, pensé que solo serías una niñera temporal. Alguien que cuidaría de las niñas durante las navidades... Pero te convertiste en mucho más —continúo, apretando suavemente sus manos—. Te convertiste en la risa que faltaba en esta casa, en la calidez que necesitábamos sin saberlo.

Veo lágrimas formándose en sus ojos mientras las niñas se acercan silenciosamente a nosotros.

—Me enseñaste que el control no lo es todo —mi voz tiembla ligeramente—. Que a veces el caos trae las mejores sorpresas. Que el amor no se mide en horarios perfectos ni en protocolos, sino en abrazos y en cuentos antes de dormir.

Sophie le entrega a su hermana un pañuelo cuando Elena empieza a llorar, y Sarah asiente con aprobación, como si esto también lo hubiera calculado.

—Mis hijas te adoran —continúo, mi pulgar acariciando el dorso de su mano—. Y yo... yo me enamoré de ti sin darme cuenta. De tu forma de reír, de cómo cantas desafinado en español mientras cocinas, de cómo has hecho de esta casa un hogar.

Me arrodillo frente a ella, sacando la caja de terciopelo de mi bolsillo. Escucho a su madre contener el aliento y a su padre murmurar algo en español que suena a bendición.

—Elena María Acosta Ruiz —mi voz es firme ahora, segura—. ¿Nos harías el honor, a las niñas y a mí, de convertir esto en oficial? ¿De ser nuestra familia no solo en nuestros corazones sino también ante el mundo? ¿Te casarías conmigo?

Las lágrimas corren libremente por sus mejillas mientras me mira, sus ojos color miel brillando con tanto amor que hace que mi corazón se detenga.

—Sí —susurra, y luego más fuerte—. ¡Sí! ¡Por supuesto que sí!

Sophie suelta un grito de alegría y Sarah asiente satisfecha, como si el resultado hubiera sido exactamente el que sus cálculos predijeron. Me levanto y deslizo el anillo en su dedo tembloroso, y antes de que pueda decir nada más, las niñas se lanzan sobre nosotros en un abrazo grupal.

—¡Ahora sí seremos una familia de verdad! —exclama Sophie, saltando de emoción.

—Aunque técnicamente ya lo éramos —añade Sarah, ajustándose las gafitas que se le han torcido con el abrazo—. Esto solo es la formalización oficial del vínculo emocional preexistente.

Elena ríe entre lágrimas, abrazando a las niñas mientras sus padres se acercan. Su madre la abraza susurrando algo en español que hace que Elena llore más, y su padre me estrecha la mano con fuerza antes de darme un abrazo que me sorprende por su calidez.

—Cuídala —dice en un inglés con fuerte acento—. Y deja que ella cuide de ti también.

Dominic y Valeria son los siguientes en acercarse. Nos abrazan y nos dicen que los hemos hecho felices y mi corazón se llena de puro amor.

La nieve sigue cayendo al otro lado de los ventanales mientras sostengo a mi familia -mi familia completa- en mis brazos. Por primera vez en mi vida, el control no importa. Solo esto. Solo nosotros.

Solo amor.

Mi madre observa todo desde su lugar junto a los padres de Elena. Durante toda la propuesta ha mantenido su compostura característica, pero ahora noto algo diferente en su mirada mientras nos contempla.

Se acerca a nosotros con pasos medidos, y por primera vez en años, veo lágrimas contenidas en sus ojos.

—Alexander —su voz es suave—. Las galletas que Elena hace con las niñas... Me recuerdan a cuando eras pequeño, antes de que las apariencias y los protocolos se volvieran más importantes que los momentos en familia.

Se gira hacia Elena y, para mi asombro, toma sus manos entre las suyas.

—Bienvenida a la familia Sterling, querida —dice con una sinceridad que nunca le había escuchado—. Aunque supongo que ya eras parte de ella desde el momento en que pusiste nuestra vida perfectamente ordenada del revés.

Elena solloza suavemente mientras mi madre la abraza, y veo a Sophie secarse una lágrima (aunque luego insistirá en que solo le entró algo en el ojo). Sarah, por su parte, garabatea algo en su libreta, probablemente documentando este momento histórico.

La nieve sigue cayendo al otro lado de los ventanales, y por primera vez en años, la mansión Sterling se siente verdaderamente como un hogar.

CAPÍTULO 30

ELENA

El reloj marca las ocho mientras observo a Valeria acomodarse por tercera vez en su silla. Su mano descansa protectoramente sobre su enorme barriga de nueve meses mientras intenta encontrar una posición cómoda. La entiendo mejor de lo que ella sospecha; aunque en mi caso, las náuseas matutinas son mi única compañía por ahora.

Ocho semanas. El test de embarazo que escondí esta mañana en el fondo de mi neceser marca ocho semanas. Miro mi copa de agua (que todos creen que es vino) y sonrío, pensando en cómo reaccionará Alexander cuando se lo diga.

—¿Estás bien? —la voz de Valeria me sobresalta—. Estás... diferente.

Mi hermana siempre ha tenido un sexto sentido para estas cosas. Me pregunto si ella sospecha algo.

—Solo cansada —miento, observando cómo Dominic revolotea alrededor de mi hermana como una abeja nerviosa—. ¿Y tú? Pareces... inquieta.

—Tu sobrino está bailando salsa ahí dentro —bromea, pero veo una mueca cruzar su rostro—. O al menos eso espero que sea.

Sarah, que está explicando a Sophie la diferencia entre contracciones Braxton Hicks y verdaderas (¿de dónde saca esta niña tanta información?), levanta la vista de su libreta.

—Según mis cálculos —anuncia con aire profesional—, el bebé debería llegar en aproximadamente 4.3 días.

—O quizás antes —murmura Valeria, y noto cómo su mano se tensa sobre su vientre.

—¿Val? —me inclino hacia ella, reconociendo esa expresión—. ¿Estás bien?

—Solo... —respira profundamente—. Solo necesito ir al baño. Otra vez.

Pero cuando intenta levantarse, veo el dolor cruzar su rostro. Sarah, siempre observadora, ya está consultando su reloj.

—Tía Val —dice con su tono más científico—. ¿Podrías indicarme la duración exacta de esa contracción?

—No es una contracción —protesta Valeria—. Es solo...

—¡DOM! —grito, reconociendo la situación—. ¡DOMINIC!

Mi cuñado aparece en el comedor como si lo hubieran invocado, su habitual compostura empresarial completamente olvidada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Es el bebé? ¿Ya viene? ¿Ahora? ¿Aquí? —sus preguntas salen atropelladamente mientras corre hacia Valeria—. Pero... pero... todavía no es el día.

—Los bebés no siguen cronogramas exactos, tío Dom —informa Sarah, ajustándose las gafitas.

Alexander entra en ese momento, evaluando la situación con su eficiencia característica. Aunque noto cómo se tensa cuando Valeria deja escapar un gemido de dolor.

—El hospital está a doce minutos —dice Alexander, ya con las llaves del coche en la mano—. Dominic, ¿has preparado...?

Pero Dominic está demasiado ocupado intentando recordar cómo respirar mientras sostiene la mano de mi hermana.

—¡La maleta! —exclama de repente—. ¡El plan de parto! ¡El oso de peluche que compramos! ¿Dónde está el oso?

—En el coche —respondo, conteniendo una sonrisa—. Lo pusiste ahí hace tres semanas. Como el plan de parto, la maleta y prácticamente todo el departamento de bebés de Bergdorf's.

—¡Yo quiero ir! —Sophie salta emocionada—. ¡Quiero ver nacer a mi primo!

—El proceso del parto puede durar entre 8 y 24 horas —informa Sarah, consultando sus notas

—. Aunque considerando los factores genéticos y...

Otra contracción interrumpe su disertación científica. Valeria aprieta los dientes mientras Dominic parece a punto de desmayarse.

—Respira, cariño —le digo a mi hermana. Hago una pausa y miro a Dominic—. Tú también, Dom. Los dos necesitáis respirar.

Alexander toma el control de la situación, como siempre:

—Elena, lleva a las niñas a casa. Yo conduciré. Dominic, por el amor de Dios, siéntate antes de que te caigas.

—Pero queremos ir al hospital —protesta Sophie, mientras Sarah ya está haciendo una lista de lo que necesitarán para una noche de espera.

Me muerdo el labio, mirando a Alexander. La idea de separarme de Valeria en este momento... Él debe ver algo en mi expresión porque suaviza su postura.

—Todos iremos al hospital —dice finalmente.

El trayecto es un caos controlado. Dominic murmura estadísticas de parto que claramente ha memorizado, interrumpido ocasionalmente por las correcciones de Sarah. Sophie canta nanas en español para «calmar al bebé», mientras Valeria alterna entre reír y gemir con las contracciones.

Alexander conduce con precisión militar, aunque noto cómo sus nudillos se blanquean en el volante cada vez que mi hermana gime de dolor. Su mano libre encuentra la mía en un momento, y el contacto me recuerda el secreto que guardo. Pronto estaremos en esta misma situación...

—Dom —la voz tensa de Valeria nos sobresalta a todos—. Creo que... creo que esto va más rápido de lo que pensábamos.

—¿Más rápido? —Dominic palidece visiblemente—. Pero... pero el libro decía que el primer parto suele durar...

—Al bebé no le importa lo que diga el libro —gruño, reconociendo los signos—. Alexander, ¿cuánto falta?

—Tres minutos —responde, acelerando ligeramente.

Sarah, que ha estado cronometrando las contracciones, anuncia:

—Las contracciones están espaciadas por intervalos de aproximadamente dos minutos y cuarenta y tres segundos. Según mis investigaciones, esto indica...

—Que ya viene —termino por ella, mientras Valeria deja escapar otro gemido—. Este bebé tiene prisa.

Llegamos al hospital en tiempo récord. Alexander apenas ha detenido el coche cuando ya hay un equipo médico esperándonos, alertados por una llamada que no me di cuenta que hizo.

Todo sucede muy rápido después de eso. Valeria es llevada en silla de ruedas, Dominic tropezando tras ella mientras intenta recordar las técnicas de respiración que practicó durante meses. Las niñas, repentinamente silenciosas, se aferran a mis manos.

—Elena —Alexander me detiene antes de que siga al grupo—. ¿Estás bien? Has estado... diferente toda la noche.

Su preocupación hace que mi corazón se acelere. Este es el momento. Debería decírselo ahora...

—¡ELENA! —el grito de Valeria interrumpe mis pensamientos—. ¡TE NECESITO AQUÍ!

—Ve —dice Alexander, besando mi frente—. Yo me ocupo de las niñas.

En la sala de parto, Dominic está más pálido que las paredes del hospital. Valeria agarra su mano con tanta fuerza que temo que necesitemos dos habitaciones de hospital.

—Dom —susurro mientras me acerco a él—. ¿Por qué no vas a buscar hielo?

—¿Hielo? —parpadea confundido—. Pero el libro no mencionaba...

—¡VE A BUSCAR EL MALDITO HIELO! —grita Valeria durante otra contracción.

Dominic sale tambaleándose de la habitación, probablemente agradecido por la excusa para tomar aire. Me concentro en mi hermana, limpiando el sudor de su frente mientras las contracciones se intensifican.

Una hora después, el llanto de un bebé llena la habitación.

—Es un niño —anuncia el doctor, y las lágrimas corren por las mejillas de Valeria.

Dominic, que volvió justo a tiempo (y solo se desmayó una vez), mira a su hijo como si fuera la octava maravilla del mundo.

Salgo silenciosamente de la habitación, dejando que disfruten sus primeros momentos como familia. En la sala de espera, encuentro a Alexander sentado con las niñas dormidas a cada lado. La imagen hace que mi mano vuele instintivamente a mi vientre.

Es ahora o nunca.

—Alexander —susurro, sentándome frente a él—. Tengo que decirte algo.

ALEXANDER

Observo a Elena acercarse. Hay algo diferente en ella esta noche, algo que no logro descifrar. Las niñas duermen plácidamente a mi lado, agotadas por la emoción.

—Alexander —susurra, sentándose frente a mí—. Tengo que decirte algo.

Hay un temblor en su voz que hace que me tense instintivamente. La veo jugar nerviosamente con el anillo de compromiso, un gesto que hace cuando está nerviosa.

—¿Qué sucede? —pregunto suavemente, intentando no despertar a las niñas.

—Yo... —se muerde el labio, y por un momento parece buscar las palabras correctas—. Pronto tendremos que decorar el cuarto junto al de las niñas.

La miro sin comprender por un momento, hasta que su mano se posa suavemente sobre su vientre. El mundo parece detenerse.

—¿Estás...? —mi voz se quiebra, incapaz de terminar la pregunta.

Ella asiente, lágrimas brillando en sus ojos.

—Ocho semanas —susurra—. Me enteré esta mañana.

Mi corazón se detiene y luego comienza a latir desbocadamente. Un bebé. Nuestro bebé.

Me inclino hacia ella, teniendo cuidado de no despertar a las niñas. Mis manos tiemblan cuando acuno su rostro.

—¿Un bebé? —susurro, y mi voz suena extraña, llena de una emoción que apenas puedo contener.

Elena asiente, y una lágrima se desliza por su mejilla. La limpio con mi pulgar, maravillándome ante la idea de que esta mujer extraordinaria no solo ha transformado nuestras vidas, sino que ahora lleva a nuestro hijo.

—¿Por eso no has bebido vino en la cena? —pregunto, y ella suelta una risa suave.

—Siempre tan observador —murmura.

La atraigo hacia mí, teniendo cuidado de no molestar a las niñas. Su cabeza descansa en mi hombro, y por un momento nos quedamos así, absorbiendo la magnitud del momento.

—Las niñas van a estar emocionadas —susurro contra su pelo—. Sarah va a calcular la fecha exacta de su nacimiento.

Elena ríe suavemente, y el sonido hace que mi corazón se hinche de amor.

—Te amo —digo, y nunca estas palabras han significado tanto—. A ti y a nuestro bebé.

Un suave ronquido de Sophie rompe el momento, haciéndonos sonreír. Nuestra familia está creciendo, y no podría ser más perfecto.

EPÍLOGO

ELENA

La risa de Sophie resuena por toda la casa mientras mi padre intenta enseñarle a hacer una tortilla española. Sarah, sentada en la encimera con su inseparable libreta, documenta meticulosamente cada paso de la receta, interrumpiendo ocasionalmente para preguntar sobre las proporciones exactas.

Me apoyo en el marco de la puerta, acariciando distraídamente mi vientre de ocho meses. El bebé da una patada, como si también quisiera unirse a la alegría general.

—Cuidado, papá —bromeo—. Sarah está calculando el ángulo exacto para dar la vuelta a la tortilla.

—La técnica es crucial —asiente Sarah seriamente—. El éxito depende de un movimiento preciso de 180 grados.

—¡A mí me gusta cuando se rompe! —exclama Sophie, cubierta de huevo hasta las pestañas—. ¡Así podemos hacer tortilla revuelta!

La voz de mi madre llega desde el salón, donde está intentando explicarle a Elizabeth Sterling la tradición de las doce uvas en Nochevieja. Para mi sorpresa, mi suegra escucha con genuino interés, aunque no puede evitar comentar que las uvas de su proveedor en Manhattan son más grandes.

Alexander aparece detrás de mí, sus brazos rodeándome mientras sus manos descansan sobre mi vientre. El pequeño James (como Valeria y Dominic decidieron llamar a su hijo) duerme plácidamente en su cochecito junto a la chimenea, ajeno al caos familiar que lo rodea.

El aroma a canela y turrón llena la casa, mezclándose con las risas y el villancico que Sophie intenta enseñarle a la abuela Elizabeth en español. Mi suegra, aunque mantiene su postura elegante en el sofá, tiene las mejillas sonrojadas por el vino español que mi padre insistió en que probara.

—Nunca pensé que vería a Elizabeth Sterling comiendo turrón con las manos —susurra Alexander en mi oído, su aliento cálido contra mi cuello.

—Y cantando villancicos en español —añado, conteniendo una risa cuando mi suegra intenta seguir la letra que Sophie le enseña.

Valeria se une a nosotros. Sus ojos brillan mientras observa la escena.

—¿Quién iba a decir que todo lo que necesitábamos para suavizar a la gran Elizabeth Sterling era un poco de turrón y vino español? —bromea, ajustando al bebé en sus brazos.

Sarah levanta la vista de su libreta, donde ahora dibuja un diagrama detallado de cómo dar la vuelta a la tortilla.

—La probabilidad de que la abuela cantara en español era del 0.01% —anuncia con aire profesional—. Creo que necesito recalcular mis estadísticas.

—El amor no se puede calcular, cariño —le digo a Sarah, y veo cómo Alexander sonríe, recordando probablemente todas sus propias estadísticas y planes que no sirvieron de nada cuando nos enamoramos.

Mi madre aparece con una bandeja de polvorones, y tengo que contener una carcajada cuando Elizabeth Sterling, la misma que una vez insistió en que las galletas navideñas solo podían venir de Bergdorf's, come su tercero de la noche.

—Estas tradiciones españolas... —murmura mi suegra, sacudiéndose el azúcar glas de su impecable conjunto de Chanel—. Son bastante... encantadoras.

Dominic, que ha estado fotografiando cada momento como si temiera perder un solo segundo, captura el instante exacto en que Sophie decide que la abuela Elizabeth necesita un poco de azúcar glas en la nariz, «como Rudolph».

Para sorpresa de todos, mi suegra ríe. Una risa genuina, cálida, tan diferente a su habitual risa social de Manhattan.

Me acurruco más contra Alexander, sintiendo el calor de su cuerpo y el movimiento de nuestro bebé. La escena frente a nosotros es tan diferente a la Navidad del año pasado: mi padre y Dominic discutiendo sobre la mejor manera de preparar el cordero, mi madre enseñando a Elizabeth a hacer flores de papel para decorar la mesa, las niñas mezclando tradiciones de ambas culturas con la naturalidad que solo los niños poseen.

—¿En qué piensas? —susurra Alexander contra mi pelo.

—En cómo ha cambiado todo —respondo suavemente—. En cómo una simple entrevista de trabajo transformó nuestras vidas.

Sarah se acerca a nosotros, su libreta llena de nuevos cálculos.

—He estado pensando —anuncia con seriedad—. Si aplicamos la misma proporción de amor por metro cuadrado que hay en esta casa a todo Madrid, la ciudad entera estaría sonriendo.

—¡Y si esparcimos azúcar glas como nieve! —añade Sophie, provocando otra risa sorprendentemente cálida de Elizabeth.

Miro a mi alrededor: a mi familia española mezclándose perfectamente con mi familia neoyorquina, a mis hijas (porque Sophie y Sarah son tan mías como el bebé que crece en mi vientre), a mi marido que ya no necesita controlarlo todo para ser feliz.

A veces el amor llega de la forma más inesperada. A veces solo necesitas una Navidad en Manhattan, dos niñas traviesas, y el valor de dejar que el caos entre en tu vida perfectamente ordenada para ser feliz.

Y mientras la nieve cae suavemente sobre Madrid, pienso que quizás los cuentos de hadas modernos no necesitan castillos ni príncipes perfectos. Solo corazones dispuestos a arriesgarse, familias dispuestas a mezclarse, y el valor de creer que el amor puede transformarlo todo.

Incluso a la más estirada de las suegras de Manhattan.

FIN

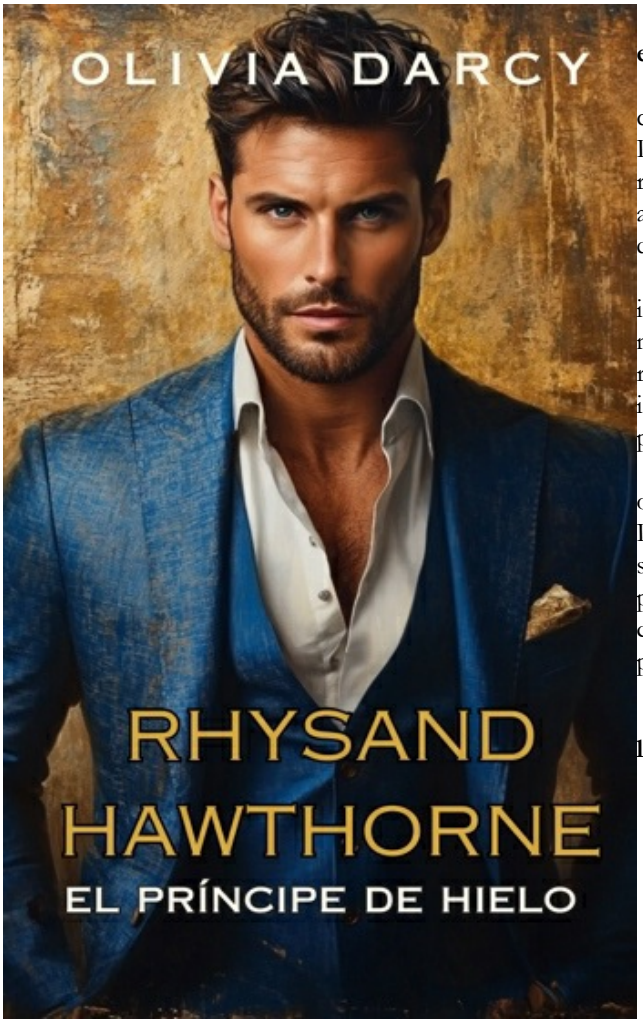
¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER AL PRÍNCIPE DE HIELO?



¿Y si el hombre destinado a salvar un reino fuera el mismo que juró destruirlo?

Rhys Hawthorne lo tiene todo: una brillante carrera como cirujano en Manhattan, un ático con vistas a Central Park y la libertad por la que siempre luchó. Pero la repentina muerte de su padre, el Rey, amenaza con arrebatárselo todo. Ahora debe regresar a un reino que detesta y aceptar una corona que nunca deseó.

Lady Charlotte Sterling lleva años protegiendo la imagen de la monarquía desde las sombras. Puede manejar cualquier crisis... excepto la que provoca el regreso del hombre que protagonizó sus fantasías del instituto. El mismo que ahora la mira como si fuera su peor pesadilla.

Tienen seis meses para convertir al príncipe más odiado de Europa en un rey que su pueblo pueda amar. Pero cuando las paredes del palacio comienzan a susurrar secretos del pasado y la química entre ellos amenaza con provocar un escándalo internacional, Charlie descubrirá que enamorar a un príncipe de hielo puede ser tan peligroso como perder una corona.

Una historia ardiente donde el deber y el deseo luchan por una corona... y un corazón.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/